

JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE

MI CORAZÓN A MI MANERA

(1943-1991)



COLECCION TELAR DE YEPES

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE nació en Irún en 1924.

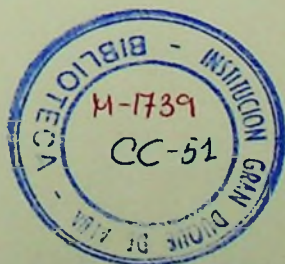
Su biografía se reparte en Madrid, donde llega en 1939, y en numerosos países que visita como corresponsal de prensa. Su quehacer le define como escritor de prosa, teatro, artículos periodísticos y poesía (a pesar del largo tiempo alejado de la vida literaria que empleó en labores industriales y comerciales).

El libro que ahora ve la luz es el resumen personal y poético de una vida dedicada al verso y a la expresión lírica. Por ello, esta antología de sus libros es un todo que cada entrega va armonizando y reafirmando, un libro de libros, una vida de vidas.... Para nuestro autor, la poesía es el más alto poder del lenguaje, el vehículo que transporta la vivencia y el anhelo del hombre, la consumación de lo expresivo. Diez libros, en la andadura del poeta, forman parte de este todo que es su biografía espiritual, el camino que la permanencia y la dedicación han ido abriendo en el paisaje de su vida. Las voces se hacen presentes como la diversidad y la variación de la propia existencia: "Ver y Cantar", "Anunciación de Mónica", "Historia de cualquier día", hasta "Penúltima nostalgia". Y de esta manera, el poeta reafirmado su esencialidad poética, su forma de contemplación, su estado de ser frente a las cosas y junto a los seres humanos. Porque la poesía de José Javier Aleixandre es la humanización del sentir, la incógnita del vivir, la pregunta siempre de individuo frente a la Transcendencia, interrogante y duda.

Esta antología poética es una muestra suficiente de cada período lírico, de cada etapa consumada. Es Juglar de Fontiveros, de lo que se siente íntimamente orgulloso el poeta, empapa toda su poesía de religiosidad y de esperanza, de luz frente a oscuridad, de entrañamiento lúcido y penetrante. Tal vez este conjunto de su obra depare al lector la visión detallada de una labor escrita con el detenimiento de una vida.

J.M.M.Q.

Institución Gran Duque de Alba



JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE

MI CORAZÓN A MI MANERA

(1943-1991)

Edición de José María Muñoz Quirós

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Jacinto Herrero Esteban

José M.^a Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-61-8

Depósito Legal: AV-231-1992

Imprime: Diario de Ávila, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800

05004 Ávila

**ESPACIOS EN LA POESÍA DE
JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE**

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

AVILA 1991

La poesía es una labor secreta y silenciosa que viene determinada por un lenguaje específico. Todo poeta intenta, por encima de todo, encontrar el esquema de su propia identidad literaria, su camino y su "tono" que particularice su escritura.

La realidad siempre es más reducida, más lejana que las proposiciones del poeta: la medida se reduce hasta la consecución de esta intencionalidad comunicativa, y toda la peculiaridad de una obra poética se ve rodeada de esta intencionalidad comunicativa. Conseguir, hallar, dar con el camino que le acerque hasta el punto de partida, hasta la ilimitable cordura del hecho singular de escribir. El trabajo literario tiene unas tensiones internas y externas muy poderosas: de su propia dinámica se derivan todas las principales características de lo poético. En el esquema de sus posibilidades se centra la capacidad de decir, la memoria rehecha, la fascinación por lo que le rodea, el sendero silencioso de las cosas vividas, todo ello materia y dinamismo, éxtasis y posición ante la realidad y sus derroteros.

Cuando un poeta es antologado, el camino de su quehacer poético comienza a ser contemplado como un todo, mucho más si esto se produce por la mano del mismo poeta.

La imagen más cercana a una antología es el capricho, pero esta circunstancia se justifica con el hecho de hacer patente un deseo que el poeta siente, por proximidad, con sus criaturas, y entonces, lo caprichoso se convierte en preferente, en selección, si bien es la arbitraria visión del escritor quien lo determina.

La historia de la poesía está escrita en antologías; y esa es la mejor manera de eslabonar, como cadena de palabras en el tiempo, una sucesión que mantiene su hilo conductor muy oculto, tan oculto que es invisible, pero a su vez, presentado.

¿Qué nos quedará de tantos libros escritos y editados en el tiempo? Posiblemente, será una antología de antologías, y el antólogo será la voz unánime del lector, sin nombres y apellidos.

Hoy, contribuimos a lanzar una propuesta, en este caso con los versos de José Javier Aleixandre, y esta visión que de su palabra poética hacemos, queda reflejada en cada uno de los libros escritos hasta la fecha por el autor. Pudiera haber elegido otros poemas, otras representaciones de su obra, pero la casualidad o la premeditada elección ha determinado que fueran estos y no otros, de esta manera y no de otra.

Una de las primeras características que se observa en la labor poética de nuestro autor es la "inconstancia" en la escritura, la división, en paralelo absoluto, de dos etapas clarificadoras en su obra. Se pierde, por largos años, la actividad creativa, y el poeta se esconde en su cotidianidad hasta que vuelve, ya sin descanso, al mundo de la escritura.

Esta peculiaridad es clara si atendemos a las fechas de sus libros, pero lo es también, más subjetivamente, si atendemos a la propia creación, al subyacente mundo de cada una de las etapas de sus versos. José Javier Aleixandre complementa su actividad con diversos géneros literarios, diversas manifestaciones de la palabra: el periodismo, la novela, el cuento corto, la literatura infantil y el teatro. Sería preciso enfocar la poesía como una manifestación más, posiblemente la central, de su escritura, pero sería una tarea mucho más extensa y compleja que esta aproximación a su poesía. Sirva la referencia como punto de vista, como cercanía de su preocupación por la literatura.

Volviendo al punto anterior, y buscando una explicación poética a lo acontecido, tal vez sólo sea posible indicar que el silencio

poético de nuestro autor se deba a una actividad bifurcada en otros trabajos ajenos a lo literario, y que sus intereses se conducen por otros derroteros que los poéticos. Ese alejamiento de la práctica del verso le retorna con fuerza y con ganas de impulsar su, hasta esa fecha, corta obra.

Nos acercamos al punto inicial de nuestro trabajo: resolver los espacios poéticos en la obra de Jose Javier Aleixandre. Esta empresa es ardua y compleja por varias razones: toda producción poética tiene, o debe tener, una coherencia interna y una conexión externa. Trabajar con la andadura de un escritor es, a su vez, trabajar con la propia andadura de su vida, y será necesario hacer referencias precisas a precisos momentos de su existir. Terreno espinoso y tantas veces complicado, donde la crítica y la apreciación externa puede perderse en laberintos sin salida. Siendo consciente de esta limitación, los puntos de arranque se localizan más fácilmente.

Hay que hacer referencia necesaria a la conexión familiar de nuestro autor con el poeta Vicente Aleixandre, y esta nota biográfica ha de servirnos para indicar no aspectos literarios sino aspectos educativos: a nadie se le puede escapar que algo significa, y mucho, la gigantesca presencia del Premio Nobel en la vida de nuestro autor.

Una referencia de esta naturaleza marca, al menos, un desarrollo y un conocimiento, todo enmarcado en las propias relaciones humanas, y no podemos olvidarlo para situar a José Javier dentro de esta influencia directa o indirecta. Yo sé, y es absolutamente comprensible, que estos antecendentes son muy fuertes y pesados, para bien y para mal, como una espada de doble filo que es peligrosa por donde se la agarre. Nada tiene que ver, esencialmente, una obra con la otra, y eso es natural por muchos y diversos conceptos que son obvios. Cada poeta tiene su identidad, o al menos la busca, y eso es lo que importa.

Aparte de esta nota familiar, José Javier Aleixander tiene sus

raíces en la tierra vasca. Este dato no es muy significativo, si bien en algunos momentos el poeta hace referencia a estos orígenes, y en sus versos se traduce el paisaje y la motivación nortea. La vida del poeta es más cosmopolita, viajera, dedicada a múltiples tareas que más tienen que ver con lo diverso que con una localización extremada. Corresponsal de prensa, le facilita el poder conocer países y costumbres, gentes y lenguas, paisajes y sueños escondidos en tanta creatividad. Madrid ha sido, definitivamente, su centro y su mundo, lugar para la elaboración de su obra y de sus versos, añadiendo a todo ello la circunstancia de ser juglar de Fontiveros, lo que le acerca a las tierras de Castilla y al poeta místico de Avila.

Dos apartados sería preciso tocar en este punto: la familia y el carácter, y lo traigo a estas páginas porque creo necesario que esa cercanía de sus versos se vea complementada con la otra cercanía de su vivir, de su ser y de su presencia en la cotidianidad, que es donde yo le conozco.

El poeta esta casado con Julia, tiene hijos y nietos, y esto que puede parecernos normal en cualquier ser humano, tiene su porqué y su razón "poética", o al menos su reflejo que es lo que a mí me interesa. Las personas que rodean a José Javier Aleixandre forman parte de su "corpus" lírico y lo hacen desde la proximidad emocional y desde la presencia real en su mundo íntimo, componiendo esa atmósfera que necesita la creación. Temáticamente están, poéticamente están, y cuando no aparecen son sombras que navegan por el papel y la palabra, que se esconden en silencios y en espacios abiertos del verso. En el apartado del carácter, de la personalidad del escritor, hay que señalar, especialmente, su dedicación y su entrega a la labor literaria, desde una constante muy precisa de minuciosidad, de trabajo en un mundo donde la escritura ya forma parte constante, bien en prosa desde el cuento y la narración o en poesía. ¿De qué manera influye en la obra literarias la perspectiva personal del autor, sus características humanas, su ideosincrasia? Es evidente que la concepción de la litera-

tura es un factor a tener en cuenta, y en nuestro autor se trasluce con facilidad:

Presencia de formas clásicas desde modelos preferentes (Garcilaso. Quevedo).

Materia poética escrita desde el "yo", donde la vivencia y el recuerdo se hacen patentes y conforman historias poetizadas.

Preferencia por un lenguaje estructurado en el principio de la comprensión, de la cercanía, con constantes alusiones a la experiencia.

La cotidianidad y lo próximo como temáticas más enraizadas, buscando la trascendencia en la medida de lo posible, con la presencia de Dios al fondo.

Las cualidades líricas no se pueden encerrar en un cuadro que refleje, absolutamente, todas las variantes posibles de su obra. Todo ello da respuesta a la pregunta que antes hacíamos, es decir, al concepto de literatura que José Javier Aleixandre tiene. Sintéticamente, la literatura se convierte para nuestro autor en un vehículo de comunicación, sin grandes riesgos ni rupturas, manteniendo una tonalidad expresiva desde la que no se escapa en casi ningún momento, desentrañando, poco a poco, su inquietud por las cosas y por los grandes temas de la poesía: la vida, la muerte, el concepto amoroso, los temas circunstanciales, aspectos religiosos y otros datos lúdicos y festivos. No escapa de su poesía el sentimiento existencial, de tono pausado e íntimo, que se desvela en algunos libros.

Indicábamos al inicio de estas páginas la disparidad temporal de las dos épocas que enmarcan la poesía de nuestro autor, con la separación de largos años de silencio rotos ya definitivamente. El eje de estas dos etapas claras en su obra también hace distinción de la preocupación del autor por la literatura: se observa una mayor mimesis circunstancial en su primer momento, tal vez debido a los balbuceos poéticos que supone el comenzar en la es-

critura, y por el contrario, es posible encontrar una mayor preocupación formal y estética en todos los libros de la segunda etapa. La labor poética requiere una constante reincidencia en cada poema y en cada nuevo concepto determinado en el verso, es una costosa misión que ha de presidir todo el trabajo del escritor.

¿Qué espacios líricos podríamos ir definiendo en la producción poética de José Javier Aleixandre? ¿Desde qué dimensiones estéticas podemos abordar el análisis de sus obras, la permanencia poética de sus libros, la inquietud literaria de nuestro autor?

Denominamos espacio poético a la cobertura que se trasluce de cada entrega, teniendo en cuenta que la vida poética es una sucesión temporal donde el escritor va llenando, cubriendo, todos los espacios de su necesidad expresiva. Muchas veces es un fenómeno recurrente donde se vuelve, sin cesar, sobre los mismos principios poéticos transformados con otro lenguaje, dichos de otro modo, enriquecidos o innecesarios, según cada caso.

La primera intuición del poeta se produce como un reflejo de su peculiar manera de observar, y desde ahí partiríamos en la definición iniciática del poeta: el mundo y sus realidades son captadas para ser aprehendidas poéticamente, para ser tomadas como referente subjetivo que se deposita en el lenguaje. A fin de cuentas, la materia de lo poético es siempre una búsqueda de palabras, una continuada labor de captación y de hallazgo. Si se produce positivamente, está servido el recóndito fin de la poesía. Si no se consigue, el escritor reincide o abandona hasta dar con lo buscado. La operación se repite constantemente, teniendo presente que las limitaciones de la palabra se afianzan en una insospechada rigidez que no siempre es superada. Desde este concepto de permanente guardia (recordemos aquí la postura de Gloria Fuertes), los hechos y las cosas se van sucediendo y pasan por la realidad con inmensa rapidez. El fluir de la vida hace acontecer cada instante, le da carga inherente en todo pero sólo construída por la capacidad de la escritura; la transformación da como resul-

tado una nueva lectura del mundo, un nuevo semblante de las cosas, una intuición puesta al alcance sólo de quien sea capaz.

En este esquema, el poeta está llamado a percibir, a elegir lo que crea conveniente para satisfacer cada espacio que tiene abierto en su ocupación estética. La justa medida de cada momento la produce el propio poeta con sus "atrevimientos" y lo muestra en el lenguaje con su propio código. Hemos de creer en la unión entre expresión y contenido, ya tan clásicos y hacer referencia a principios lingüísticos que atañen al "signo", donde su propia naturaleza desemboca en dualidades y arbitrariedades consabidas. El significante podrá no variar pero el significado, unido al referente peculiar, sí. Aquí situaríamos el principio de ruptura que la poesía exige y pide para desentrañarse de otros códigos y otras maneras de expresión.

Entrando de lleno en la obra que nos ocupa, la salida poética de José Javier Aleixandre se sitúa en la estética predominante del momento, en un paisaje lírico propio y peculiar de la España de entonces, motivado por un clasicismo que estaba presente con fuerza en la obra de todos los poetas inscritos en estas tendencias. Y esto es absolutamente normal y habitual: el poeta, en sus inicios, tiene miedo siempre. Ese miedo se centra en una inseguridad que le permite escribir pero sin escapar de "sus padres" literarios. Todo poeta suena a otros poetas y está incluido en una tendencia que le sirve para agarrarse en el naufragio de sus primeros poemas publicados. No hay que olvidar que la escritura es una manera de desnudarse espiritualmente frente a los demás, y ese riesgo es arduo y gigante, complejo y muy significativo.

"Ver y Cantar", poemario del año 1943, concibe la poesía como un acto gozoso donde la juventud y la vida aportan una manera de sentir, desde la contemplación del mundo y el transformante lenguaje de esa realidad:

"Quiero soñar despierto mi ventura..."

dice el poeta, partiendo de un subjetivismo abismado en los

grandes momentos de una vida que se inicia. La presencia del poeta, desde la permanencia del yo, rastrea el pasado, la infancia y se sitúa frente al amor, la religión (Dios presente) el mundo gozoso y la juventud como esencialidades cotidianas.

"Dios estaba en lo alto de las horas
madrugando en el cauce de la rama..."

La Generación del 27, sobre todo Gerardo Diego, la mano de Juan Ramón Jiménez, Machado y Rubén Darío (aportando elementos de imaginería musical y dinámica) subyacen en este libro inicial de José Javier Aleixandre. Ver y cantar, o lo que es lo mismo, la mirada despierta y el verso preparado para la confirmación de lo soñado o lo vivido, recuperando los espacios de una infancia presente y latente:

"Yo fui niño también..."

"Caliente Cintura del Viento" llegaría después de treinta y siete años de silencio poético. Todo este paréntesis señala una transformación en los gustos del propio poeta, una evolución germinada con la lentitud del silencio, con el paso que el tiempo deja en las personas.

La proximidad de un mundo meditado (lecturas, conocimiento de la realidad a través de la propia existencia) dan como fruto una temática que envuelve su primer y ya lejano libro, con alusiones de nuevo a la infancia, a los recuerdos, al pasado melancólico y ausente:

"Mi infancia está a lo alto de un cerezo. Trepando por
los delgados mástiles de un navío fantástico..."

Pero sobrevive una poesía con lugares y personas, con homenajes y presencias literarias, con espiritualidad, como sucede en el poema "Teresa":

"Monja de cal y canto, fundadora
de rosas liberadas en clausura..."

Y es Castilla, y Moguer, y Juan Ramón Jiménez, y la lejana Irún, ciudad de la infancia primera:

“Vuelvo a ir a colegio de las pizarras verdes
y la lluvia me sigue...”

La poetización de grandes mitos literarios, de figuras que sirven al poeta de punto de reflexión, de lugar espiritual, de reencontro con la belleza y el verso, con la creación y la supervivencia en el naufragio del silencio.

Atrapado el ritmo lírico, José Javier Aleixandre se incorpora definitivamente a la producción literaria. Será “Tiempo de Búsqueda” la entrega siguiente, esta vez a la captura de la voz, a la intuición desestranadora de un lenguaje que la existencia llenará de matices. El paso del tiempo, la muerte y los desvelos de un vivir cotidiano, tornado siempre a lo espiritual que, ya hemos indicado, forma una constante inseparable del poeta. Nuestro autor llena aquí un espacio de intimidades, se silencios necesarios, con la formalización de estrofas de nuevo clásicas (el soneto) y el verso-librismo que estará presente en sucesivos libros.

La esperanza contiene los matices precisos vertidos hacia la expresividad del escritor torturado por no saber qué designios, recurriendo al símbolo azoriniano de la “arañita” (presentimiento de la fatalidad):

“La esperanza es una araña
negra, que zurce el dolor
con los hilos de la pena...”

Ciertos ritmos andaluces, de cadencia intimista y quejumbrosa, aparecen por todo el poemario, deslumbrando las imágenes con su peculiar cadencia.

“La Esperanza”, “Si vivo todavía”, “Oración del pan y el vino”, entre otros títulos muy aclaratorios del tono general de este libro. De cuando en cuando, referencias a una poetización que recuer-

da a Dámaso Alonso, el Dámaso más existencialista, más agónico:

"Dame tu pan, Señor, a manos llenas..."

Aspectos de Blas de Otero (el autor de los sonetos de "Ancia") y toda una parte del libro dedicada a la poesía navideña, al tiempo de la Navidad, tal vez la más esperanzada, la más entrañable del libro. El villancico que se llena de sencillez y emotividad, en la línea de nuestros poetas del Siglo de Oro, más cercanamente, de Luis Rosales. Hay que destacar en esta parte del libro, el hermoso poema "Villancico de las cinco vocales", enraizado en la más depurada poesía tradicional.

"Anunciación de Mónica" aparece llenando un espacio nuevo en la poesía de José Javier Aleixandre: el tema amoroso centrado en la diversidad del amor para el poeta, la presencia permanente y distinta de esta intuición vital y nueva siempre. La anunciación del amor es la equivalencia a la anunciación de la irrealidad específica en cada instante presente, de toda capacidad de amar. Conceptualmente, este libro está repleto de narratividad poética: el poeta cuenta, desarrolla, habla, pregunta, mantiene un diálogo abierto con cada presencia amorosa, secuenciando el tiempo, dando giros espaciales, situándose en cualquier instante, desde la capacidad sorpresiva, desde la ingenuidad del inicio hasta la madurez de lo amado.

"No miento si digo
que nunca existió Mónica..."

Poesía plena elaborada en verso libre donde la musicalidad engarza la expresión y la encamina hacia el devenir de las imágenes, contribuyendo a una emanación poética propia de un fluir de recuerdos, de presentimientos. Hay un juego de simbolizaciones: el amor y sus paraísos, el amor y sus derroteros, el amor y sus posibles formas de amor.

El recuerdo mantiene un papel esencial en este poemario; papel que se manifiesta como salvador y reconstructor de anuncia-

ciones en el tiempo, porque el recuerdo es lo posible de lo imposible, en una paradoja que no confunde nunca.

"Encendida sombra de otoño" supone la alternancia temática de José Javier Aleixandre. Esta alternancia la preside la melancolía como eje de dispersión y de concentración, muy arraigada en el verso libre que da paso el paréntesis del soneto como alternativa formal y conceptual. El otoño se identifica con un tiempo y un espacio, con una vivencia interiorizada que amarra la vida con su triste penumbra de ocasos. Pero frente a esta matización cromática, la sombra se enciende, se permeabiliza de luz, se subleba para la meditación en la posibilidad de ser futura primavera. La búsqueda de la luz, desde una perspectiva espiritual, sanjuanista, el poeta es buceador de emociones, capturador de instantes, hechicero de posibles momentos robados a la melancolía. Este libro se identifica plenamente con el carácter "romántico" del poeta, con la respiración lírica de nuestro autor:

"Sigamos encontrando la luz
de nuestro encuentro,
aunque sea la luz envenenada
por el sortilegio de la tarde..."

"Desde el llanto y el alba" tiene dos protagonistas elementales y presentes que distribuyen el tono permanente del libro: Vicente Aleixandre y la llegada de la nieta del poeta.

Se nos presentan los dos límites de la vida, las dos polarizaciones de la existencia, por ello la poesía en este libro es una bi-esencialidad, una contrastada permencia de lo vital que se presupone eterna y duradera. La elegía "Presencia última de Vicente Aleixandre" supone el primer rasgo: la muerte, el adiós, la amargura de la realidad implacable, la huida y el recuerdo como única posibilidad de sobrevivir:

"Porque la primavera se me pierde
dentro del bosque..."

Algo oscuro y tenebroso impide una vez más la luz, se esconde en la frondosidad de las sombras hasta ahogar al poeta.

Presencia de obsesiones, de vidas pasadas, de gestos, de indicios, de elementales persecuciones de la memoria. Hasta que la ruptura se hace presente con la llegada de la nieta que sustituye el rasgo peculiar del libro, dando un giro al lenguaje y a la simbolización de todo el esquema organizativo. La esperanza se precipita como un asidero que el poeta necesitaba para seguir viviendo:

"Recién venida, y has llegado tanto
que has traído contigo una manera
tan distinta de amor..."

La salvación está conseguida y asegurada la continuidad de la vida, frente al final ya cerrado de la muerte y sus oscuridades.

Tras un paréntesis, "Historia de cualquier día" irrumpe de lleno en la poetización de la cotidianidad. La intención creativa está planificada desde la concepción del poeta cronista de su vida, interpellando cada acto, buscando la narración de lo que pasa desapercibido, de lo intrascendente en apariencia, pero en definitiva lo más extraño en la otra vivencia del hombre.

La intencionalidad se presenta en verso cadencioso, libre, a la manera de un diario íntimo que el poeta va fraguando lentamente, en el correr del tiempo. Varios aspectos son preponderantes en este libro de José Javier Aleixandre:

La elección de la vida personal en un proceso de trascendentalización.

La cotidianidad sólo es una plataforma de transformación en símbolos superiores.

La presencia de un lenguaje interiorizado.

El procedimiento del "monólogo interior".

El "tú" como un desdoblamiento del "yo" interior.

Tiempo subjetivo, no coincidente con la objetividad de un día.

Memoria y presencia de los elementos más cercanos al poeta: esposa, casa, libros, amigos.

Poesía de la intimidad universalizada.

Por todas estas razones, "Historia de cualquier día" es más un proceso de biografía espiritual que otra cosa.

En la colección "Adonais" ve la luz "En una voz más alta que la mía". El poeta se apoya en la reflexión y la lectura de Quevedo para partir, a modo de Glosa invertida, hacia la configuración de su propio verso. Poemas de larga factura, de desarrollo, donde se espacializa la condensación de otros libros, verificándose una extensión que refleja la necesidad de contar, de alargar el pensamiento y el verso, pasando revista a los momentos más significativos de la vivencia, en un tono meditativo que formaliza rítmica y cadenciosamente.

Es Quevedo un guía que protege la mano poética de nuestro autor, siempre con la admiración y el sentimiento de "lazarillo" que camina a la zaga de su palabra y su consejo.

Se trata del mejor libro del poeta, a nuestro juicio, por varias razones:

La madurez emocional se ciñe a la madurez expresiva.

La emoción es más traslúcida que en libros anteriores.

Se consigue una condensación de elementos poéticos en la propia base de la construcción poemática.

Los hallazgos se van situando en un lugar más trabajado, con un equilibrio eficaz.

La unidad se respeta como un todo cíclico que va encontrándose hasta cerrar el libro.

Es palpable que la elaboración de este libro ha sido pausada y sobre todo muy meditada, al menos da la sensación de que el poe-

ta sabe lo que quiere antes de iniciar su escritura, es decir, se ha producido una planificación interior que ha ido tomando forma hacia un desarrollo posterior. Se juntarían en una misma intencionalidad dos aspectos:

La inquietud del poeta ante los grandes misterios de la vida, reflexionados con largura y con preocupación.

Y por otra parte, la escritura ha sido la efusión precisa para envolver las emociones y las preocupaciones del poeta; acto más inmediato y más continuado.

"En una voz más alta que la mía" se cubre un espacio poético que el poema largo aporta como solución al carácter meditativo que necesita el poeta: el amor transcendido, la muerte tantas veces presente en su poesía, la angustiada presencia del tiempo con sus fauces y sus imparables abismos. José Javier Aleixandre ha encontrado, en este libro, el tono que buscaba, la capacidad comunicativa a través del largo período reflexivo, la ondulación del verso en penumbra expresiva, en barroca tendencia a la complejidad y al entusiasmo. Quevedo es solamente un final que determina su desarrollo, el punto de anclaje de todo el texto, la identidad que tira del poeta hasta arrancarle cada letra.

Posteriormente a este libro, el poeta ha publicado un texto más antiguo, de 1987, pero que permanecía en la carpeta, esperando, como sucede tantas veces por no sé qué designios de la poesía. "Penúltima nostalgia", libro unitario desde la temática circense, tal vez ejecutado desde la melancolía de la infancia, paraíso encerrado en la carpa de un circo, paraíso que retorna hacia el pasado y se mueve con la identidad transfigurada.

Puede parecernos que este libro esconde la ilusoria verdad de lo lúdico, el peregrino sesteo de la nostálgica claridad de las cosas. Así lo acentúa el poeta en sus textos, todos ellos escritos con intuición, con distanciamiento, pero con pasión. José Javier Aleixandre ha encontrado el espacio de la búsqueda en el recuerdo, en la experimentación de sensaciones ya vividas y que la má-

gica realidad invisible de lo lírico convierte en presencia viva y directa, en constancia temática. Formalmente, el poeta hace alarde de conceptismo agudo, de recreación y juego, de llaneza y de aparente sencillez, pero esta ilusoria capacidad del verso se sumerge en otras complicaciones mayores que están escondidas en el poemario:

El acierto de los temas en relación con el circo.

La presencia de lo vivencial escondido en lo imaginario.

La estructuración de los poemas prefijados en un todo cerrado y coherente.

La espiritualidad ceñida a una manera esencial de los motivos elegidos.

Los conceptos y las imágenes como materia poética.

No es un libro menor, es un libro distinto. En toda la obra del autor se filtra esta temática con otros títulos y otras imágenes, pero en esencia es lo mismo, busca lo mismo, tiene la mis eficacia poética.

Hemos cubierto, hasta la fecha, los espacios engarzados en el verso y en la obra de José Javier Aleixandre, escrita y elaborada a lo largo de casi cincuenta años, junto a las demás manifestaciones literarias, pero en abierta permanencia, con la seguridad de que la obra sigue en marcha, andado y recreándose en cada nuevo verso, en cada libro posible, en cada intuición ensoñada. ¿Qué otros espacios vendrán? La poesía es imprevisible, como la vida, como la cotidianidad... Llegarán a través del tiempo, con su fluidez y su largura; mientras tanto, esta muestra amplia de su quehacer está cerrando un tiempo. Tiene aquí el lector una materia poética que abarca toda una vida.

Tan sólo nos resta invitar a entrar en esta antología seleccionada por el propio autor, atendiendo, claro está, a sus propios gustos que en definitiva son los salvadores de los poemas que com-

ponen este libro. Se presentan en la versión definitiva corregida por el propio poeta y ordenada de forma temporal, atendiendo a las fechas en que fueron publicados en forma de libro.

VER Y CANTAR

Editora Nacional. Madrid. 1943

DE MÍ MISMO

Por lo que sé de mí, yo soy un hombre,
sentimental, ingenuo y vanidoso.
Tengo un pasar sencillo y decoroso
firmado nada más que con mi nombre.

Tengo una decidida preferencia
por mis cinco sentidos. Busco, ciego,
sin saber lo que busco, y si no llego
tengo remordimientos de conciencia.

No quiero estar sujeto a ningún dueño.
Quiero soñar despierto mi ventura,
pero a medio soñar me vence el sueño.

Nunca encontré del todo mi postura,
discípulos no tengo, nada enseño...
Si he de morir un día, ¿no es locura?

SERENATA A LA LUNA

Como gigante moneda de cobre,
como pandero de ángeles gitanos,
cumpliendo un rito redondo de fuego
ofrecía su círculo la Luna.

Nunca tan bella la vieron los hombres
de los montes esdrújulos señora,
sobre los mares buscando tangentes
o en las leyendas mágicas colgada.

Yo la he visto rojiza de deseo,
sola y perdida por oscuros mundos
al final de una calle silenciosa.

No me perdía el corazón ni el tiempo,
sólo buscaba, humilde, mi caricia
y de besarla me quemé los ojos

LAZARILLO

Soy descendiente directo
del lazarillo de Tormes,
y este buscar y no hallar
lo viene diciendo a voces.

Busco a un amo a quien servir
que tenga su cuerpo en orden,
y he visto que el que no es ciego
es porque, en cambio, no oye.

Lazarillo de mí mismo
voy andando a tropezones,
pues sólo apoyado en mí
no puedo marchar conforme.

Busco un señor a quien sirvan
mis lentos pasos tan torpes,
y ya me voy dando cuenta
de que busco más que un hombre.

Porque voy buscando a Dios
llamando al diablo a voces,
soy descendiente directo
del lazarillo de Tormes.

ELEGÍA

Dios estaba en lo alto de las horas
madrugando en el cauce de la rama,
con el gesto bendito de sus manos
seleccionando el viento entre sus dedos.

Dios, aquella mañana, dulcemente
se te metió con fuego en las entrañas;
padre, todas las cosas se arruinaron
en tus ojos después de su llegada.

Te mataron de espaldas. Cuando ibas.
Cuando buscabas la pared tan blanca
para ver a la muerte sin perfiles,
como habías vivido: cara a cara.

Te mataron de espaldas. Sin dejarte
notar la muerte sosteniendo el aire.
Sin dejarte asombrarles con la audacia
de preparar la sangre de tus labios.

Se te cayó la fácil elegancia
de los hombros al suelo. Se te hundieron
las manos dibujantes, largas, finas,
y el corazón se disolvió en tu traje.

Tu altura, respetada dócilmente
por mí desde la infancia como un símbolo,
se te cayó de pronto. Con un ruido
de pasos escapando de lo humano.

El asombro infinito de tu sangre
descubridora de la piel —ya libre—,
derrumbó con su ausencia y en su prisa
tu corazón sin pájaros dejado.

Te iba a enseñar la tierra la difícil
y minuciosa forma de la yerba
sin dejarte tocarla. Con el barro
pegajoso venciendo a tu mirada.

Porque amabas la vida, porque amabas
la paz mientras luchabas contra todos,
y sabías reír y solamente
una mujer querías, te mataron.

Te instalaron la tierra sobre el pecho
y has visto, poco a poco, que tu forma
se va haciendo raíz para mi frente
junto a la azul ceniza de tus huesos.

¿Qué encontraste después? La cal ardiendo
de tus uñas ¿qué hirió? ¿A qué armonía
subterránea del frío sorprendiste?
¿Cómo son las ideas de los muertos?

Ya sé que ahora estás libre, padre. Dime:
¿cómo se nota el tacto de las balas
golpeando en el alma para entrar
a conocer el reino de la muerte?
Ya ascendiste del sitio del gusano,
ya estrujaste tu risa. Padre, dime
cómo son en los ángeles los ojos.
¿Tiene cintura el alma de las vírgenes?

Desde hace mucho tiempo no sé nada
de ti, ni de tus manos alejadas
rebosantes de frutas con estrellas,
y no conozco ahora tus costumbres.

Te hablo alguna vez como si fueras
debajo de las piedras, como un ángel
humanizado aún por tu esqueleto
naufragado en el agua de los hongos.

Pero ya sé que estás sobre las cosas
madrugando con Dios y la mañana,
rodeado de santos fusilados
en una mala hora de Septiembre.

SONETOS DE AMOR EN ABRIL

1

Amor, ¿estás conmigo? ¿Qué campanas
me repiten tu nombre tantas veces?
¿Por qué callas, Amor, por qué no creces
hasta llenarme el alma de manzanas?

¿Por qué valientemente no profanas
los vientres misteriosos de los peces
y con frescas entrañas no humedeces
mis pobres venas demasiado humanas?

Haz que se me destroce en un calambre
mi pulso tan perfecto. Dame el frío
sublime, aun con dolor, de lo que abrasa.

La tierra, el agua, el corazón, el hambre
de la fruta y la sed ancha del río,
porque es tuya en abril, Amor, mi casa.

¿Qué es este angelical desasosiego,
este río interior, esta colmena,
este pino crecido en la serena
tersura de este abril loco de fuego?

¿Adónde llego, abril, adónde llego
por esta mar tan virgen y tan plena
que desnuda y desata su melena
sobre esta piel sedienta que le entrego?

El alma de un corcel salvaje sube
sin bridas a su estrella. Se desnuda
la doncella del aire... ¡tan despacio!

El árbol se equilibra con la nube,
y un ángel de cristal y seda cruda
mira todas las cosas del espacio.

A mi salvaje sangre le has traído
dentro del corazón mil gozos presos.
Has hecho que me llegue hasta los huesos
este dulce sabor de haber vivido.

Tus pechos, como dardos, han herido
en mi pecho los tactos aún ilesos,
y he bebido, bebiéndote los besos,
la más jugosa rosa que he bebido.

Con una copa de latidos llena.
Con huracán de seda enardecida
al que la rama de mi voz inclino.

Con un lago de añil para mi arena,
y una caricia nueva y mantenida
para abrirle al amor mejor camino.

LOS ARCÁNGELES

1

Llegó por un aire de oro
el arcángel San Gabriel
con un recado de Dios
por un aire azul pastel.
Traía la voz en vilo
el arcángel San Gabriel.
Sabía que el cielo entero
estaba pendiente de él.
Azorado por la prisa,
el arcángel San Gabriel
casi tropezó en el borde
del encalado dintel.
Dentro estaba la Doncella,
y el arcángel San Gabriel
—tímidas sus fuertes alas—
habló rosas, vino y miel.
Nunca sintió criatura
gozo semejante a aquél.
¡Cómo brilló la mirada
del arcángel San Gabriel!

2

El arcángel San Miguel
dice que quiere una espada
de níquel. ¡Ay, San Miguel,
cómo brillará tu espada!

El arcángel San Miguel
quiere un corcel de madera.
¡Ay, San Miguel, tu corcel
tendrá un pino en bandolera!
El arcángel San Miguel
dice que quiere una rosa
de nieve. ¡Ay, San Miguel,
cómo quemará tu rosa!
El arcángel San Miguel
quiere una abeja de oro.
¡Ay, San Miguel, tendrás miel
tan prieta como el decoro!
El arcángel San Miguel
quiere recortar estrellas.
San Miguel, ¿dónde hay papel
tan brillantes como ellas?

3

Arcángel San Rafael
—buena brisa para andar—
enséñame la manera
más difícil de llegar.
Arcángel San Rafael
—sin cansancio y con sonrisa—
enséñame a caminar
veloz sin andar de prisa.
Arcángel San Rafael
—suave orilla del abismo—
muéstrame la mejor senda
para encontrarme a mí mismo.
Arcángel San Rafael
—paso que jamás se trunca—
engañame cuanto antes
si no he de encontrarme nunca.

Arcángel San Rafael,
vayamos juntos los dos,
que con tan buen compañero
me dará posada Dios.

 Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

A LOS NIÑOS, CANCIONES



Institución Gran Duque de Alba

LA CADA UNA LA SU PROPIEDAD

El libro es propiedad de la Institución Gran Duque de Alba y no puede ser vendido ni prestado sin el consentimiento de la misma.



Institución Gran Duque de Alba

NIÑOS

Son tan blandos los niños, tan pequeños;
les caben en los ojos tantas cosas;
tienen unas pisadas tan miedosas
para cruzar flotando por sus sueños;

llevan a flor de piel tanta sonrisa;
en el alma apretado tanto llanto;
y exigen el remedio a su quebranto
tan desvalidos y con tanta prisa,

que no se entiende cómo no nos miran
con miedo, adivinando un mundo impuro
desde su corazón tierno y temprano;

que no se entiende cómo no suspiran;
que no se entiende su pisar seguro
si Dios no les conduce de la mano.

LLEGADA A LA PUBERTAD

Siente una sensación desconocida,
algo que se le agarra en el deseo,
un no encontrar postura ni recreo
que sacie el gran misterio de su vida.

El no sabe qué es. De pronto, vino
sin avisar, dejándole confuso,
trayendo a sus silencios un intruso
desasosiego y un temblor sin tino.

No le compensa ya su antiguo juego.
Está al acecho, vigilando extrañas
voces que de su mal griten el nombre.

Y siente un dulce miedo de ese fuego
que le muerde rabioso las entrañas,
porque ya sin saberlo se ha hecho hombre.

LA TONTA

Está sentada, fofa, blanquicina.
No tiene en ningún sitio la mirada.
Vacía el alma y con la voz callada,
el corazón le late por rutina.

A veces se le tuerce la postura
y su boca colgada queda abierta
como interrogación a la más muerta
vida infantil sin gracia ni hermosura.

A veces quiere hablar. Con un ansioso
vagido torpe intenta trasmitirnos
de su oscuro inframundo algún mensaje.

Más sólo llega un río doloroso
de nauseabunda espuma, para herirnos
y llenarnos el alma de coraje.

LA DIABLURA

Poniendo a la Gramática en un brete
el lenguaje de trapo ha descubierto.

Cada palabra es un camino abierto
por su vocabulario de juguete.

Una vez y otra vez se le repite
la risa que le baila por la piel.
Miles de pajaritas de papel
tienen su corazón por escondite.

Hay trenes de hojalata por su frente
bajo el fosco arenal de su melena
—leve y rebelde fin de su estatura—,
y recatada, silenciamamente,
su pensamiento sin abrir estrena
—casi invento genial— la diablura.

EL NIÑO QUE YO FUI

Yo fui niño también. Qué peregrino
camino recorrí, ya no recuerdo.
Quiero buscarme años atrás y pierdo,
cada vez que lo emprendo, mi camino.

Se me quedó tan lejos la alegría
—envuelta en un cruel papel de seda—
que de mi vida aquélla sólo queda
un gesto sepia de fotografía.

Fui niño pensativo y solitario.
Soñaba raros mundos de corceles
blancos que en incansable galopada

corrían fabuloso itinerario.
Soñaba sin cesar rosas y mieles.
Soñaba que soñar no cuesta nada.

A E I O U DE LA PRIMAVERA

A

Los barrenderos del cielo,
con escobas de cristal,
barren por las altas calles
las flores sin terminar.
Un dorado remolino
cae del cielo a la ciudad:
en cada grano de polen,
una palabra nupcial.

Golondrina en la ventana
y la ventana, a volar.
La carretera se anuda
su chalina de alquitrán,
y todos los ascensores
se vuelven locos de atar
porque se sueñan campanas
en busca de libertad.

La primavera, vecina
del viento, el árbol y el mar,
como una burguesa rubia
se ha instalado en una ciudad.

E

Ay, trébol, qué verde el trébol,
el trébol qué verde es,
cantan sin saber la letra
un hombre y una mujer.

Cuando se sabe el camino
qué difícil es volver,
dicen en viaje de ida
un hombre y una mujer.

Miran a sitios distintos
y los dos lo mismo ven,
si son los que están mirando
un hombre y una mujer.

Por matorrales de menta
van en busca de la miel
con un cazamariposas
un hombre y una mujer.

Hay un silencio habitado,
un mundo en la pared,
dos miedos, la primavera,
un hombre y una mujer.

I

El gallo no ha madrugado,
no ha cantado la perdiz,
no sabe reír el burro
y todos dicen que sí.

¿Quién ha ido contando el cuento
del lobo en cada redil?
El lobo tiene los dientes
blandos como el alhelí.

Se han dado cuenta el caballo,
la vaca y el colibrí,
de que pastor y pastora
se van juntos a dormir.

Ladran perros a la luna,
quieren morderle el perfil
porque les ha puesto el rabo
verde como el perejil.

La abeja no busca flores,
no puede el búho dormir,
pero están en primavera
y todos dicen que sí.

O

¿Dónde está la primavera?
¿Quién primero la encontró?
¿Fue el arroyo o el romero,
la margarita o el sol?
Hay premio para el primero
que haya sentido su olor.

¿Qué ha pasado de la nieve
que no se escucha su voz?
Ella la estaba esperando
asomada a su balcón,
para entregarle su nata
y su pan de harina en flor.
¿Qué ha pasado de la nieve?
dice el bosque a media voz.

Pero cuando cambia el viento
cambia el bosque su canción.

En la madera le crece
una alegría mejor
de sentir que está caliente
la vida de dos en dos.

U

Un ángel está jugando
con un dorado arcabuz.
El arcabuz se dispara:
todo se llena de luz.

La luna se ciñe nuevas
enaguas rosas de tul
y, mientras el firmamento
dice a todo amén Jesús,
Dios reparte a las estrellas
su nuevo cupo de azul.

Ya vino la primavera
por el Norte y por el Sur
como una vieja moneda
rodando su cara y cruz.
Suenan órganos eléctricos
con música de laúd.

Y para limpiar los himnos
locos de la juventud,
un corro de ángeles niños
dice: a e i o u.



Institución Gran Duque de Alba

CANCIONERO DE LA NOVIA



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

TUS LABIOS SOLOS

Perdóname que sea
tímido como barco sin pirata.
Perdona que al timón tenga un piloto
si no sensato por lo menos tonto.

¿Dónde quedó mi mar entusiasmada
que no tiró a mi alma por la borda?

Dime, novia de mimbre, de perfume,
de junco para el río de mis ojos,
¿crees que junto a tu borde
puedo yo hundir mi vista
pero dejando inmóvil la cabeza?

Dime, novia de rubio trigo abierto,
de seda sin abrir
detrás de la ventana de tus ojos
con el visillo alzado ingenuamente,
¿tú crees que tengo labios?

El decidido mar que dentro llevo,
¿por qué no me naufraga en tus orillas?
¿Está prohibido, acaso,
tomar baños de sol sobre tu arena?

He recorrido todos los rincones
de tus manos. Tus uñas
me han afilado el tacto.
He sorprendido el dulce y suave cambio
que nace en tu muñeca para el brazo,
y he seguido tu brazo tan redondo
como el pino, la nube o el crepúsculo.

Pero no se ha agotado mi camino:
la campana jugosa
de sangre encristalada de tu boca
sigue en la torre esbelta de tu cuerpo,
solamente habitada
por esa dulce espera que algún día
se ha de perder el ángel que la guarda.

EN ABRIL

Dios quiso hacerte a ti como a las flores
—que no tienen edad, que sólo llegan
cuando ya maduró la primavera—
y viniste en Abril.

Este Abril que yo siento
latir dentro de mí, como una hoguera
que va encendiendo el bosque delicioso
de mis mejores cosas.

Este Abril prieto y verde
como una fruta joven en el árbol;
igual que la cintura recatada
de una joven doncella.

Este Abril que inaugura
la primera vocal del alfabeto
con esa torre gótica

de su inicial mayúscula,
recibió la primera
gracia de tu sonrisa,
tu primera mirada oscura y grande
y el primer sabor soso de tus lágrimas.

No hace aún veinte años que viniste
y ya tiene llanuras,
bahías, ríos, valles y montañas
la escasa geografía de tu vida.

Como si fuera un aro de juguete
fue rondando la leve
madera de tus años.
El traje aquel tan blanco que llevaba
cintas de terciopelo,
la hilera de muñecas, el Retiro
y el árbol de Noel en vacaciones.

Saltando aún a la comba
dio con rabia la cuerda en tus rodillas
y empezaste a saber ya que las lágrimas,
como la sal, amargan.

Y, después, de repente,
casi con uniforme de colegio,
me conociste a mí sin darte cuenta.

Yo he querido enseñarte
que eres delgada y blanca
como una flor humilde
de las que Dios protege y acicala
con más predilección y más esmero.

Y he dado mis caricias a tu piel
la más amable y dulce
que mis manos tuvieron a su alcance.

Tienes en el solemne
silencio de tus ojos
la oscuridad más clara,
y es tierna y luminosa
la griega tan frutal que hacen tus labios.

Tienes las manos blancas
y en ellas se cobija la armonía
de la gracia de Dios.

TIERRA AMANTE

I

La yerba tan humilde nos prestaba
su jugosa postura.
El agua verde, fina, encristalada:
la yerba tan nupcial, tan amorosa,
sumisa y diminuta.

¡Qué cerca de la tierra nos sentíamos!
¡Qué empapados de cielo!

Unas matas redondas
con flores amarillas.
Un pino y otro pino. Y una nube
con forma de cordero.

Era nuestra la tierra
dura que respirábamos,
por derecho de amor y de conquista.

Todo el paisaje daba
vueltas en nuestras manos. Todo era
de seda y de cristal.
Todo encendía, pura, tu mejilla
y encendía mi boca.

¡Qué dulce soledad nos roedaba!
¡Qué tímido era el aire!

2

Tan descuidadamente nos echamos
que bebíamos cielo a borbotones.
Tan rendidos estaban nuestros labios
que se notaba el corazón en ellos
y un galope de sangre
los llenaba de risa sin motivo.

Besé tus cicatrices infantiles
con besos escogidos en un mundo
de cosas anteriores,
donde fuimos dos notas musicales
que estuvieron a punto de encontrarse.

Entre la madrugada de tu pelo
y la noche entrañable de tus ojos
besé el suave crepúsculo
de seda de tu frente.
Como si fuera un árbol
inclinado y rendido sobre un río.

Besé cada momento
luminoso en tus labios.
Interrumpí, besando, tu sonrisa.

Sorprendí la canción desordenada
como un himno del campo,
que convirtió su corazón en vuelo
rojizo y amoroso de campana.

Rodeé tu cintura
 como quería hacerlo
 desde que presentía tu cintura.
 Juntos, sencillamente, por un monte
 íntimo. Con orillas.

Agua, madera y sombra nos sumían
 en el latido humilde,
 vigoroso y amigo de la tierra.
 Solos tú y yo con alma,
 con labios, con cintura, con campanas
 de fresa por las venas.

LA PELOTARI CON BANDA AZUL

Con una banda azul se te inaugura
 ágil y breve en la cintura el cielo.
 Por eso la ilusión fácil del vuelo
 se somete con gozo a tu postura.

Yo quisiera ceñirte la cintura
 —como esa banda azul de mi desvelo—,
 con el cielo que tengo por ti en celo
 hecho cintura azul de tu blancura.

Si ella la suave gracia te sujeta,
 yo deseo tener la gracia suave
 de tu ágil vuelo entre mis brazos quieta.

Si de tu talle el breve tacto sabe,
 quiero aprender esa lección secreta
 de cómo en tu cintura el cielo cabe.

DIALOGO DEL MARINO Y LA NIÑA

- Padre, ¿por qué en las olas hay espuma?
- Para que sean blancas, hija mía.
- Claro, se ven mejor. ¿Es blanco el día?
- El día es blanco, hija, si no hay bruma.
- ¿Y qué es la bruma, padre, un cuarto oscuro?
- Un mar oscuro que a los barcos pierde.
- ¿Pero no es siempre el mar de color verde?
- El mar no tiene ni el color seguro.
- Con él me gustaría hacerme un manto.
- No, hija, sólo a muertos cubre el mar.
- ¿Y no puedo a los muertos destapar?
- El mar les tiene presos en su espanto.
- Entonces, ¿por qué quieres al mar tanto?
- ...y no supo el marino contestar.

ERGUIDA TIERRA

Colección Arbolé. Editorial Oriens. Madrid 1980

ACTIVIDAD DE LA TIERRA

 Institución Gran Duque de Alba

GRAN DUQUE DE ALBA

I
FIGURAS DE TIERRA Y CÁNTICO



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ERGUIDA TIERRA SOY

Erguida tierra soy. Vertical duelo
del límite mortal de mis orillas.
Barro de pie. Sendero de puntillas
para intentar, inútilmente, el vuelo.

Anclada está por el dolor al suelo
la tierra de mis hondas pesadillas.
Mi tierra, embarazada de semillas,
izada está con cada flor al cielo.

Siento un río en mi pecho cuando nombro
con mis propias palabras la belleza.
Aún me cabe en las manos el asombro.

Y por elemental delicadeza
no me mido la hombría de hombro a hombro,
sino del corazón a la cabeza.

AL CIPRÉS DE SILOS, LLENO DE PÁJAROS OCULTOS, EN UN ATARDECER DE PRIMAVERA

Arbol sonoro. Flauta con ternura
de corazón de pájaro. Voz santa
de jaula vegetal que se agiganta
preñada de alegría hacia la altura.

Al cielo están izando su estatura
las invisibles alas. Se levanta
la mirada con él al cielo. Canta
gloria a Dios su afinada arquitectura.

¡Qué solo y melancólico se queda
mi corazón abajo! Dulce viento
que en musicales cánticos se enreda

me adormece, soñando, el pensamiento,
y aguja vertical de verde seda
me cose el alma al cielo en un momento.

CÁNTICO AL VINO

Intimo amigo que a soñar convidas,
luz de sarmiento por el sol ungido,
camino blando, tibio y tierno nido
donde reposan todas las heridas.

Coloquio, danza, corazón sin bridas
me has entregado. Mi mejor latido,
mi puro amor, mi cántico dormido,
mi rebelión de audacias escondidas.

Nata de tierra fecundada en zumo
y exprimida de gracia, cuando vienes
llega contigo libre y presurosa

mi juventud. Y en su presencia sumo
fragancia y aventura, porque tienes
alma de río y corazón de rosa.

EL POTRO

Por primera vez solo. Flor sin tallo
de yegua madre ya, va su cabeza
oliendo el aire nuevo donde empieza
por fin su propia historia de caballo.

Dando celos al vértigo del rayo,
tendiendo puente o salto a la maleza,
va buscándose el potro la destreza
que le anuncia su sangre sin desmayo.

Piel de noche con luna, su piel siente
la antigua raza y el ardor primero
desde su joven corazón valiente.

Es su galope corto en el sendero
redoble de tambor, y hay en su frente
el pequeño milagro de un lucero.

MATERNIDAD

Sintió su corazón la primavera
llegándole al galope y encendida.
Aroma de otra sangre florecida
llegó a su corazón por vez primera.

Su piel tembló de gozo —dulce espera
de su redonda piel de amor henchida—,
y su vientre parió la nueva vida
con salvaje dolor de vida entera.

Ahora la yegua, de repente, sabe
que sus galopes han quedado presos
de un corto trotecillo torpe y suave.

Sus ojos son como si dieran besos,
su relincho se ha vuelto tierno y grave
y le cala el amor hasta los huesos.

CABALLO SOÑADO

En mis sueños de niño siempre había
un hermoso caballo blanco. Era
como súbita luz que en la pradera
nocturna de mi sueño se encendía.

En mi caballo blanco perseguía
cada noche la voz de una quimera,
y en la senda sin fin de su carrera
galopaba con él mi fantasía.

¡Cuántos febriles sueños a caballo,
agarrando la vida por el tallo
para arrancar su flor y su fragancia!

Hoy los sueños me siguen persiguiendo
y al galope con ellos compitiendo
sigue el caballo blanco de mi infancia.

NUESTRO PRIMER PAISAJE

Enfrente estaba el cielo
Tendidos en la tierra lo mirábamos
y esperábamos casi que de pronto
bajara hasta nosotros
la lluvia azul del aire
que vivía en contacto con los ángeles.

Unas hormigas eran
las únicas vecinas de aquel sitio.
En su incesante y diminuto vértigo
subían y bajaban a nuestros cuerpos jóvenes
echados en la tierra, que era orilla.
Porque junto a nosotros
estaba el agua verde
que siempre hay en los lagos, esperando
ser planta, fuente o río después, en otra vida
guardada en el secreto de su fondo.

¿Recuerdas? Las hormigas
te subían al pelo. Yo te puse

como una almohada bajo tu cabeza
el jersey gris aquel que yo llevaba.

Hablábamos despacio. Nos llegaba
ese olor que a los dos nos gusta tanto
de la tierra mojada.
Cuando había una pausa se notaba el silencio
como una dulce música nacida
de nuestros corazones.

¿Recuerdas? Tú cantabas
una canción sencilla y sin pensarla.
Tarareabas casi.
Con ese delicado y transparente
sonido de tu voz
que cubría mi amor de un apacible,
sosegado descanso.

Entonces empecé a decirte algo
que cada día digo de un modo diferente
que viene a ser el mismo cada día.

¿Recuerdas tú si había
flores en aquel sitio?
En la yerba tal vez viviera alguna
margarita silvestre.

ESPOSA ENCINTA

A ti te hablo, esposa,
con mi más puro y escogido acento.
Como trata a la rosa
la impaciencia del viento:
buscando entre tu aroma mi sustento.

Escúchame cantar
con la canción preñada de dulzura.
Detenido el andar
en la si par ventura
de cantar la canción de tu cintura.

Puesto tengo a mi mesa
tu sitio con el pan de cada día.
Pan de amor que no cesa,
bendita compañía,
nueva razón para la vida mía.

Ocupan nuestras frentes
unos mismos deseos y cuidados.
Vamos entre las gentes
—unidos los costados—
de corazón a corazón atados.

El beso he descubierto
más anudado y de mayor violencia.
¡Qué sublime concierto
para orquestar la herencia!
¡Qué huracán de pasión y de inocencia!

Me has descubierto el beso
más apaciblemente sosegado.
Entre tus labios preso
—rendido y consolado—
en un tranquilo mar me siento anclado.

Te brota la costumbre
de buscarme los ojos. De mirarme
con renovada lumbre,
para en tus ojos darme
cercana y tibia luz con que alumbrarme.

Tendido en tu mirada
me siento dulce cántico mecido.
Y el alma abandonada,
de bienestar herido
quedó en tus brazos sin sentir dormido.

Conozco la sencilla
caricia que tu mano me procura:
habitual maravilla,
noticia de ternura
que tu mano a entregarme se apresura.

¡Con qué suprema calma
pasa tu mano por mi pensamiento,
hasta llenarme el alma
de un feliz movimiento
que al tuyo sigue como el mar al viento!

¡Qué supremo deseo
de tenerme y colmarte de mi vida
entre tus manos veo
crecer y hacerse brida
suave, sacramental y bendecida!

La fruta está vecina
de tu árbol de amor que ya madura.
Ya en tu vientre germina
la sangre prematura,
nuevo gozo y dolor de tu cintura.

Eres fecunda, esposa.
Tu piel de azules venas navegada
cuida la más preciosa
carga jamás soñada.
¡Vientre materno, bóveda sagrada!

A nuestra compañía
el hijo viene con sonoro paso
para poner un día
tu corazón al raso
y ahogar mi corazón en frágil vaso.

Como campana suena,
y es nuestra sangre savia de una rama
común que amor estrena.
Nueva voz que en ti clama
y a la vez a los dos dentro nos llama.

PRESENCIA EN LA CIUDAD

II

NOTICIA DE MI ESTANCIA EN LA TIERRA



Institución Gran Duque de Alba

PRESENCIA EN LA CIUDAD

Aquí está la ciudad. Yo llegué un día
con dolor o con miedo.
Tal vez con esperanza de vencerla.
El río de los años
se fue llevando el pueblo a la deriva
como un barco sin ancla,
pero el barco era yo que me alejaba
con un ingenuo lujo de luces encendidas
buscando la ciudad para mis sueños.
Y la ilusión de la ciudad ya estaba
delante de mis ojos,
dejándome tocarla con los tuétanos,
acercando a mis labios
la promesa sin límites de caramelos ácidos.

¡Cuántas veces pisé las madrugadas
con el eco brutal de mis zapatos
en el silencio solitario y triste
de las aceras grises!
¡Cuántas historias me conté en voz baja
con un protagonista
que crecía en mi piel cada mañana
y en mi piel se dormía muy tarde por la noche
después de haber soñado,
para seguir soñando sin remedio!

Caí desde las grandes construcciones metálicas
de los siete pecados capitales
hasta las calles prietas de la ciudad del hombre.
Me crecía el pecado de la ciudad por dentro.
Me llenaba los huesos el pecado
tendido en sobriedad sobre mi hastío,

tendido sobre hamabres
desordenadas, sin amor, del sexo.

Me cegó la mentira repetida
y audaz de los anuncios luminosos.
Se crisparon de alambres encendidos
las noches de mis sueños,
y el amargor de boca
se instaló para siempre en mis insomnios.

¿Cuál era la ciudad que yo buscaba?
¿Dónde estaba mi podium con aplausos?
¿Dónde estaba el silencio
que había ya perdido para siempre?

Voces, obscenas voces ensuciando los verbos,
arañando superfluos adjetivos,
poniendo al sustantivo boca abajo.

Y en aquella ciudad que con las uñas
tuve que sujetar a mi andadura,
en aquella ciudad que me dolía
como un tizón ardiendo en mis espaldas,
tuve que rebañar migajas, símbolos,
besos, manos, palabras,
pecados, pasos, versos y campanas,
para escarbar un hueco donde a pesar de todo
pudiera cobijarse mi sonrisa.
Donde fuera pisando los talones
a la suerte y al miedo cada día.

Yo soy ciudad ahora: cemento, asfalto, polvo,
gasolina y aceites detergentes
navegan como un vértigo en mis venas,
y llevo puestos todos los zapatos
de los que van de prisa buscando su negocio,

verdecidas las palmas de las manos
de tanto sobar sueños de dinero.

En el bolsillo llevo unas pastillas
que no me dejan derrumbarme. Canto
con una voz artificial, que tengo
que guardar enlatada dentro del frigorífico
para el día siguiente.

Llevo siempre agarradas en el cuello
unas manos enormes que amenazan y gimen
y nadie ve porque las llevan todos.
Ya soy ciudad ¿Ciudad? ¡Ciudad o jungla!
Ya puedo almacenar
en cada atardecer un nuevo desengaño
para calzar la máquina
en la que va mi corazón hundiéndose.
Ya me tiene agarrado por los ojos,
por los pies, por los brazos, por los flancos,
la ciudad de la angustia.

PRESENCIA DEL AMOR

Me brotaba el amor como la primavera.
Como verdes espigas en el campo
húmedo de mi cuerpo.
Con una nueva sed en los asombros
que iba descubriendo
desde mi ensimismada geografía.
Primero fue la sombra rubia y leve
de una niña que no tenía labios
más que para sonrisas de oro, y en las manos
aún llevaba los moldes
blandos y sin borrar de sus muñecas.
Luego, tímidamente,

llegó la voz. Querían las palabras
tomar parte en el juego, ser bandera
del asalto de amor.
Pero llegó tan torpe y balbuciente
que no pudo cuajar en flor ni viento.

Entonces empezaron a nacerme los versos
como fáciles alas de mi cántico,
y brotaron de pronto en mis silencios
todos mis musicales
deseos escondidos. Mis miradas
ya tenían campanas de cristal y de plata
para contarle al viento
mis amores de niño, temeroso
de que alguien más que el viento lo supiera.
Siempre de lejos, siempre en solitario
campo de espigas verdes,
donde sólo mis ojos y mis versos
jugaban la partida.
Donde mis labios y mis manos eran
para el amor, lejana
luz prohibida detrás de oscuras rejas.

Poco a poco, las manos
—las manos en las manos solamente—
llegaron a novicias
de esta ferviente religión del tacto,
y un día descubrí, por fin, los labios
sobre la cima de oro de la torre
de pasión que escalaba,
y el clamor jubiloso de mi sangre
se volvió catarata,
y mis ávidas manos profesaron
en devoción de cálidas clausuras.
¡Que gozo de inventarme

lentamente el amor, sin descubrirlo
del todo todavía! ¡Qué largo recorrido
de nombres con mis versos puramente ceñidos!
(Inés, Cristina, Carmen,
María, Gloria, Mónica, Natalia,
Lola, Emma, Isabel, Pilar, Teresa...)
¿Cuántos paisajes llenos de flores amarillas,
de anocheceres blancos en la era,
de soledades cómplices, de miedos,
de excursión clandestina en bicicleta,
de esperas, de jardines,
de tristes abandonos y de nuevas
ilusiones crecidas
en amores bordados de inocencia!

Pero la sed me ahogaba
y buscaba en las calles mi remedio
naufragando en el tedio de la noche
por camas alquiladas. Comprándome posturas
de mujeres que nada me decían del verdadero amor.

Hasta que se doraron mis espigas
y sólo un nombre fue para mi vida
compañía de siempre.
Porque ya no era nombre, sino feliz camino.
Ella estaba a mi lado para ungirme
con el aceite del amor diario,
para darme el racimo de su cuerpo
que en mis labios se hacía
vino fiel del banquete
que sólo sabe preparar la esposa.

Me ofrecía riendo, entre sus manos
delicadas y blancas como flores,
fragilidad de pájaro y atadura de ancla.

Y en el río de amor de los dos juntos
descubríamos islas
con árboles cargados en sus ramas
de caricias y besos.

Es verdad que vinieron otros nombres
(Rosa, María, Soledad) que eran
espigas verdes germinadas tarde
y puestas al alcance de mi mano
al borde del camino.

Y encendieron de nuevo ante mis ojos
gigantescas hogueras
que ardían como jóvenes manzanas
llenándome de humo los latidos
ebrios del corazón.

Era el dolor preciso
para darle al amor más estatura
y regar con las lágrimas más fértiles
un árbol de raíces tan profundas.

Lavé mi sangre oscura removida
que se fue desbordando,
hasta dejar tan bien atado y limpio
mi buen amor, que ahora
es como un campo de alhelíes blancos,
como un alba de oro,
como un apasionado ramo de rosas rojas,
como una rara colección de pájaros
libres para volar y sometidos
por sus propios deseos
al único deseo que calienta
la postura común de los esposos
cuando ya han aprendido a ser amantes.

La espiga maduró cuando fue tiempo

una tras otra cinco veces. Dándome
continuación al alma
y haciéndose milagro de la carne:
amor en cinco partes iguales dividido
y en cada una de las partes íntegro.

Mis hijos, que clamaron desde un mundo
de estrellas y palomas por venir a este trozo
de duda que el amor les ofrecía.
Para aprender las rosas y romperlas,
para hacerme más altas la frente y la palabra
y atarme entre los dedos su caricia.

¿O acaso no querían venir y les trajimos?
¿Pudieron elegir otra materia,
ser nácar o coral, ámbar o ágata?
O ser leve polvillo luminoso
detenido en las grandes alas de mariposa
que pueda ser acaso el universo.
O tener otra forma:
de ánfora, de liquen, de polígono,
de pompa de jabón o de arcoiris.

Pero ya les trajimos
y están pisando el suelo tembloroso del mundo.
Vibrando como cuerdas de guitarra
que inútilmente intento afinar al unísono.

Nuestros hijos. Mis hijos.
En el íntimo huerto de mi casa,
cinco benditos árboles
con mi nombre grabado en su corteza.
Con sus ramas, tan tiernas todavía,
en lucha ya con vientos implacables
que no puedo evitarles con mis manos

demasiado pequeñas.
Y avanzo sin más remos que el sudor de mi frente.
Penosamente avanzo
por ese mar de látigos que escupe
la ciudad de la angustia,
donde resiste a flote nuestra isla de amor.

MÍNIMA HISTORIA

Mi historia es tan sencilla
como el dolor, como el amor, acaso
como la de cualquier hombre que sueña
casi siempre despierto.

Eran las nueve en punto
de la mañana. Todas las campanas
se echaron a volar. Era domingo.
La primavera ya se preparaba
para entrar en el corro, y con el mar muy cerca
y un sol lleno de risas y de fuego
mirando indiferente desde arriba,
yo empezaba a llorar.

Tal vez mi historia sea
no tan sencilla como yo quisiera,
porque no tengo hechas de una pieza
ni felicidad ni mi amargura.
He remado con rabia muchas veces
y he reído con pena.
He cantado mi amor a voz en grito.
He sentido caricias apretadas
como fuertes amarras de navío en el puerto,
y en el amor de una mujer, que puso
su paso por la vida a mi cuidado,
engendré cinco hijos.

Me he tragado las lágrimas
como vino con sal, y está mi sangre
navegada por barcos de esperanza
que rompieron sus quillas en la seca
realidad de mis huesos.

He metido, por fin, dentro del arca
la tela mal doblada del fracaso.

Parecía que el viento me empujaba,
parecía que el cielo
me regalaba un manto azul y oro,
parecía que el nombre me crecía
como flor presumida en la solapa,
y en una caja fea y pequeña
tengo guardadas, sin usar, mis alas.

Eran las nueve en punto
de la mañana. Era —nada menos—
la hora de empezar.

Han pasado cincuenta años. Tengo
un saco lleno de palabras huecas.

Todavía me nace en la cabeza
una paloma blanca cada día
que asesino —nervioso—
antes de que su vuelo me desvele.

Yo que he soñado tanto
me quedo ahora dormido en cuanto sueño.

Me han mezclado la miel con zarzas agrias
y todavía siento las ortigas
que pisaba de niño

arañando las piernas de mi alma.

Todavía me encuentro algunas veces
una mora madura entre las zarzas,
pero me sienta mal, porque me olvido
de que también mi estómago
tiene cincuenta años.

Y el caso es que me quedan
muchas cosas que hacer en esta vida.
He de aprender aún a resignarme
con la nada que tengo entre las manos.
Tengo que conformarme con ser tan sólo un número
entre los nosecuantos millones de habitantes
que respiramos barro en este mundo.
He de aprender a ser como una máquina
(de nueve a dos —comer— de cuatro a siete)
que va imprimiendo vidas de los otros
en su quehacer diario.
He de aprender a darle sonriente
los buenos días como si tal cosa
al espejo redondo de mi cuarto de baño.
He de amarrar raíces en mis hombros,
dar betún a las plantas
ardientes de mis pies para que brillen
como si fueran con zapatos nuevos,
quitar todos los días el polvo a mis rodillas
y cuidar de que el pelo siga por mucho tiempo
adornando la altura de mi cráneo.

¿Qué más puedo contar de esta sencilla
disección de mi asco?

¿Qué más puedo añadir a este puchero
de sopa congelada?

¿Qué más puedo decir que me revuelva
las tripas hasta el límite?

¿Dónde puedo mirar que no me duela
la mirada que tengo ya con gafas?

Calma. Ya pasó todo.
Tengo cincuenta años, bueno ¿y qué?
Aquí estoy. En mi casa.
Mi mujer y mis hijos a mi lado.

La rutina diaria
de mi butaca que respetan todos.
Mi historia es tan sencilla
como el dolor, como el amor, con muchas
ganas de no morirme todavía.
Aunque siga remando río arriba
y siempre sin un céntimo de sobra en el bolsillo.

MAYORÍA DE EDAD

Hoy cumples veintiún años, hijo. Cabe
todo el mundo en tus manos.
En tus manos intrépidas de hombre
que van buscando sin cesar un cielo
más azul donde asirse.
Tus manos hacendosas, fuertes, ágiles,
nacidas —porque Dios así lo quiso—
de mis delgadas manos sensitivas
y acaso un poco torpes.

Hoy cumples veintiún años. Y tus alas
—esas potentes alas que te izan
el corazón magnífico
hasta el jardín de luz de las estrellas—
te quieren desatar dentro del pecho
la libertad sin miedo de las águilas.

Eres mayor de edad.
Quieres volar —meciéndote a tu aire—
por los rubios paisajes de tus sueños
llenos de sol, llenos de amor, con vientos
para banderas íntimas
a las que inventas tú colores nuevos.

Vas buscando las más sencillas fórmulas
—camisa abierta, botos,
un pantalón vaquero desteñado—
para vivir tu vida
alegremente y sin mayor cuidado.
Sin nudos corredizos de corbatas
que cuelguen viejos moldes a tu cuello
con cadenas de seda.
Seleccionando humildes flores. Dando
vueltas y vueltas a la rueda mágica
de tus enardecidos pensamientos,
de tus palabras sin cocer del todo,
de tu modo valiente
de querer conquistar a toda prisa
la vida, que se ciñe a tu cintura
como caliente toro enamorado.

¡Qué miedo me dan, hijo,
las escolleras que tu barco encuentre
camino de la mar de tus descos!
¡Cómo temo las telas
de araña que se enreden en tus alas!
Porque andar por el mundo
como tú vas, a pecho descubierto,
sin más arma que el alma a flor de piel,
es andar por caminos
llenos de vidrios rotos y descalzo.

Antes de que nacieras
canté mi miedo inmenso a tu llegada
—¡aquellos tres sonetos
en los que te llamaba casi a gritos!—,
y más miedo me da cuando te veo
tan parecido a mí:

escalador de sueños por escalas
apoyadas en sueños.

Ten cuidado no caigas
con demasiada brusquedad al suelo
de la verdad diaria, tan difícil
de domar sin el látigo terrible
que sus golpes devuelve a nuestra espalda.

No te me rompas, hijo. Tú, que eres
mi verdadero hoy y vas haciéndote
mi único mañana,
porque voy siendo ayer sin darme cuenta.
Tú, que eres cabeza del racimo
de cinco flores vivas, cuidadas por las manos
jardineras amantes de tu madre
para adornar el alma de mi casa.
De nuestra casa, hijo.

El río genitivo de mi sangre
no ha podido llegar
a mar que más me llene los sentidos.
Cada vez que te miro nacen verdes
laderas a mis ojos,
y me acaricia el vino del orgullo
el paladar del corazón en vilo.

Hoy cumples veintiún años, hijo. Eres
mayor de edad. La sombra de mi árbol
se te queda pequeña. Quieres ponerle ramas
al árbol que te crece muy adentro
y fecundar al sol tu propia sombra
para un amor que tiene compañera.

Te quieres ir. Mis manos no se atreven
a sujetar tu amarra.

El barco en que navegas es tu barco
y no puedo añadir peso en tu ancla
ni velas a tu viento.

Sólo quiero pedir que me permitas
retener suavemente entre mis dedos
el invisible hilo
de mi profundo amor, que no le deja
que se escape del todo a tu cometa.

Hoy cumples veintiún años. Un buen día
para hablar de hombre a hombre,
y ya tengo elegida una palabra:
quiero decir —sencillamente— hijo.

EPÍLOGO

Que me dejen encima de un monte cuando muera
sin más peso que el cielo sobre mi blanda frente,
sin más tacto que el aire para mis manos últimas,
sin más señal que el claro límite de mí mismo.

Que en el espacio abierto tendida esté mi ausencia
como un largo silencio vertido sobre el suelo.
Eso sí, que me dejen mirando hacia lo alto
con los ojos parados en las cambiantes nubes.

Que mi cabello sea viento anclado con alas
frágiles de ceniza. Que se apague mi sangre
como dulce rescoldo de corazón sin música.
Que se lleven mi carne pájaros sorprendidos.

Que en mis labios, hendidos por un hachazo lento,
puede salvarse toda mi colección de besos
y escapen de las ramas tronchadas de mis brazos
los apretados nudos que ciñieron al vértigo.

Que se rasgue la tela de mi piel como a un fruto
maduro se le abre sin dolor la corteza,
y el sol vaya puliendo con su luz implacable
mis huesos liberados de su frío profundo.

Que la paciente lluvia vaya lamiendo el polvo
de mi forma cuajada de quietud para siempre,
y en los cristales secos de mis ojos se formen
dos lagos de agua clara para mis sueños ciegos.

Que se me quede abierta la muerte como un libro
que Dios está leyendo. Y para que no sea
tan árido el paisaje de mi última página,
que humildes flores nazcan dentro de mi esqueleto.



Institución Gran Duque de Alba

CALIENTE CINTURA DEL VIENTO

Editorial Obras Selectas. Madrid 1981

LAS ACACIAS

Como unas señoritas de provincias
de otros tiempos, pasean las acacias
por las calles. Muy serias y mirando
con torpe disimulo a los que pasan.

Tienen su seco cuerpo renegrido
y un nombre de mujer que huele a campo.
Florece del cemento casi vírgenes
y está de moda su peinado afro.

Desde cuántas ventanas he mirado
las acacias aquéllas, donde antes
pájaros de visita descansaban
del vuelo aquel que enamoraba al aire.

Cuántas noches miraron las acacias
mi vuelta solitaria. Cuántas veces
en su corteza áspera y tiernísima
buscó un apoyo mi ardorosa frente.

Cuando en faroles tibios se apagaban
mis jóvenes racimos de esperanzas,
cuántos amaneceres me adornaron
con sus ramas humildes las acacias.

Ángeles vegetales de ciudad,
confidentes de amor y borrachera,
viudas de los faroles y los pájaros,
las acacias —insólitas— pasean.

LOS CHOPOS

Los chopos, como lanzas amorosas
que dulcemente entran en la herida
púrpura de crepúsculo.

Los chopos, palpitando como lanzas
estremecidas de pasión al viento.

Los chopos, como lanzas sosegadas
de pacífico ejército en hilera.

Los chopos, que le ponen
orillas verticales al sendero
y apretada estatura a la mirada.

Se me clavan los chopos en los ojos.
Y en el recuerdo antiguo se me clavan.
Se me clavan los chopos en la pena.

Ellos pueden izar en el paisaje
una plural definición. ¿Qué fuerza
le reúne? ¿Y cómo están, unánimes,
afilando al subir un mismo aire,
si por más que yo busco
manos, palabras, hombros y miradas
que me sean gemelos,
solo piso mi tierra sin entorno,
vecino nada más que de mí mismo?

Yo quiero, como el chopo,
sentir junto a los otros que mi cántico

—nacido de mi sombra diferente—
es un viento que puede ser más viento
en un viento común. Y lloro a solas
porque llevo clavados en el pecho,
como enemigas lanzas,
chopos de los que soy íntimo amigo.

EL CEREZO

Mi infancia está en lo alto de un cerezo. Trepando
por los delgados mástiles de un navío fantástico.
Con las manos tendidas a la vida. Sin miedo.
Sin contratos. Sin moldes. Sin palabras difíciles.

Cabía en un cerezo todavía la historia
de mis felicidades y mi alegre aventura,
y buscaba la carne redonda y apretada
sin que el sexo pusiera mi corazón en vilo.

Una boca sin labios colmada de cerezas
era lo que tenía más parecido al beso
y adornaba mi gozo con pendientes frutales.

Pero el cerezo entero se lo quedó mi infancia
y después, tantas frutas amargas he mordido
que se han vuelto mis dientes crueles como labios.

CASTILLA

I

¿A dónde van los hombres de Castilla
por caminos que llevan
hacia la línea recta sin esquinas

que aprieta las miradas a la tierra?
son caminos que amasan
fatigas y sudor, enamorados
de un horizonte eterno que siempre está más lejos.

¿A dónde van los hombres con el polvo
metido entre las uñas
de escarbar en el barro sus esperanzas últimas,
roturadas con hierros de silencio?
Son hebras de esperanza
que zurcen los desgarros del alma de Castilla.

¿A dónde van los hombres
con los cuartos crecientes de acero de sus hoces,
como pálidas lunas
en un rito monótono mecidas?
Son las hoces que añaden
el rastro luminoso de los brazos
al aire transparente de Castilla.

En busca de los trigos van los hombres
de las arrugas hondas en el cuello.
Con las manos de áspera corteza.
Con los ojos sin agua,
porque el llanto entregaron a los sedientes ríos
que en un lecho mortal al sol se abrasan.

2

Mancho vientre prolífico de España,
la tierra de Castilla cría hombres
de paso firme y corazón sencillo,
que encienden con el alba su mirada.

Los surcos, largos gritos paralelos,
son los ríos de pan que el hombre pone

donde no quiso Dios poner el cántico
fértil y fácil y feliz del agua.

Las espigas, sudor alto del hombre,
navegan por sus mares amarillos
con velas rosa que les presta el viento,
hacia huertos blanquísimos de harina.

3

Vengo a cantarte, Castilla,
con mi dulzaina de fiesta.
Déjame poner mi música
donde tú dictas la letra.

Vengo a pedirte permiso
para llamar a tu puerta.
Para quemarme en el fuego
que encendió con tierra seca
un brazo de pedernal
en tu cintura de yesca.

Tu cintura es la gavilla
más prieta de la faena,
tus senos son dos montones
de trigo limpio en la era,
tus manos saben caricias
de jara, romero y menta,
la llanura de tu espalda
lleva al sol en bandolera
y en la cuna de tu vientre
—que espera y no desespera—
caliente reja que ahonda
te convierte en pan la tierra.

Vengo a cantarte, Castilla,
con unos labios que besan.
Sólo pido que tus labios
sus amapolas me ofrezcan.

4

Firma la piedra con solemne rúbrica
la faz de las ciudades de Castilla:
un cilicio de piedra enamorada
ciñe el éxtasis místico de Ávila,

altos arcos de piedra de Segovia
dan siglos a beber a las estrellas,
arcángeles bordaron en Toledo
con aguja de ensueños piedras mágicas.

Burgos convierte en flores con suspiros
de encaje celestial su piedra gótica,
y por claustros románicos de Soria
pasea su oración lenta la piedra.

5

Ya las yuntas de mulas con sus redondas grupas
tersas como los frutos del arándano,
son quietos huesos fríos
bajo las nuevas tierras de Castilla.
Su paso silencioso
cubierto está por las revoluciones
de motores potentes,
sonora agricultura de tractores
y de cosechadoras.

Pero Castilla sigue en el olivo
de tenaces raíces,

que sujeta en el aire las heridas
pardas de su corteza,
y sus hojas vestidas con la plata
verde de la nostalgia.

En la hilera de chopos que hacen guardia en la vega
y al sol clavan las lanzas de sus húmedas sombras.

En las esbeltas espadañas, cita
de cigüeñas hieráticas con campanas dormidas
en la costumbre antigua del silencio.

En retablos barrocos
de columnas con brotes de racimos y pámpanos,
que enmarcan las imágenes ingenuas de los santos
en las viejas iglesias de los pueblos.

Y en la lujosa vestidura de oro
de los humildes cardos.

6

¿A dónde van los hombres de Castilla
con sus nuevas pisadas? ¿Qué lindero
necesitan cruzar? ¿Desde qué otero
quieren ver cómo medra la semilla?

¿Qué pretenden izar en la amarilla
bandera de sus mies? ¿Qué cancionero
sueñan cantar al sol? ¿Por qué sendero
buscan la luz de la verdad sencilla?

Castilla es ancha y dura como mano
con costumbre de arar. En su talega
juntos están su corazón y el grano.

Castilla —secular peón de brega,
parvo yantar, sudor en el secano—
pide el amor para el dolor que entrega.

MOGUER VIVIDO

Estoy aquí, Moguer. Me naces dentro
de tu nevado corazón caliente.
Con lejana nostalgia adolescente
por tus soñadas claridades entro.

Estoy aquí, Moguer. Hoy eres centro
de mi circunferencia. Sol naciente
de mi mirada. Reja transparente
de la ventana azul de nuestro encuentro.

A Juan Ramón —también aquí conmigo—
por fieles azulejos le persigo,
en flor mis labios de nombrarle tanto.

He llegado, Moguer, con la voz llena
de palabras de amor que amor estrena.
No sueño ya. Estoy contigo. Canto.

IRÚN

Es igual que una novia de labios infantiles
que se me va dorando de tiernas lejanías.
Esa primera novia, que no se olvida nunca
porque ha inventado el beso de una vez para siempre.

Mi pueblo, con sus calles de trayectorias íntimas,
con su vuelo de águila de la Peña de Aya,
con maizales y helechos vecinos a diario
y el blanco cementerio de mi primera muerte.

Suena un dulce zorzico de nostalgias que llevan
mis pasos a la orilla de acá del Bidasoa.
El barrio de Mendibil me huele a chocolate.

Vuelvo a ir al colegio de las pizarras verdes
y la lluvia me sigue, mojándome los sueños,
por el inevitable Paseo de Colón.

TERESA

A Teresa Olana

Monja de cal y canto, fundadora
de rosas liberadas en clausura,
cocinera de Dios, genio y figura
de garbosa mujer que se enamora

del incesante amor, ave canora
que canta sin saberlo, criatura
de barro y sol, modelo de locura,
virgen fértil, mirífica doctora

de alforja y buen andar para el camino,
flor de cortijo, ruiñeñor de Corte,
candil que enciende resplandor divino.

Sin dolor, ni cansancio que le importe,
sólo le guía en su tenaz destino
la brújula con Dios puesto en el Norte.

EN EL FRÍO DE LA TARDE

A Fernando Benzo

Fernando, ya tenemos
los dos cincuenta años, surco a surco.

Echar a andar la rueca
de la memoria duele como un látigo
que golpea la espalda y la palabra.
Hemos tenido que torcer el hilo
denso de nuestras vidas,
para tejer el lienzo sin costura
que nos cobija y nos desnuda el alma,
y de tanto torcerlo
nos crecieron espinas en los dedos.
Brotaron también flores, pero tienen
profundas cicatrices en sus pétalos.

Fernando, ya tenemos
los dos cincuenta años. Nuestro río
se va acercando al mar en cada espuma.
Todavía se agitan remolinos
sobre la piel del agua que nos lleva.
Todavía los barcos
—barcos de tierra— surcan su corriente.

Pero en la clara superficie plana
donde nace el espejo,
ya no están las miradas tan antiguas
con su jugosa carga de esperanza.
Ya no están los corceles generosos del ímpetu
cabalgando sin miedo en nuestros hombros.
Ya no están los latidos, como árboles
del corazón, pariendo ramas nuevas
con la sangre redonda como cerezas frescas.

Son ya cincuenta años,
Fernando, que nos cuelgan como trapos
lavados muchas veces.
Recuerdo de banderas que ondeaban
en sus colores nítidos

llenos de sol, llenos de voz, vacíos
de peso y de cordura.

Ya se nos va apagando
la luz de las hogueras violentas
en la sombra tranquila del rincón,
y el frío de la tarde nos inquieta
más que el fértil sudor del mediodía.

Hay que reconocer que ahora quisiéramos
hacer una bufanda con la brisa,
que puede lastimarnos la garganta.
Hay que reconocer
que el vuelo casi azul de nuestros pájaros
es también casi gris si les miramos
—por supuesto, con gafas—
más de cerca las plumas de sus alas.

Hay que reconocer que las palabras
ateridas de frío
bajo su falsa costra florecida,
se nos cuajan de risas y sarcasmos
porque no tienen ya la levadura
de nuevo pan crujiente.

Hemos andado mucho. ¿Recuerdas cuántas veces
dimos la vuelta al mundo en una noche,
doblando las esquinas sin aristas
de calles y más calles y más calles
en la ciudad dormida,
alquilándole al cielo sus estrellas
para encender farolas?

Tenemos ya los dos cincuenta años
—desde hoy mismo gemelos nuevamente—
y los catorce días de distancia

que separan y acercan
la edad de nuestros huesos,
ya no tienen ni nombre ni apellidos.

Los dos, cincuenta años
palmo a palmo medidos
en distintos senderos con orillas
dentro del mismo cauce confundidas,
que a veces se perdieron en la oscura
confusión de dos selvas diferentes.

Hoy quiero abrir de golpe la ventana
con tersa claridad de sol poniente,
a los mejores tiempos
de bolsillos vacíos y alma llena.
Cuando cruzaban nuestro aire verdes
sonidos de campana, y amarillos brillantes
de sueños sin cocer, y lluvias rojas
de flores golpeando nuestros ojos,
y vientos enroscándose
en nuestros sobresdrújulos tobillos.

¿Recuerdas nuestro encuentro tan lejano
de estudiantes raídos y orgullosos
como protagonistas
de Marcos de Obregón o Lazarillo,
soñando bisturís,
pulsaciones arrítmicas, diagnósticos
y calaveras líricas de Hamlet?
¿Recuerdas nuestro amor fugaz y tímido
por el externo-cleido-mastoideo?
Vieja Universidad de San Bernardo
con salida a la calle de Amanuel
con salida al olvido de la sangre
que no fuera la sangre
de nuestro corazón enamorado.

¿Recuerdas nuestras locas aventuras
de llegar hasta El Pardo en bicicleta,
con la chaqueta puesta y abrochada,
cuello duro y corbata, jinetes implacables
de los ciervos de níquel con pedales
que yo cantaba en mis ingenuos versos?

¿Recuerdas que tenemos
los dos cincuenta años ya, Fernando?

Catorce versos o catorce días
al tuyo adelantó mi nacimiento.
Soneto umbilical que en cada acento
va uniendo tus pisadas y las mías.

En el regazo de las tardes frías
que de azules recuerdos siembra el viento,
va creciendo con suave movimiento
un racimo de penas y alegrías.

Si repasamos bien tan larga cuenta
llevamos yo contigo y tú conmigo
juntos treinta y tres años de cincuenta.

Y harina candéal de un mismo trigo
nos llena el corazón, que se alimenta
con este pan sin terminar de amigo.

JUAN RAMÓN EN MOGUER

A Francisco Hernández Pinzón

Inventor del color del alma, llena
su mirada de un fuego oscuro y grande,
con su risa de niño
guardada como un luto prematuro

tras la negra cancela cerrada de su barba,
va Juan Ramón Jiménez
por su Moguer de plata, rodeado
de jitanos y ángeles con jota.
Metiendo el mundo dentro
de un cristal amarillo.

¿Qué sueños de tranquilas
violetas le conducen
por los fieles senderos de la tarde,
hacia jardines mágicos
con un aire dorado sin costuras
y fuentes que le mojan el silencio
de su melancolía?

* * *

Con "Almirante" al pasc
cabalgando marismas y nostalgias,
coleccionista absorto de crepúsculos,
se va palpando el pulso del recuerdo
que palpita en el vuelo
transparente de ancladas mariposas.

Su casa azulmarino junto al río
—blanca de cal y añil, de sol y espuma—,
virada en amarillo
por las pausadas luces de Poniente.

Su casa hermosa de la Calle Nueva:
los espejos, los búcaros con flores,
la música de piano
y aquel balcón donde las noches eran
diálogo encendido con la luna.

¿Se escucharán aún los cascabeles
del coche de las cinco,
desde el patio de mármol
con la hortensia de todos los colores
encima del aljibe?
¿Seguirá todavía en los salones
la estatura primera
del corazón de Juan Ramón, que mira
leves sombras ya blancas?

* * *

Como niebla de flores
le ciñen la memoria con distintos
aromas las mujeres de Moguer.

María Huelva, vigilando ensueños
en la secreta celda luminosa
de su frente de niño.
La bata de percal —¿percal o seda?—
de Montemayorcita.
El dulce aletear de Micaela.
Concha Montes, estéril,
y en la sien la flor muerta de un lunar.
La sonrisa difícil de traducir de Herminia.
Cinta Marín, marfil nevado en luto.
El anzuelo de amor de Margarita
y el verde amor con claros ojos verdes
de Pepita Gonzalo.
Húmeda la piel rubia de Simona,
la sobrina del cura.
Música de Chopín bajo las lunas
gemelas de las finas manos de Felician.
Y Aguedilla, la mínima

criatura de Dios,
con su ofrenda de moras y claveles.

* * *

¡Qué pálida le crece la tristeza,
humilde ruiñeñor de los paisajes
redondos de sus lágrimas!

Con qué delicadeza
va prendiendo jazmines,
azucenas, geranios, margaritas,
y nardos en sus versos.
Cultivando jardines
en la serena tierra generosa
y tan honda de sus endecasílabos,
y en la ligera tierra
fresca de sus canciones.

Ya viene, ya se acerca
por la fábula dócil al corazón sencillo,
la peluda ternura de "Platero"
con trote de borrico de algodón.
Íntimamente, Juan Ramón le habla
poniendo en el acento las campanas
de las palabras puras,
y hay una luz de raso
caliente en la mirada
cercanamente humana de su amigo.

Campanillas azules,
lilas con agua, lirios amarillos,
y rosas, rosas, rosas.
Rosas hasta en los ojos de "Platero".

* * *

Alerta en altas torres solitarias,
es una larga hoja de cuchillo
la raya sin calor de su horizonte.
Tendido como un río,
le van manando versos de claras aguas nuevas,
pero se escucha muy adentro el miedo
de la orilla vacía y sin sentido.

Busca puente de amor a la otra orilla,
y sus manos, sus labios y sus ojos
se llaman ya Zenobia
y es Zenobia la seda de su paso.

* * *

La casas de Moguer están encintas
de claridad antigua
—la Calle del Coral, la de las Flores,
la Calle de la Fuente,
la del Vicario Viejo, la del Sol—,
con todas las ventanas asomadas
a la ventana abierta del recuerdo.

Moguer da de beber a su poeta
en pozos de miradas andaluzas,
mientras pone en sus manos
hilos malva, morados, rosa, granas,
celestes y amarillos,
para que Juan Ramón borde las alas
de mariposa de sus pensamientos.

El quincallero con su carga de oro
—velones y badilas de Lucena—
pasa despacio por la Calle Nueva.
Don Joaquín, el maestro,

sube la pina Calle de La Aceña.
La sombra se hace ángulo en la esquina
de Juanito Betún.
Juan Ramón, por la Calle de la Ribera, busca
nuevos oros y azules en el río.

Tiene los farolillos encendidos
la Plaza de las Monjas.

* * *

Las alas de la mariposa
sencilla de la muerte
han vestido de luto enamorado
aquellas nubes rosa
de las tardes lejanas,
“Platero” está bebiéndose en el cielo
su “dos cubos de agua con estrellas”,
y Juan Ramón Jiménez
—con la luz de los ríos que se van—
cogido de la mano de Zenobia
va emparejando lirios con violetas,
para ofrecerle un ramo de sus versos
a su Dios deseado y descante.

Moguer tiene guardada su postura
definitivamente ya de plata.

REQUIEM POR UN NEGRO

(En memoria de Martin Luther King)

*"Para encontrar los héroes verdaderos
hay que buscar en nuestros propios días"*

MAO TSE TUNG

Aleluya. Aleluya.
El cielo azul es negro. Negras las nubes rosa.
Y las palomas blancas, también negras.
Son negras las cerezas verdes del Potomac.
Y las colinas rojas de Georgia,
negras como los hombros de los negros.
Aleluya. Aleluya.
Es blanco el algodón de Mississippi,
Carolina, Virginia o Alabama,
como los dientes blancos de los negros.
Los alhelís del alba con sonrisa de azúcar
les pintan de cal viva el pensamiento.
Los corceles de plata de la luna
les calientan la nieve de su noche.
Aleluya. Aleluya.
No es negro el corazón del hombre negro.
Es una flor sencilla tendida al sol hambriento
de un humilde jardín del extrarradio.

El arado de fuego del disparo
de un asesino joven, alto y rubio,
ha labrado la tierra difícil de una frente
negra, maciza, sudorosa y joven,
con un surco de sangre.

Dos mulas, sobre el duro río inmóvil
y oscuro del asfalto,
conducen la carreta algodонера
con un lento respeto al cementerio
lejano de los negros.
Porque a un negro que iba a su montaña
para poner la voz a más altura,
lo han dejado tendido en el camino
y le han matado a tiros la palabra.

Aleluya. Aleluya. El hombre negro
tiene blancos los huesos inmolados
de Martin Luther King.

Hasta ahora tenía nombre propio
la muerte de los héroes
rebeldes sin domar, que se llamaban
Simón Pedro, Servet, Juana de Arco,
Espartaco, Padilla, Lincoln o "Che" Guevara.
Ahora un arcángel negro ha reclamado
la trompeta brillante de Louis Armstrong
para anunciar que un hombre negro ha escrito
su nombre en el sagrado
libro de las eternas rebeldías.
Y Nat King Cole y Harry Belafonte
ceden sus voces —con canción de cuna
para una muerte súbita—
a las desnudas lágrimas calladas de Coretta.
Mientras en cualquier sitio
hay un negro cualquiera, melancólico,
que con el insondable contrabajo
pone un ritmo solemne de pulsaciones hondas
a una orquesta de "jazz" que se rebela.
Aleluya. Aleluya.

Suena una nueva música del viejo "spiritual",
que renace en la letra
nacida de esa espera tan larga de los negros:
"¡Libres! ¡Libres al fin!
¡Gracias a Dios, al fin, ya somos libres!".

Martín Luther King fue, pacientemente,
sin armas en las manos,
a buscar libertad en autobús
junto a una rosa negra con la raíz cansada
de estar de pie en el tiempo inacabable.
Fue delante de hombres negros y de mujeres
negras, que le seguían
buscando libertad por los caminos
abiertos en el hambre de su tierra sin agua,
con los pies doloridos
de tanto andar mirando a las estrellas
sin poder alcanzarlas con sus manos de esclavos.

Martin Luther King tuvo la alegre artesanía
de un limpiabotas negro,
que saca las estrellas más brillantes
de la piel más oscura,
y recibe riendo la propina
mirando —de rodillas— hacia Dios.
Aleluya. Aleluya.
Sus zapatos supieron el camino
gemelo del camino de su hermano.

Martín Luther King quiso
que se secaran las paredes húmedas
de las casas malditas de los negros.
Que la voz de los negros se escuchara
sin gritos y sin ascos de basura

en las cunas tristesimas
del cementerio vivo de los negros.
Que sus canciones no cantaran súplicas
ni pidieran limosna
para las manos pobres de los negros,
para su amor de hombres.
Que no viviera el miedo ensombrecido
dentro de las miradas con la cabeza baja
de los negros. Que el odio no creciera,
como un río sin balsas, en las venas
con sangre envenenada de los negros.
Que una aurora de luz enamorada
lavara los paisajes
de millones de espaldas de negros soportando
ese terrible golpear de América
con látigos de oro,
detrás de las palabras como bosques
calientes gigantescos de Walt Whitman.

Por eso hay en los aires
de Atlanta, de Montgomery, de Memphis,
salmos con aleluyas en memoria
de Martin Luther King,
y siempre serán negros en la tierra
blanca de la esperanza
los lirios y los nardos, las magnolias,
los alhelíes y las margaritas.

Aleluya. Aleluya.
Un clamor de azucenas ha nacido
de ríos enterrados en la muerte.
Aleluya. Aleluya.
De par en par ahora están abiertas
las apretadas puertas de la pena.

Aleluya. Aleluya.

Porque el amor aún sigue despierto,
porque es cierto que es una senda buena
la palabra, cantemos aleluya.

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

Edición: 1997

TIEMPO DE BÚSQUEDA

Editorial Interlaket. Valencia 1982



Institución Gran Duque de Alba

I
BÚSQUEDA DE CADA DÍA

*"Mira Dios desde los cielos
a los hijos de los hombres,
para ver si hay algún cuerdo
que busque a Dios".*

SALMOS, 53.3



Institución Gran Duque de Alba

LA SED

Puedes beber el mar y las salobres
aguas cambiar en dulce zumo. Puedes
beber la fresca cal de las paredes
o las húmedas manos de los pobres.

Puedes beber las rutas cristalinas
de las venas de un ángel. O la entraña
suave y fría de un pez. O la montaña
minada de corrientes clandestinas.

Puedes beber la sombra de tu nombre,
de los lirios del campo la frescura,
las fugitivas fuentes del sonido

y ese profundo río con que el hombre
a veces, casi Dios, amor murmura.
Mas sólo beber sed te han permitido.

DESESPERANZA

La esperanza ya no es verde.
¿Dónde se pudre el color
de la esperanza?

Los hombres
se están matando.

Ya son
las doce en punto del miedo.

Hay en las manos temblor
de tierra honda y oscura
para enterrar al amor.

La esperanza es una araña
negra, que zurce el dolor
con los hilos de la pena.

¿Por qué se ha roto la flor?
La esperanza es un naufragio
de lodo.

Suena el tambor
del grito.

Lágrimas llegan
para hacer ríos.

La voz
cumple pactos de silencio
para matar la canción,
porque en el cielo apagado
se ha quedado sordo Dios.

UN HILO DE ESPERANZA

Estoy en esta orilla del corazón. La tarde
sujetando en el césped con mis manos delgadas.
Clavando los oscuros cuchillos de las noches
en las gargantas frías de tristes madrugadas.

En esta orilla seca del corazón, varado
tengo un barco sin velas con un grumete ciego.
Y una paloma muerta. Y una carta sin firma.
Y una borrosa espalda. Y una hoguera sin fuego.

Qué desolado círculo se me cierra en el puño.
Las apretadas uñas me han herido la palma,
y una postura huérfana de rosas y azucenas
me desnuda en los ojos la soledad del alma.

Todos estamos solos como perdidas islas,
pero sin mar. A solas con la sequía inmensa.
En los labios la fórmula de la arena y la cal
y en el pulso una loca mariposa hipertensa.

Nos separan espinas sin pétalos. Sumidos
en celdas sin abejas, cerramos la ventana
sin luna en los cristales, y en la almohada dejamos
sueños rotos muriéndose solos cada mañana.

¿Por qué vamos andando como si en el camino
no hubiera nadie más? ¿Por qué inventamos llaves
de oro para el viento? ¿Por qué nos alejamos
de los otros, anclados en solitarias naves?

Si al mirarnos las vidas nos sintiéramos cerca
—como el vuelo y el ala, como el labio y el beso—,
seríamos los hombres barro de amor erguido
y la mano en la mano sería un dulce peso.

Aún estamos a tiempo. Todavía hay campanas,
se ven tierras fecundas desde las verdes lomas,
y en el alto cemento podemos poner nidos
para que resuciten alegres las palomas.

Abriremos los sobres de las cartas sin señas.
Bordaremos con sueños jóvenes las almohadas.
Pondremos escaleras para alcanzar la fruta.
Borraremos los filos de todas las espadas.

Fundaremos escuelas de sonrisas y harina,
de manos con antorchas y miradas sin miedos,
donde olviden los hombres sus colores distintos
y cuelguen sus palabras de fértiles viñedos.

Serán asignaturas la aurora y el rocío,
exhibiremos bellas colecciones de síes
en vitrinas con lágrimas ya pasadas de moda,
y multiplicaremos mirlos por alelíos.

Ya estoy en la otra orilla del corazón. He puesto
mi amor en el platillo cierto de la balanza.
Dios sigue haciendo trajes a las flores del campo,
y mis manos se aferran a un hilo de esperanza.

SI VIVO TODAVÍA

1

¿Estaré muerto ya sin darme cuenta?
¿Serán mis pasos muerte transitiva?
¿Tengo mi corazón en carne viva
sólo porque de muerte se alimenta?

¿Dónde está el beso? ¿Dónde está la menta
picante del deseo a la deriva?
¿Por qué hasta la pasión se muestra esquiva
y ya no me da sed ni me impacienta?

¿Dónde he vertido el escondido zumo
sin alas de mi sangre? ¿Con qué losas
cubro el amor que desamor se ha hecho?

¿No se ha salvado ni siquiera el humo
para nutrir el alma de mis rosas?
¿O ese humo me está pudriendo el pecho?

2

Recógeme, Señor, si ya estoy muerto,
en tu espuerta celeste. Con mis huellas
haz un sendero nuevo en tus estrellas
o raíz de otros pasos en tu huerto.

Dentro del corazón ponme el concierto
de las voces angélicas más bellas.
Coge mis manos. Atame con ellas
a un timón con el rumbo hacia tu puerto.

Pero si vivo aún, Señor. Si llevo
dentro de mi dolor fluyendo el río
que todavía no ha llegado al mar,

déjame descubrir tu amor de nuevo,
caliéntame con tu calor mi frío
y nuevamente enséñame a cantar.

ORACIÓN DEL PAN Y EL VINO

1

Es mi cuerpo, Señor, un campo triste
de niebla sin abrir. Fría cadena
que sujeta el dolor a mi costado.
Vestido fiel de mi desnuda pena.

Mi cuerpo, negación del equilibrio,
un lastre de estupor y angustia tiene:
a toda prisa va —no sabe a dónde—
sin siquiera saber de dónde viene.

Mi cuerpo, roedor de malas hambres,
a tientas va buscando su sustento,
y dentro de engañosa levadura
sólo encuentra la voz hueca del viento.

Tu cuerpo, blanca miga de pan tierno,
hogaza para el hambre que no cesa,
pone redonda plenitud al gozo
y alimento de amor pone en la mesa.

Dame tu pan, Señor, a manos llenas.
Ese ázimo pan, donde se mide
la hartura de tu amor. Un pan caliente
que le entregas a todo el que lo pide.

2

Es mi sangre, Señor, un solitario
camino con pisadas. Prematuro
grito para morir. Río de piedras
arrojadas en hondo pozo oscuro.

Mi sangre, voz colmada de silencios.
Abeja negra que tan sólo liba
la flor maldita que a ser miel no llega.
Cauce para navío a la deriva.

Mi sangre tiene un largo sueño anclado,
y porque no te busca te me pierdes

en la melancolía de la tarde
entre manzana azul y rosas verdes.

Tu sangre es vino del mejor viñedo.
Torretera de vino. Recipiente
de sed para calmar la sed del barro.
Amapola que mana de tu frente.

Dame a beber tu corazón de vino.
Dame, Señor, tu amor de vino. Dame
de ese vino divino —vino nuevo—
sin que una sola gota se derrame.

3

Enamorado Dios de pan y vino.
Alimento cabal. Arquitectura
de espiga y vid. Trascendental hartura
que se ofrece a la orilla del camino.

Fértil cuerpo de Dios. Rosal divino
que da rosas de pan. Asignatura
de trascendido amor. Cepa que augura
generosos racimos de oro fino.

Para mis sed que siempre está sedienta,
para mi hambre que jamás se sacia,
Dios en vino y en pan se ha convertido.

Y con su propio cuerpo me alimenta.
Y me lleno de Dios por obra y gracia
del amor que he comido y he bebido.



Institución Gran Duque de Alba

TIEMPO DE NAVIDAD

*“Entonad un cántico, tocad los címbalos,
la dulce cítara y el arpa”*
SALMOS, 81.3.



Institución Gran Duque de Alba

HISTORIA APOCRIFA DE LA NOCHEBUENA

Dios —un niño pequeño que en el cielo
no tenía una madre y que quería
tenerla— decidió sin más un día
en un vuelo bajar a nuestro suelo.

Los nueve meses que duró su vuelo
sintió el amor profundo de María,
pero no conocerla todavía
le sumía en constante desconsuelo.

Hasta que al fin nació con noche clara,
pudo ver a su madre cara a cara
y, rota ya la causa de su pena,
para que perdurara su contento
quiso que desde aquel mismo momento
aquella noche fuese Nochebuena.

VILLANCICO DE LAS CINCO VOCALES

Aquí llegan, Niño,
las cinco vocales,
sencillas y claras
como unos pañales.

De tanto mirarte,
de tanto admirar,

con la boca abierta
se queda la "a".

Para que le vuelvas
tus ojos, la "e"
desde su ventana
te tira un clavel.

Porque quiere siempre
mirar hacia Tí
su punto redondo
te entrega la "i".

Nunca como ahora
le dolió a la "o"
que su forma sea
para decir no.

De rodillas pide
llenar de tu luz
su pequeño cuenco
vacío la "u".

Escucha, Cordero,
las cinco vocales.
Te ofrecen los niños
su voz en pañales.

FIGURAS DE BARRO PARA UN BELEN NAIF

Son de barro, pero son
de amor también. Las figuras

del belén son criaturas
que nacen a condición
de llevar un corazón
de barro. Qué maravilla
que la tierra, tan sencilla,
pueda servir de sostén
parar llevar a Belén
el amor hecho de arcilla.

Una y otra y otra, tres
patas perdió ya la oveja.
La oveja, que no se queja
por más vueltas que le des.
Al derecho y al revés
su barro es angelical.
Calman su sed celestial
ríos de papel de plata.
Y con una sola pata,
pero llegó hasta el Portal.

Gaspar tiene en la corona
barro de oro. Melchor
usa barro superior
para su real persona.
Baltasar no desentona
ni por barro, ni por oro.
A pesar de su tesoro
son del barro que parecen,
y por un tesoro ofrecen
pagar el oro y el moro.

El pastor tiene este año
roto un pie. Lleva sus huellas
cojas el pastor y en ellas

deja atrás paso y engaño.
De estrellas es el rebaño
que tiene ahora el pastor
—porque un pesebre de amor
le alimentó la mirada—,
y el barro de una pisada
cambió por senda mejor.

Un barro pardo se cuece
con humildad para ser
la mula. Pero hay que ver
la mula cómo se crece.
Parece que se merece
noche de tanta hermosura.
Parece que se figura...
Se diría que parece...
Y un relincho que estremece
crece lleno de ternura.

El bucy —de barro dormido—
por nada pierde su calma,
y se le pasea el alma
entre mugido y mugido.
¿Será verdad que ha nacido
en aquel establo un rey?
¿Por qué antigua o nueva Ley
todos se alborotan tanto?
Y el bucy —el bucy, que es un santo—
mira con ojos de bucy.

Toda la noche de pie,
de pie mirando y callando,
de pie viendo y escuchando
se la ha pasado José.

Cualquier noche no se ve
lo que él ha estado mirando.
Cuando Dios nació. Cuando
Dios le miró. Como fue.
Y siempre de pie su fé,
que era barro suspirando.

¿Se sabe si le ha dolido
cuando la Virgen María
entre la noche y el día
divino barro ha parido?
Como se han estremecido
los hombros de la doncella.
Porque ha nacido una estrella
de una flor nunca tocada.
Porque aquella madrugada
la luz ha brotado de ella.

No había sido ninguna
sonrisa nunca tan clara,
hasta que el Niño llegara
envuelto en pañal de luna.
Con prisa bajó a una cuna
sin puntilla ni entredós,
de verde manzana en pos
para calmar nuestra prisa.
Y al barro pone sonrisa,
porque es un niño y es Dios.

Para las reclamaciones
que sabe de buena tinta,
un ángel díscolo pinta
"pintadas" con soluciones.
Paredes y corazones

con "pintadas" de Belén,
que pintan alma también
al barro de las figuras:
"Gloria a Dios en las alturas",
"Paz a los hombres"... Amén.

SALMO DE LOS CINCO JINETES

Para orquesta sin violines con un ángel solista de flauta

I

*"Húndome en el profundo cieno,
donde no puedo hacer pie;
me sumerjo en el abismo
y me ahogo en la hondura".*
SALMOS, 63.9.

Llega el jinete en un caballo rojo,
que con rojas pezuñas
pisotea los muertos prietos como arena de orilla,
junto al mar hecho bosque de olas ardiendo
con llamas altísimas
hasta casi quemar las alas de los ángeles.

El jinete trae rojas las manos y no son claveles.
Y le nace del pecho un río de púrpura,
pero no son rosas, sino sangre.

En el aire la espuela sonora de las trompas de caza,
salta el caballo

zanjas llenas de hijos hundidos en el cieno
—las manos crispadas
agarrando fusiles herméticos y ciegos y sin causa—
y destroza sus cráneos con furiosas coces.

La sangre de la guerra se enreda en mi cuello
como una larga sogá,
víbora insaciable crecida en las ruinas
de las deshabitadas camas de matrimonio.
De las cunas vacías en las que sólo queda el llanto.

El jinete pasea su caballo grana
por la pradera desolada de la ciudad sin nadie,
y son los ríos
lívidos afluentes del fuego implacable
que ha vencido al rocío fresco de la mañana,
desde el balcón sin barandilla posible
de la bomba atómica.

Yo me hundo también en el cieno
y no puedo hacer pie.
Sólo quedan mis ojos a ras de tierra,
buscando en el cielo lejanísimo la mirada de Dios,
que acaso esté asqueado
de ver tanta sangre congelada en el aire y se ha ido.

Desde una soledad sin límites
llega el jinete en su caballo cárdeno
que piafa con terquedad sobre mis ojos,
y me ahogo en la hondura.

Y sigue ardiendo la hoguera sin luz de la guerra
que sólo podría apagarse con lágrimas de Dios.

¿Por qué Dios no quiere llorar todavía?

V

*"Ni la pestilencia que vaga
en las tinieblas,
ni la mortandad que devasta
a pleno sol"*
SÁLMOS, 91.6.

Llega el jinete en un caballo gris,
arrastrando como una cometa sin niño
las alas enormes del miedo.

Igual que uno de esos muchachos pecosos,
que siempre salen en las películas americanas
arrojando periódicos desde su bicicleta
ante las puertas de las casas con jardín,
el jinete arroja desde su caballo
las sombras demesuradas del miedo
ante las puertas cerradas que llevamos a hombros.

Y el miedo crece
como bola de nieve manchada de barro que rueda
por la montaña del corazón abajo.

El miedo a la muerte
que encoje las espaldas de los viejos.
El miedo a saber que el amor puede ser
un desierto de piedras marchitas.
El miedo que se acerca paso a paso por la noche
sin dar explicaciones.
El miedo al tampón en la frente
con las ocho letras tercas del suicidio.
El miedo a perder ese asiento tan triste de la oficina.
El miedo a las fuerzas ocultas del núcleo.
El miedo a llevar en el rostro marcados los rasgos
de las razas malditas.

El miedo que todos tenemos a tener tanto miedo.

El jinete dispara con el arma del miedo
sonidos crecientes de trombones de varas.

Y estallan las tubas.

Y la partitura de este tiempo nuestro se mancha
con sangre imprevista
que devasta la calle a pleno sol.

Y al jinete le siguen los hombres de rostro sin gestos,
con las metralletas del miedo cargadas de odio
y de muertes pagadas al contado.

Y el miedo se esconde detrás de un periódico,
de la sangre reciente que salpica la acera,
del silencio ululante con que los muertos claman,
del cobarde corazón del silencio.

El caballo gris
pasa como un viento que el jinete le ha arrebatado
de las manos pacientes a Dios.

¿Por qué Dios no quiere todavía ser júbilo?

VI

*"En verdad, Tú eres mi esperanza
ya desde el útero;
mi seguro refugio
ya desde el seno de mi madre".
SALMOS, 22.10.*

Señor, Dios de los Ejércitos,
que le has permitido al jinete del caballo rojo
añadir a los nombres de las batallas
el sonoro nombre de Hiroshima.

Señor, Dios de las Plagas,
que le has permitido al jinete del caballo negro
redoblar el tambor del hambre
sobre los tensos y abultados vientres de los niños de Biafra.

Señor, Dios del Lamento,
que le has permitido al jinete del caballo verde
hundir la voz aguda del cuchillo
en las entrañas de las mujeres
y en las endurecidas arterias de los hombres.

Señor, Dios de la Muerte,
que le has permitido al jinete del caballo malva
enterrar a la vida en el efluvio venenoso
de los campos de Buchenwald.

Señor, Dios del Pánico,
que le has permitido al jinete del caballo gris
poner la metralleta en frías manos
que disparan a muerte ráfagas de símbolos.

Señor, Dios mío, ponme de nuevo en el útero
del seno de mi madre,
donde otra vez pueda encontrar refugio.
Y cuando me des a luz de nuevo,
haz que sea llegado el momento
de que apagen tus lágrimas la hoguera de la guerra,
de que quieras ser otra vez labrador,
de que decidas convertirte en bálsamo,
de que aceptes bajar el precio de la muerte,
porque seas ya para siempre júbilo.

En esta orquesta donde no han sonado
ni siquiera una vez los violines,
pon un ángel experto solista de flauta
para un contrapunto gozoso de pájaros
en la rama más alta de un aire bucólico.

Y con tus extendidas manos tan arminiosas
dirige todavía este concierto,
antes de que los compases finales den paso
a un concierto distinto
que ordene el ritmo nuevo de los venideros días eternos.

Pero no te des prisa, Señor,
y mientras tanto ayúdame a buscarte
en la paz que hay detrás de la guerra
que decide el jinete del caballo rojo,
en la hartura que hay detrás del hambre
que dispone el jinete del caballo negro,
en el reposo que hay detrás del dolor
que reparte el jinete del caballo verde,
en la resurrección que hay detrás de la muerte
que recoge el jinete del caballo malva,
en la confianza que hay detrás del miedo
que provoca el jinete del caballo gris.

Porque Tú sigues yendo delante,
en tu caballo blanco.



Institución Gran Duque de Alba

ANUNCIACIÓN DE MÓNICA

Editorial Obras Selectas. Madrid 1982



Institución Gran Duque de Alba

Edición: 1984

PRÓLOGO

No miento si digo
que nunca existió Mónica.
En estas veintisiete
verdaderas historias,
ninguna
de sus protagonistas
se llamaba Mónica.
Una pudo llamarse Galatea,
porque yo la saqué
del borroso silencio de su barro.
Dulcinera otra,
porque la puse encima
de un pedestal con laureles.
O Beatriz,
porque la llevé sólo en los ojos
a lo lejos de un largo paseo,
en el que no eran nuestros
los árboles.
O Julieta,
porque entré en su recinto
saltando el balcón de los miedos
y poniéndoles alas
de alondra o ruiseñor

a mis labios.
O Melibea,
porque dentro de ella
crucé las dulzuras sin bridas
de las fronteras últimas.

¿Y, acaso, no será cada una
un momento distinto de una misma?
Esa es Mónica.
¿He de ser yo menos que Romeo,
Pigmalión, Don Quijote,
Dante o Calixto?
Ya, para siempre, Mónica.
¡A mí me gustan tanto
las esdrújulas!

MÓNICA DEL SOL EN LOS DIENTES

Aquella plaza de mi pueblo
estaba rodeada de casas
que entonces me parecían altísimas.
Era
como si reflejaran sus fachadas
sobre la tierra de mis fantasías,
igual que las montañas se asoman
a las aguas de un lago.
En el centro,
el quiosco de la música
de hierro pintado de purpurina,
carabela de plata
fondeada en la alegre bahía
de mis juegos de jueves por la tarde.
En torno,
los castaños de Indias

y aquellos bancos verdes
con una madera húmeda,
que yo saltaba como un corzo
de vacaciones.

Cuando llegaba Mónica
todo se ponía de su tamaño
para adornar su presencia.
Ella era delgada
como una flor que empieza
y apenas si tenía más que corola,
una corola rubia.
Cuando llegaba Mónica,
mis piernas, inmóviles de pronto,
con timidez de aro de juguete
tirado en un rincón,
eran ingenuos pedestales
del suspiro.
Yo no tenía labios todavía
y mi corazón nacía lentamente
como fruta indecisa.

Porque también mi amor
era flor que empezaba,
flor sólo con ojos
para mirar deslumbrado, a Mónica.
que tenía el sol en los dientes.

LA ESCALERA

Entonces, la escalera de mi casa
era un "tío-vivo" de ángeles cautivos;
una noria de enjaulados pájaros;
un carrusel de brisas del mar

prisioneras en altas redes;
un jardín de pisadas recientes;
una sinfonía oculta de timbres mudos
en las jambas
de todas las puertas de mi espera;
una paralítica rebelde
que podía saltar a la comba
en cualquier momento;
una fluyente colección de manos
de marfil, de rosa, de temblor, de ansia,
para cultivar brillos suavísimos
en la serpentina vegetal de la barandilla;
una promesa a plazo fijo
de peldaños definitos y últimos;
un itinerario vertical
donde todos los días
me regalaban alas nuevas,
como si fuera siempre domingo;
una danza detenida en el aire;
un tapiz mágico
que me conducía con doradas prisas
a todas las habitaciones del ensueño;
una voz callada en la garganta
que constatemente se debatía
en un silencio lleno de palabras,
para pronunciar el nombre de Mónica.
Porque Mónica entonces era vecina mía.

Una colegiala con trenzas,
que hasta muchos años más tarde
no supo que tres pisos más arriba
yo le escribía mis primeros versos.

EN BUSCA DE LOS LABIOS

Conocí a Mónica en el "metro".
Después de millones de estaciones,
de andenes
con presentimiento de alamedas,
de miradas jugando sin mirarnos
a vernos y no vernos,
y de dejar salir antes de entrar
a la humanidad con traje de diario,
nos hicimos amigos.
Luego,
por calles estrechas y antiguas,
o descubriendo bancos escondidos
en la plaza con estatua de bronce,
íbamos tanteando el camino
del amor.

Mónica y yo teníamos
sin estrenar aún los labios,
y organizábamos extrañas excursiones
para encontrar el tesoro escondido
de los primeros besos.
Buscábamos ascensores lentísimos.
Pero entonces todos tenían las paredes
de cristal,
y siempre había en la escalera
alguien mirando.
Buscábamos esquinas sin farol
y sonaban pasos enseguida.
Buscábamos
con los labios floreciéndonos de urgencias,
porque eran tiempos difíciles
en los que estaba prohibido

que nos besáramos por la calle.

Hasta que, al fin,
en unas ruinas del Parque del Oeste,
descubrimos la única verdad de los labios.
Al principio
no sabíamos cómo hacer.
La nariz era un obstáculo insalvable
y no encontrábamos postura.
Aunque, naturalmente, aprendimos,
y guardamos una colección completísima
de besos recién hechos,
por lo menos para una semana.

PLAZA DE ORIENTE

Siempre que paso por la Plaza de Oriente
me acuerdo de Mónica.
Tirante el rodete rubio de su pelo,
y la piel de sus pensamientos transparente
como un farolillo de verbena.
Tal vez me esperaba detrás de un rey godo.
O colocando sin ningún orden
las descaradas estrellas de sus risas
entre los parterres.
O recogiendo las flores de su paciencia
para entregármelas, ella misma ramo.
Porque fue Mónica
la única mujer en mi vida
que quiso agarrarse de mi brazo
—sin que yo se lo diera—
para llevarme a su mundo distante,
únicamente construido por sus manos obreras
para que entráramos en él los dos juntos.

Asiéndose a mí con su risa y sus lágrimas.
Gritándome con los labios cerrados
el amor con espinas
que le asomaba en los ojos
y que yo no quería escuchar.

Mónica no decía nada.
Me miraba. Mendigándome,
como si me rodeara una aureola.
Sin que entonces yo me diera cuenta
de que tenía la sonrisa humilde
y los ojos claros y preguntadores
de las dulces heroínas pobres de Charlot.

A MÓNICA LE DOLÍA DEMASIADO EL MAR

Sobre el potro verde sin estribos del mar
vino Mónica.
Con espuelas de pólvora y sangre de hierro.
Asidas a las crines de niebla
sus desamparadas manos,
sus manos inexpertas
doctoradas de pronto en espumas oscuras.
Llegaba desde el mundo distante:
desde el cementerio de las carabelas
y de la ternura naufragada.
Estaba sola
y olía su piel a violetas.
El mar había puesto en sus sienes
una corona de miradas.
Y yo salía a buscarla con orillas,
con el sol en la claridad de mis manos,
con la espuma rescatada

en el alto columpio de mi corazón.
Para ponerle
crines de plata a su corcel
con la sal ensimismada de mis versos.
Para llevar al tren de su partida
—escondiéndome por andenes de sombra—
este mar mío de faros parpadeantes,
de singladuras imprevistas,
de mareas ajenas a las lunas
y escandalosas tempestades.

Pero a Mónica
la dolía demasiado el mar
para esperarme en la escollera.

PARÍS

Jugaba la torre Eiffel
a las cuatro esquinas
con todos los rincones
de París,
y Monique traducía
un “strip-tease” de mansardas
desde lo alto del mundo
del amor.

En el Museo de Impresionistas
Monique me presentaba a sus amigos
(«--Manet, Cezanne, Renoir,
Toulouse—Lautrec...»)
pronunciando sus nombres
con la misma
sensualidad de sus pinturas.

La vieja Europa

paseaba por el Sena
en un "bateau-mouche"
que bogaba
como una tarta de cumpleaños
con las velas encendidas.
Y en la cubierta
Monique se dejaba besar
—sin darle importancia—
al pasar por debajo
de cada puente.

Cerca de Place Pigalle
"La belle meunière"
repartía alegría
con los vinos de Francia,
y daba de propina
los nostálgicos vales
de los acordeones.
En una habitación
con cortina de flores
del piso de arriba,
la voz de Monique
(«—Doucement, je t'en prie»—,
me decía),
también sonaba a música.

SONETO AL ALIMÓN

A veces, Mónica, tenía la costumbre
de convertirse en ovillo melancólico
entre sus propias garras ensangrentadas
de gato callejero.
O en pompa de jabón para estallar
en el mágico asombro de un poema.

O en un burbuja,
desnuda para mayor escándalo.
Pantera domesticada casi,
Mónica conservaba la selva en su lengua,
y lloraba con el único fin
de medir en endecasílabos
la sal de sus lágrimas.
Tenía una manera muy especial
de colocarse la bufanda.
Por el modo de sentarse
se hacía cómplice de cualquier silla.
Y la maternidad
se le notaba
porque con gran frecuencia le nacían
globos de colores en las palabras.

Un día le propuse
quitar las “erres” a los versos
y añadir esbeltos mástiles
a las “uves”.
Siguió mi juego Mónica
para darle al amor su ortografía,
pero catorce veces solamente.
Como si toreáramos un soneto de besos
al alimón.

ISLA SECRETA

Mónica era mi arco iris
sin necesidad de que cayera ninguna lluvia.
Cuando descubríamos casi asustados
la oscura dulcedumbre de un cine.
Cuando nos citábamos en aquella “boite”
donde se bailaba tan lentamente,

y yo le regalaba —“Je reviens”—
un frasco de perfume para volver
de nuevo.

Cuando las mariposas
florecían en nuestros pensamientos
en el rincón de aquella tasca de barrio,
sentados ante media botella de vino
para toda la tarde.

El seno de Mónica
se hizo cálido puerto,
donde germinaron mis frutos
y fondearon al final
todos mis barcos;
Mónica procuró ponerme unas alas
en el corazón
cuando me hacían falta;
siguió siendo mi arco iris
después de caídas todas las lluvias,
y cuando metamos en las maletas definitivas
la módica rebeldía de mis versos,
sus miedos silenciosos
a la navegación de mis palabras,
nuestras pisadas asombrosamente gemelas
y la luminosa ceniza de nuestros labios,
el amor seguirá siendo una isla secreta
y los dos iremos del brazo
por los campos finales
a ver caer el último telón.

EPÍLOGO

En mi recuerdo está Mónica,
desnuda

como una espada resplandeciente,
que me hace sangrar todavía los labios.
Mónica de la mies ardiendo,
de la sombra brillante,
del escalofrío transparente en la espalda.
Mónica de los silencios
y de las risas precipitadas.
Mónica de las citas en las esquinas
que sólo tenían llaves para abrir.
Mónica de los racimos apenas rozados
por el ansia desmesurada de mis dedos,
y del vino ofrecido
con abundancia de río después de las nieves.
Distinta en un paisaje perdurable.
Arbol con ramas abiertas
a la gozoza llegada de mi viento.
Mónica de las ventanas encendidas
en mis calendarios oníricos.
Mónica de mi resurrección en primavera.

ENCENDIDA SOMBRA DE OTOÑO

*(Premio Provincia de Guadalajara)
Diputación de Guadalajara. 1985*



Institución Gran Duque de Alba

(Fondo de Estudios de Investigación)
Fondo de Investigación 1971

I

CIUDAD DE SOMBRA Y DE AMOR

"Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente"
MIGUEL HERNANDEZ



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

FABULA DEL SOL Y LA ESTATUA

—1—

El sol, ese clarísimo sonido
de un infinito órgano electrónico,
que retumba como una catarata
de márgenes sin bridas
en la gran catedral del Universo,
y atravesando sus vitrales múltiples
va colocando flores siderales
en izados alféizares.

El sol, un alto mar de alas anchísimas
que con lengua amarilla lame el aire,
y deja goteado

su colección de transparentes frutas,
en la cúpula indómita que forman
los volcanes de ramas encendidas
de los celestes árboles.

El sol, que pastorea sus dóciles rebaños
de elefantes traslúcidos
en la pradera más extensa
de yerba palidísima, crecida
sobre la tierra incandescente
del corazón de un dios inagotable.

Yo pretendo encerrarle en su palabra
y se sale la luz por las costuras
de las tres letras de su sílaba.
Pretendo amordazarle con la cóncava
penumbra impura de mi pecho
y me muerden las fauces de su júbilo
los delegados silencios de mi sangre.
Pretendo convertirle en una lanza
de elemental manejo,
para poder atravesar con ella
la manzana de sombra de la tarde,
y en las manos oscuras me descubro
su herida.

Después de la derrota me arrodillo
rendido en la desierta escalinata
que conduce los ojos ya cegados
hasta un templo sin puertas.
El sol está colgado de mi espalda,
como el burlesco monigote
de aquel lejano día de Inocentes.
Y comienzo a llorar lluvias equívocas,
porque no han conseguido los hilos de mis dedos
torpísimos
zurcir la roja túnica
—sin piedad desgarrada— del ocaso.

—2—

Bajo por la desierta escalinata,
con la túnica roja desgarrada
del ocaso cubriendo mi desnudo.
Avanzo casi a tientas por la espalda de asfalto
de la ciudad —o selva—, tendida como un tigre
que dispone su salto y su zarpazo.
Y recorro las grandes avenidas con isla vegetales

para bronce ecuestres reservadas.
Y en las íntimas plazas colecciono
pedestales geométricos vacíos:
voy buscando mi estatua.

La estatua que hace tiempo se me debe
por haber ejercido largamente un oficio
—domador de libélulas—
tan útil para el alma de los párpados;
o por haber ganado la batalla
de despertar diariamente.
Por haber conseguido con pertinaz frecuencia
que mis ávidas manos —enguantadas
para no dejar huellas—
estrangularan gritos de silencios
en las febriles voces donde habitan;
o por haber cantado mis romanzas
a la luna, sin luna.
Por haber puesto al vuelo de las águilas
rabo de lagartija,
senda de vidrios rotos con místicas rodillas,
meditado y cruel paso de hombre;
o por haber buscado con las uñas
el olvidado tacto ferial de la caricia.
Por haber desvivido mis nostalgias
cuando acecha la tarde.

Sé que por estas cosas y otras muchas
—si cabe más gloriosas—
me merezco una estatua de violetas,
que acaso adornaría miradas sin jardines.
Pero la busco inútilmente.
Hasta que, ya cansado de tender sobre el frío
de la ciudad las redes de mis sueños
y destilar licores amargos en sus piedras,

como si fuera un lienzo de Dali
abro en mi pecho una alacena viva.
Allí, por todos ignorada,
descubro mi floral estatua. Rota.

(PARENTESIS 1)

Hace sol en otoño. Todavía
calienta a veces ese sol tan claro,
que sostiene en el aire mi mirada
como una flor en celofán envuelta.

Los leves mediodías del otoño,
finísimos senderos de luz tímida
que llegan hasta el hueco de mis manos
para que el sol me beba lentamente,
ponen el aire de cristal; los labios,
de temblor; los recuerdos, de una dulce
nostalgia disfrazada de amarillo.

Hace sol en otoño, pero duele
la luz de ese sol siempre melancólico,
aunque no sea todavía el último.

VENTANA AL CORAZON

Llevamos treinta años
—treinta años levísimos como alondras,
como arenas al sol, como arroyos,
como paredes recién blanqueadas—
asomados a la ventana sin celajes
de nuestra casa.

De nuestra casa con la memoria rosa
para decir en voz baja la nostalgia;

de nuestra casa con andamios sutiles
resueltos como mástiles;
de nuestra casa con la luz encendida
para todas las esperas,
que son en nuestro otoño
dulce prisa y alerta sosegada;
de nuestra casa que ahora tiene ladrillos blancos.

(Mirando cómo crece la tarde
por las ramas de un árbol que ha echado raíces
en la buena tierra de nuestro corazón.
Viendo cómo crece la tarde
en la dorada curva de nuestros hombros
juntos,
como si nos unciera.
Sintiendo cómo la tarde crece
en este lago de madurado vino
que ya es nuestra sangre.
Acariciando palomas gemelas
—injertadas de ruiñón—
que palpan nuestros dedos al unísono.
Abriendo puertas que nos quieren cerrar
el horizonte,
con tu frente y mi frente
buscando claridad tras los cristales.
Deshojando mariposas
y echando rosas a volar
sin dejar que la noche nos derrote,
porque el sol vuelve a salir
cada mañana).

Ven, mujer,
y siéntate a mi lado para coser amor
en esta luz que baja temblando del cielo
por la tarde.

Junto a nuestra ventana, que sigue abierta
para contemplar brillantes céspedes
donde cayeron tantas lluvias;
para mirar jardines con flores crecientes
que cuidaron nuestras manos;
para acunar recuerdos como a niños sin sueño
que queremos que sigan despiertos dulcemente.

Ya las horas tranquilas de la tarde
caminan con paso reposado,
dentro de un aire tibio que azulea
laderas de montañas que dejamos atrás.
Mira conmigo desde el mismo barco
de la ventana abierta,
espuma y sal del mismo mar de siempre.
Mira conmigo desde el mismo árbol
que somos,
los pájaros que pusieron sus nidos
en la rama más alta de nuestro corazón,
durante treinta años.
Ven, mujer, a mi lado,
y asómate conmigo a la ventana
de nuestra casa de ladrillos blancos,
para oír cómo llega el amor
todavía con alas en los hondos silencios
de la tarde de otoño.

¿Es necesario, Julia que tu nombre diga
para que sepas que es a ti a quien amo?

(PARENTESIS 3)

Como un río. Sencillos como un río.
Mis ojos, como un río. Descubriendo

la orilla palmo a palmo. Siendo orilla.
Todo yo siendo orilla recién hecha.

Horizontal fluyendo. Fugaz página
reflejando en el agua de mis ojos.
Buscando rutas que tracé con tiza
mortal en la pizarra de mis sueños.

Presintiendo el hallazgo de unas alas
en el mar. Arañando con los cinco
vacíos afluentes de mis manos

la enfebrecida tierra de mi cauce.
Con espadas clavadas en la frente,
como el río tendiéndome de espaldas.



Institución Gran Duque de Alba

APRENTIZAJES

II

LOS ULTIMOS DIOSES

"Y en la copa de otoño un vago vino queda"
RUBEN DARIO



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

REBELDIA

Qué desgarradoramente
me envuelve, a veces, el otoño
con el persistente aroma
de violentos jazmines izándome audacias.
Jazmines de los que mana el río seco
de las pasiones de verano.

Sé que es tiempo
de acariciar los antiguos mármoles,
contagiando mis manos
de su frío bellísimo y quieto,
en los solitarios jardines que tienen
borradas hace tiempo en los senderos
las pisadas gemelas.
Sé que es tiempo de buscar
las miradas que cuelgan como frutas secas
en las ramas de los árboles paralíticos
que ya no me dan sombra.
Sé que es tiempo de tender
en el hilo del recuerdo pañuelos con lágrimas,
y flores apretadas
entre las páginas de ese libro
que no acierto a leer nuevamente
con el sosiego necesario.

Y, sin embargo,
en las gentes que pasan a mi lado
con la sed proclamada en los hombros,
quiero seguir rozando mi pasión,
mi tacto firme y mi palabra nómada.
Quiero poner en lo más alto de una columna,
sobre un capitel jónico,
mis labios entreabiertos como un búcaro
que espera la visita sin protocolo
del fuego de una rosa.
Quiero escalar con insistencia
el amor de los que ignoran
que en el silencio se esconde el deseo,
despellejándome el alma aterida
con las afiladas aristas de sus uñas
incandescentes.

Quiero conseguir
averiguar con tiempo suficiente
el secreto de que en una sonrisa
no haya sólo una mueca.
Quiero seguir viviendo,
aunque sea lamiendo la amargura
de cada lánguido minuto que pasa,
como si una lija terrible y constante
arrasara la piel de las flores
ajadas en mi cuerpo.
Vivir, aunque sea empapando
con la lluvia borrosa de la tarde
mi espalda desnuda sin hombros,
y tropezando con la frente
—por no inclinar mi cabeza—
en los rayos oblicuos del sol que se acaba.

Seguri viviendo.

Escuchar en mis labios los latidos
de los versos que fuentes fresquísimas
me acercan a las manos ardiendo.
Ser no más que una planta, aunque sea con flores
de las que nadie elogie los pétalos.
Una planta rociada de hiel y pimienta,
pero notando que la savia
sube por mis senderos íntimos.
Tener una espejo delante de mi aliento,
para dibujar en el vaho
la certidumbre de que existo.
Sentir en mi pulso sucesivas oleadas
de corceles y palomas
citándose
con las intrascendentes mariposas
que en el instante preciso son luz.
Con una corona o con un látigo,
con un inagotable racimo en el deseo
o con una red insaciable en los dientes,
seguir viviendo.

Y es que me ha sorprendido el otoño
con el corazón lleno de pájaros
de brillantes colores,
que todavía en pleno vuelo
se me ha quedado sin alas.

(PARENTESIS 4)

Aunque las lagartijas ya no tienen
sol para su quietud, y en el alero
yerto de soledad no hay ningún nido,
y sangran las pisadas de los campos;

aunque Dios ha dejado su sonrisa

muy lejos, y el silencio abre las puertas
de las casas vacías, y los perros
ladran al miedo de las sombras;

aunque las ramas secas de los árboles
preparan en la orilla de la tarde
delgados ataúdes al invierno;

aunque en los arrabales de mi noche
me está temblando el corazón de frío,
hay en alguna parte primavera.

DIOSSES OCULTOS

He vuelto a los poetas
a los pobres poetas malditos.
Esos desnudos dioses solitarios
con zapatos difíciles;
con las manos húmedas tendidas
hacia las hogueras sin límites
que iluminan paisajes interiores
en los crepúsculos;
con pechos como escollos indefensos
que avanzan y avanzan deconsoladamente,
tercamente abrazados a la tempestad;
con los ojos brillantes
de rebañar las últimas metáforas.

He vuelto a los poetas,
a los pobres poetas malditos,
con la misma amargura con que partí
por los extensos prados sin árboles
de la desesperanza.
Y he visto en el remoto espejo
—que todavía llevo a hombros—

su ascua de luz latiendo encendida
sus voces ardiendo como mística zarza
para abrasar a solas la lengua propia;
sus miradas que de silencios se oscurecen
y ahondan.

Les he visto midiendo su corazón
con sílabas vírgenes dulcísimas.
Tapándose los oídos con espinas y alas,
con puñados de seda o arpillera,
para no escuchar los deformes sonidos
de los mudos de alma,
ni los diapasones que atarían su pulso,
ni los ritmos unánimes de los esclavos.
He contemplado desde mi ventana
de otoño

cómo asoman a recientes ventanas sus versos
—senderos o selvas o nieblas o libélulas—
y cómo en sus palabras
riegan flores muy tiernas con lágrimas,
mientras tienden tapices tejidos al alba
sobre sus espaldas como estepas dolientes.

He vuelto a los poetas,
a los pobres poetas malditos,
adoradores insaciables del verbo
soñar.

Como si devorasen a una mujer desnuda
con las piernas desmesuradamente abiertas
hacia la espuma hirviente;
y vibrantes los senos
a los obsesionantes ritmos repetidos
de insistentes guitarras nocturnas;
y redondos los labios restallantes
como el látigo dulce de un río
escarlata.

Esa mujer desnuda que se desliza
como un pez de agua amarga
entre los largos dedos del insomnio,
cuando suenan las sábanas
a pasquín arrancado en una esquina.

He vuelto a los poetas,
a los pobres poetas malditos
con vientres ardiendo de partos oscuros;
o frentes disparadas como centellas
torpes,
que intentan confundirse con el amanecer;
o ternura con máscara de escayola malva.
Con su verdad parapetada en el volcán
de un corazón,
que envía su lava de oro y plata
de naranjas a punto de pudrirse,
de enloquecidos corceles
cuyas crines atizan al viento,
contra las paredes tan altas de siempre.

Los pobres poetas malditos, que encienden
mis desamparadas sombras de otoño
con sus antorchas de dioses ocultos.
Erguidos como columnas
que a cualquiera que mire desde lejos
les pueden parecer innecesarias

He vuelto a los poetas,
a los pobres poetas malditos,
y he sumergido en ellos mi cántico
como en un mar de lirios
que va arrojando muertos azules
a la playa.

(PARENTESIS 6)

Buscaba en sus rodillas la ternura
que no buscaba ella entre mis labios.
Mis manos tan pequeñas no servían
a sus frágiles manos de refugio.

Se nos quedaban muertas las palabras
más bellas a la orilla del silencio,
y el tímido aleteo de sus lágrimas
flores de luz ponía en sus pestañas.

En una habitación que la penumbra
iba inundando con el oleaje
lento de la caída de la tarde,

ella soñaba estrellas que a las redes
de mis constelaciones escapaban,
mientras yo le besaba las rodillas.



Institución Gran Duque de Alba

III

A LA ZAGA DEL TIEMPO

"A través de pesares me sigue vuestra sombra"

PAUL VERLAINE



Institución Gran Duque de Alba

UNA HISTORIA DE OTOÑO

Hoy se ahonda la alegría en mi costado
como una aguja rosa,
porque voy a intentar en tu cintura
—que se diría recién hecha—
una recolección de yerbabuena y nardos.
Claman los tambores de mi piel
llamándote
a la selva inquietante de mis manos,
porque estoy desatando de pronto
lazos indiferentes en mis ojos de otoño
y hasta la saliva tengo enamorada.
Déjate llevar
—rio violento y miel entre mis brazos—
hacia la esplendente aurora
de palabras casi soñadas,
de silencios incisivos en agujijones
dulcísimos,
y acepta que mi balsa ardiendo
con la penúltima estrella
eche el ancla en tu sangre horizontal.
Haz que arrase de nuevo mis labios
la tormenta,

sabiamente desordenada en tus labios,
y que se derrame otra vez
un cielo consolador
en la inhóspita noche de mis párpados;
a la orilla de mis temblores;
en la hondura de mi pozo,
colmado
hasta el brocal de hojas amarillas.
Ponle tu apretada yedra
—como una verde lengua que asciende—
a la madera todavía con savia
de este viejo árbol mío
que se resiste a tener ya las ramas
vacías.
En los cálidos rayos de tu pecho
quiero incendiar los fulgentes
prologos de mi corteza.

Ven.

Sigamos intentando la luz
de nuestro encuentro,
aunque sea la luz envenenada
por el sortilegio de la tarde.
Aposentémonos en el hallazgo
de la melancolía y el grito.
En inmovilidad total,
antesala
del más armonioso movimiento.
Mirándonos, atrapados sin miedo
en la red con mallas negras
de tus medidas desafiantes,
hasta que un día
nuestras hambres juntas se devoren.

¿Por qué?

Si yo no había vuelto a buscarte,
si del día primero yo no recordaba
ni cómo ibas vestida,
¿por qué sin mas ni más volviste
—prisa de vendaval en tu mirada,
promesa de manantial
en la precipitación de tus rodillas,
cordeles de seda en tus labios—
con un sombrero rojo
que hacía más radiante
el brillo disparatado de tus dientes?
¿Por qué me ofreciste
rubíes, zafiros y topacios
en un cucurucho de papel de estraza
y, además, cuando quise cogerlos
me arrojaste a la cara tus vidrios
opacos?
¿Por qué dejaste que mi humilde espalda
creyera que podría ponerse derecha otra vez
como si en mi rama hubiera sitio
para tu flor?
¿Por qué has colocado con tanta torpeza
unos gramos más de miedo y de rabia
sobre mis tinieblas de otoño?

¿Por qué has amarrado a mi lengua
el peso marchito del tiempo?

Creía que encerrabas tu hondura de mar
—como una esmeralda goteante—
en esta mano mía
que ahora me encuentro tirada en la arena,

sin que guarde del mar más que una sal
que me pinta de blanco la amargura
en una espuma falsificada.
Me parecía tu empestad
un regalo a deshora de la Naturaleza
y únicamente era mi naufragio.
Sentía que en tu bandada de palomas
inventadas,
con unas alas de arcilla libérrima
yo podría volar afilándome
en el río vertical de los sueños.

Pero sólo era la burda mentira
de tu viento, afilando
su cuchillo en mi pecho. De pasada.
Y, por supuesto, sin verme.

(PARENTESIS 9)

¿Hasta dónde me llega ya la muerte?
¿Sube por mis rodillas? ¿Por mis muslos?
¿Acaso agazapada entre mis ingles
amenazando está mis genitales?

Río puesto de pie ¿va por mis vértebras
navegando hacia el peso de mis hombros?
¿Tal vez al corazón me pone párpados?
¿Devana mi cerebro en sus ovillos?

Con urgencia se van cumpliendo años
del nacimiento de mi muerte. Trajo
para mi sangre barro con luciérnagas.

Y crece su nivel en mi estatura,
hasta que un día el vaso de mi cuerpo
se me salga de muerte por los bordes.

***DESDE EL LLANTO Y EL
ALBA***

(Premio Angaro)

Colección de Poesía Angaro. Sevilla 1985



Institución Gran Duque de Alba

I

*«...y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuera recuerdo de la muerte»*

FRANCISCO DE QUEVEDO



Institución Gran Duque de Alba

PRESENCIA ÚLTIMA DE VICENTE ALEIXANDRE

Para Agustín Aleixandre

Ya tu sábana mármol. Ligerísimo
mármol tu frente.
Dormido en tu sereno perfil como medalla.
Constante luz, ya para siempre quieto.
Plata y marfil unciendo a tu reposo
los sosegados brillos de la aurora.
En tu definitiva horizontal,
tendido como un verso.
Y yo, con mi palabra que quisiera
cincel aunque sin voz para tu mármol,
a los pies de tu muerte desvalido;
enhebrado al misterio de tu presencia última
esencia ya de lo imborrable.

Has empezado a irte, tu equipaje
de libertad dejándonos;
derramando hasta el último silencio
tu ternura y tu aliento en nuestras manos;
dándonos a beber
el mar que tantas veces repetías;

herederos haciéndonos ahora
de la selva que engarzan tus adivinaciones;
de la contemplación de la hermosura
que roías hambriento con los dientes
más dulces,
mientras nos escribías una historia
del corazón, manual de los amantes.

Subirás a ese monte
de las eternidades, no desnudo
sino pleno. Por fin un paraíso
sin sombra tejerá para tus ojos
un asombro radiante.
El más vasto dominio de las constelaciones
recibirá la huella de tu paso,
y los íntimos llantos llegarán a tu odio
de gran escuchador del Universo.

(Ahora será la calle
de Velintonia un río seco
sin un número tres que sea orilla;
hay un húmedo cielo en Miraflores;
y ya no sonará en mi casa nunca
la alegría sencilla de decirnos:
"Vamos a ver a tío Vicente").

Te pongo en la vitrina
donde el amor me va adornando el alma.
Te palpo como a viento benévolo y caliente
en las dedicatorias de tus libros.
Hago un nudo en mis lágrimas
y miro hacia tu altura:
buscándome en tus alas insaciable,
amarrado a tu nombre con mi nombre.

LA MUERTE TOCA LA GUITARRA

La muerte toca la guitarra. Tienta
lentamente el bordón. La muerte llama
casi siempre de noche. Nos reclama
su sitio junto al fuego. Se alimenta

de nuestro mismo pan. Escucha atenta
cómo crece en su árbol nuestra rama.
Y se va, con sus aires de gran dama,
porque aún no le sale nuestra cuenta.

La muerte toca la guitarra cuando
nos deja solos, esperando el día
que su canción final nos acompañe.

Y aunque tal vez nos estará engañando
cuando dice que es pronto todavía,
qué alegría nos da que nos engañe.

PROSOPOPEYAS CON LA MUERTE ENCENDIDA

Para FEDERICO SCHMIED

1. OTELO

Negras tengo las manos pero las uñas rosa:
diez pálidas estrellas temblándome en mi noche.
Mi oído es un abismo para nidos de víbora
y escribo en un pañuelo la historia de la muerte.

Varadas en el lodo profundo de mi sangre
las que fueron festivas góndolas de Venecia,
tengo el alma amarilla como limón en celo
y en mis ojos naufraga la altura de las cúpulas.

La oscuridad me crece junto al alba tendido,
porque el carbón que marca mi natural tatuaje
derrite la pradera de nieve de Desdémona.

Ella endulzó mis huesos como vino de Chipre,
pero sobre la sábana de muerte y amor juntos
qué hondos en su cuello mis dedos como dientes.

2. JUDAS

De sogá mi garganta. De monedas mis manos.
La plata y el esparto desenfrenan mi lengua,
que cuelga como fruta podrida de la rama
de un árbol que alimenta sus raíces con sangre.

Mi pan comprometido dejó barro en la loza
pulida de su plato redondo como un beso,
y un beso con saliva de pantano sin límites
a la sombra del grito me malnació en los labios.

La Luna se ha escondido para siempre en mi noche.
Los ojos se me ahogan en el pozo más hondo
buscando una mirada que no encuentro. Ya es tarde.

Ya no tengo caminos que hacia la aurora vayan:
en el número treinta cabe toda mi muerte
y el peso de los hombros hasta los pies me llega.

6. LÁZARO

Cuando sonó en la tarde su voz —«levanta, Lázaro»—
ya se sentía, dicen, el olor de mi muerte
y en el aire apagado del sepulcro yacía
mi vertical de hombre ya para siempre rota.

Era —«levanta, Lázaro»— tan hermosa la tarde
donde yo estaba... ¿Cómo podía obedecer?

Pero —«¡Lázaro, anda!»— su voz era terrible:
perdí, ciego de nuevo, la luz de mi tiniebla.

Se me llenó la tarde de noche sin recuerdos.
Mis pasos aceptaron la voz —«Lázaro, anda»—
que me arrancó el reposo del corazón tranquilo.

Acataba el mandato de andar —sin parar nunca
por el largo camino vacío de mi frente—
con el olor a muerto transpirando en mi carne.



Institución Gran Duque de Alba

El Gran Duque de Alba, en su calidad de
Presidente de la Institución Gran Duque de Alba,
tiene el honor de comunicar a V. E. que
la Institución Gran Duque de Alba, en su
carácter de entidad sin ánimo de lucro,
tiene el honor de comunicar a V. E. que
la Institución Gran Duque de Alba, en su
carácter de entidad sin ánimo de lucro,
tiene el honor de comunicar a V. E. que

II

«Inútilmente azul está mi pena»

JOSÉ LEÓN CANO



Institución Gran Duque de Alba

MADURADA PENA

Porque la primavera se me pierde
dentro del bosque; porque la pisada
no se queda en mi huella; porque nada
se me pide añadir; porque me muerde

la luna el corazón; porque más verde
cada día se clava en mí la espada;
porque una voz antigua desvelada
se obstina en que a diario la recuerde;

porque aquí sigo aún sin que se note;
porque a veces sujeto con cadena
de oro solamente a un monigote

de cartón; porque fiel lluvia me llena
para que un río de temblor me brote,
en mis cantares maduró la pena.

MELANCOLÍA

Hoy, que estoy melancólico;
que sin saber por qué dentro del alma
llevo una mancha gris como mi traje;
que cuelga mi corbata

como una soga hipócrita en mi cuello;
que mi camisa me parece un grito
de nieve incomprendida,
siento que estoy muriéndome de símbolos
dentro del mecanismo desquiciado
de una caja de música.
Acaso se enredaron mis miradas
en el bordillo sucio de la acera
que por la ventanilla del autobús contemplo.
O tengo el pensamiento desmayado
sobre la absurda sucesión de sílabas
que va pariendo —ríe incorregible—
ese violáceo vientre
triste, delgado y fiel de mi bolígrafo.
Pero a final de cuentas sólo importa
que hoy estoy melancólico;
que sin saber por qué dentro del alma
se me rompe una flor en cada esquina.

NANA PARA QUE NO SE DUERMA MI MADRE

Ea, ea, mi niña; que la puerta
no está cerrada todavía. Mira,
mira, mi niña, mira, que suspira
mucho la tarde pero no está muerta.

Ea, mi niña, ea: que está abierta
la ventana del río; que es mentira
que se apaguen las flores; que respira
de tu eco mi amor. Sigue despierta.

Sigue despierta, madre. Que no es cierto
que la sombra te borre los colores
que ve tu corazón, y todavía

tienen tus ojos el azul despierto.
Ea, mi niña, ea, no me llores.
Ea, ea, mi niña, madre mía.

No te me duermas, madre. Que la luna
de tu noche final no está en el cielo.
Que es de día, mi niña, y en tu pelo
yo prenderé una flor como ninguna.

No te duermas aún. Que la aceituna
de tu aceite final no es verde vuelo
todavía en la rama sin consuelo
que callaría mi canción de cuna.

Ea, mi niña, ea: que un espejo
te voy a regalar y en su reflejo
—ea, ea, mi niña, madre mía—,
lograrás encontrarle a tu hermosura
tus trenzas de muchacha y tu cintura
de diecisiete años todavía.

Que si te duermes, madre, y al no verte
con esa luz azul de tu mirada,
sabré que está más cerca la llegada
del día en que tampoco yo despierte.

Porque yo sé que volveré a tenerte
como cuna otra vez, cuando mi nada
sea otra vez semilla restacada
por tu seno en la cuna de mi muerte.

No te acuestes, mi niña, que se cierra
la puerta al fin, sin nana que consuele
del largo insomnio de la noche fría.

Ea, mi niña, ea: que tu tierra
—ea, ea, mi amor— a mí me duele.
Ea, ea, mi niña, madre mía.

III

«Amar, amar ¿quién no ama si ha nacido?»

VICENTE ALEIXANDRE

LA PRIMAVERA

(Cantata para cuatro voces)

1

He nacido. De sueño soy. De hambre.
Me crece soledad en mi nostalgia
de útero. Soy rama desgajada.
Mi mirada es un pulso que trasciende.

Igual que sol tendido sobre arena,
tengo un alma de sed. Soy un efímero
garabato de Dios, con un eterno
clamor de agua, tierra, fuego y aire.

¿Por qué han de agarrarse a un clavo ardiendo
mis manos del hallazgo? ¿Por qué suenan
tambores en mis huesos? ¿Por qué lloro?

Apenas amanece entre mis párpados,
y ya me está mordiendo las palabras
un dolor de preguntas sin respuesta.

4

Mis miedos son de oscuridad sin término,
de escalera que cruje con pisadas

sin forma en sus peldaños, de que un día
me sorprendan fumando en mi escondite,

de coincidir a solas con la chica
con la que tanto sueño estar a solas,
de que por un suspenso en Matemáticas
sin salir me castiguen el domingo...

Y porque mi final está escondido
detrás de una vidriera opaca; porque
supongo que vivir es sólo un juego

que siempre tiene abierta la salida,
entre las celdas de mis miedos tengo
deshabitado el miedo de la muerte.

5

No se muere la tarde. De la tarde
nace con parto sin dolor la noche.
No se mueren la rosa ni la alondra:
de su aroma y su vuelo se desnudan.

Nunca veo a la muerte en mis espejos.
Tal vez esté detrás de alguna puerta
que yo no intento abrir, y jamás miro
para buscarla oculta a mis espaldas.

La muerte es una música de órgano.
Un entierro que pasa por la calle
de alguien que no conozco o no recuerdo.

La muerte es nada más que una palabra,
y si de tarde en tarde la pronuncio
sólo escucho la muerte de los otros.

6

Me dicen que jamás tuvo principio

y que jamás tendrá final. Me dicen
que tiene un hijo como yo, con agua
manando de su amor para lavarme.

Me dicen que yo soy un recipiente
de barro modelado por sus dedos.
Y que mi barro puede contenerle,
pero no soy el dueño de mi barro.

Me dicen que la luz es su ventana
que no se cierra nunca. Que trompetas
le suenan en la voz. Que su balanza
pesa mi claridad y mi tiniebla.
Me dicen: ese es Dios. Y lo que veo
es un ojo encerrado en un triángulo.

7

Cuando me envuelve el sol de la mañana
como un sueño con alas amarillas,
y son mis brazos ramas con gorriones,
y hay un nido de luz en mi saliva;

cuando al decir azul, ángel o música,
o corazón, o sal, o mariposa
la voz es un arroyo en mi garganta
y murmullo de hojas en mi pecho;
cuando escucho la flauta del crepúsculo,
y palpo el aire en el cristal, y siento
que me sabe la sed a yerbabuena;

cuando crece una flor en mi silencio,
besan mis ojos y mis labios miran,
llega la primavera por mi sangre.

HIJA ENCINTA

Estás henchida como un ánfora
llena de vino nuevo hasta los bordes;
como el significado de una palabra justa;
como semilla a punto.
Eras una sonrisa solamente;
solamente una rama titubeante; brillo
de un agua transparente entre mis dedos.
Y ahora te conviertes en un torrente intrépido
que arrastra lodos y rubíes.
Mi boca se llenaba
de corazón para llamarte hija,
pero estoy aprendiendo de nuevo a decir madre
por ti,
y el corazón no cabe en mi garganta.

Eras flexible talle de una delgada brisa;
tenía tu perfil el sitio exacto
para darle cobijo a la belleza,
y una dulce torpeza se ha instalado en la curva
transcendental de tu postura.
Tu cintura es ahora como un anillo abierto
y es ahora tu vientre
montón de arena viva; pleamar de tu sangre;
cúpula sostenida por columnas
de amor; ovillo de alma;
redondo cofre donde guardas celosamente,
envueltas en el liezo caliente del latido,
las coordenadas de la luz y el miedo;
nido donde tu sueño se hace palomo blanco,
palabra nueva, nombre,
humo de piedra y escalón de cielo.

Ya preparas tus ojos de mirar lejanías
detrás de la esperanza;
de contemplar corales submarinos;
de descubrir el nácar
de azúcar malva de las caracolas.
Ya preparas tus ojos con madrugada de rocío,
con ternura de estrella sumergida en un pozo,
con candiles de almendras encendidas,
para mirar al hijo.

Con tus manos más hondas desatas el hatillo
de las pulidas suavidades,
y buscas impaciente lo más puro del tacto
para adornar la piel de la caricia
con lazos de la seda más brillante.
Ya preparar las manos más antiguas del símbolo,
ungidas por aceite de un olivo celeste,
para tocar al hijo.

Adivinas un gozo de cascabeles sorprendidos
entre la clara espuma de la sábana;
un llanto sin esquinas de lágrimas que piden
urgencias de canción y sonajero.
Y envuelves tus silencios en pañales,
para escuchar al hijo.

Sabes que ya muy pronto tu paladar será morada
de la única rosa
que las espinas tiene como pétalos:
ese sabor de virginal saliva
que te sube con alas desde el útero.
Y preparas tus labios con el sabor inaugurado
para besar al hijo.

Te llega —pan dorándose en el horno,
heno recién segado,

jazmines insistentes en la noche,
leche cociendo, leña de chimenea, ropa limpia—
el aroma del hijo.

Con preguntas de lunas y relámpagos
bordas el horizonte palpitante en tu seno;
abres para el milagro los cristales,
las pompas de jabón y las bandadas
de globos de colores.
Y tus cinco sentidos asomados
al vértice y al árbol y a la cometa y a la cima
reciben las pisadas de tu hijo,
que se acercan igual que un mar descalzo
por una playa de azucenas.

MADRIGAL DE LA RECIÉN VENIDA

A mi nieta Leticia

Tan poco y tanto. Tan escandalosa-
mente importante tu pequeña vida.
En tan breve jardín, tan florecida.
En tu aurora reciente, tan de rosa.

Recién venida, y has llegado tanto
que has traído contigo una manera
tan distinta de amor, como si fuera
la sangre de coral, de luz el llanto.

Alegría te llamas. Me desnudas
el alma de pesares. Por ti dejas
mi voz en la sonrisa. Tú me pules
la caricia en los dedos. Y me ayudas
a ver mi cielo azul, en el espejo
de tus ojos gloriosamente azules.

MADRIGAL DEL AMOR

En el amor reclino la cabeza
para soñar el fruto concebido;
para ver mi silencio redimido
desde el ombligo azul de mi tristeza;

para abrirme la sangre cuando empieza
la sed de besos a tener sentido;
para gozar, desnudo, del vestido
más lujoso de la Naturaleza.

Espada para el débil, miel del fuerte,
brillante sombra, servicial espejo,
mar sometido, saludable llaga,

su puñal nos da la vida de tal suerte
y tan sutil nos ata su reflejo,
que ni la muerte su fulgor apaga.

MADRIGAL EN AMARILLO

Creo que el vuelo es amarillo. Creo
que las alas de amar son amarillas.
Y que son amarillas las semillas
donde brotan las flores del deseo.

Siempre pintados de amarillo veo
mis sueños, cuando sueño maravillas.
Siempre son amarillas las sencillas
frutas donde los labios me recreo.

Me ofrecen amarillos de algún modo
gozo y dolor, otoño y primavera,
roce de seda y filo de cuchillo.

Porque amarillo me parece todo,
desde que te escuché decir que era
tu colo predilecto el amarillo.

CARTA DE AMOR PARA ACARICIAR LA PIEL DE LA DISTANCIA

Qué despacio la noche y el día qué despacio
me cosen la costura de la espera,
perdido en tus distancia. Con mis labios
por arena cubiertos,
como una red privada de los peces audaces
de tus nítidos labios. Con mi pulso
como un candil que sin tu aceite tiene
triste la llama.

Con mis ávidas manos impacientes en vilo,
rondando soledades a la sombra
del árbol cercenado de tu tacto.

Con una letanía de preguntas
clavando sus espuelas
al corcel presuroso de esta carta.

¿Qué postura te adorna en este instante
que yo no puedo compartir?
¿Qué temblor en el aire que te envuelve
pone la luz caliente de tu paso?
¿Qué voz escuchas? ¿Qué penumbra oculta
la luna que repite su camino
dos veces en tu pecho?
¿Qué paisajes de nuevas amapolas,
o rosas, o jacintos, o corales,
ahora brotan en tus uñas?

¿Conservas en tu cuello todavía,
como una mariposa disecada,
la huella malva de mis dientes?
¿Duermes? ¿Sueñas acaso? ¿Te desvela
la brasa no apagada de mi fuego?
¿Sigues mirando aquellas ramas
en las que alegremente cuando estábamos juntos,
el cielo se posaba como un pájaro?
¿Por qué mar sin espumas el pensamiento te navega
si de mi abrazo no lo tienes preso?
¿Puedo pensar que brillan en tus ojos
las húmedas nostalgias de mi lluvia?

Dime que en una rueda de monótonas horas
hilas la hiriente lejanía
que de mí te separa como un látigo.
Dime que estás anclada sin marcas ni vientos
en la orilla gemela de mi prisa.
Dime que en todos tus relojes pones
alas a los minutos
para ceñir el apretado
fragor de mi deseo con tu hebilla de nácar.

Mis brújulas, sextantes y astrolabios
de miel y yerbabuena
calculan tu presencia cada noche.
Y sueño que, de nuevo sumergido
dentro del río de tu cuerpo, busco
los besos escondidos en vértigos recónditos.
Que nuestras dos locuras nuevamente
se encierran en tu huerto
para saciarnos de prohibidas frutas.
Que desde tu alta torre se derrama otra vez
tu corazón en mi sedienta copa.
Que por llanuras y montañas

de tu mar ofrecido me invento cada día
más dulces arrecifes donde estrellar la proa
desorbitada de mi barco.
Que con mi rebeldía verde de viejo sauce
toco la tierra de tu vientre
para alcanzar mi juventud de nuevo.

Quiero pulsar las cuerdas hondas de tu guitarra
con mis dedos profundos,
tu mirada llenar de mi estatura,
y volver a exhibir tu más íntimo grito
como un geranio rojo en mi ventana.
Mas solamente puedo
soñar alondras, vadear estrellas
y acariciar la piel de la distancia.

HISTORIA DE CUALQUIER DÍA

(Premio Rabindranath Tagore)
Editorial Andrómeda. Madrid 1988

Enfrente de mí mismo me coloco
delante del papel —fértil espejo
donde se mirará mi voz— y dejo
que los versos me lleguen poco a poco.

Tras ellos no me oculto, ni tampoco
brillo pretendo ser de su reflejo:
soy sangre de verdad cuando me quejo,
fuego me llega si al amor invoco.

Paso por esa puerta giratoria
que suele ser mi propia compañía:
le pongo corazón a mi memoria,

y con apasionada ortografía
voy escribiendo la puntual historia
de lo que me sucede cualquier día.

I

Dibujando de nuevo sus torres
de corazones y de espadas,
Madrid despierta.
Con su cintura de acacias verdeciendo
las fatigadas sábanas de asfalto.
Con un madroño de plata
prendido en la solapa del aire.

La luz
inicia su paseo de alhelies,
medioescondiendo
sus pasos todavía vacilantes
bajo la sombrilla decimonónica
del Parque del Retiro.
Donde gigantes custodiados por lanzas
con altos suspiros sujetan
las polvorientas lágrimas de la ciudad
convertidas en pájaros.
Donde mi desvalida imagen de estudiante
fugitivo de las aulas del tedio,
sigue navegando nostalgias
a bordo de las barcas del estanque.

La luz
pasa por la Puerta de Alcalá
—como en aquella canción de mi
infancia—
respirando tulipanes
y abanicándose
con susurros de piedras antiguas;
resucita la voz en los colores
de los pinceles muertos con pensión
vitalicia
del Museo del Prado;
descubre un melancólico concierto
de botellas rotas,
naranjas vacías,
claveles de pétalos usados,
o restos ungidos por oscuros aceites
de humilde podredumbre,
que asoman en los cubos de basura;
destapa sombras últimas en los rincones;
pule los filos de las esquinas;

abre ventanas en miradas con niebla;
marca la hora exacta de vivir
en el reloj de la Puerta del Sol;
acaricia los lomos de todos los tejados
con un mismo guante de nácar;
y por poner un ejemplo concreto:
junto al Viaducto,
baja la luz rodando por la cuesta
de la calle Angosta de los Mancebos,
donde recuerdo que mis años de oro
rescataron un rubio y esbelto paraíso.

La luz ha tomado al asalto
las nuevas murallas de cemento y níquel
de aquel castillo moro de Madrid.
Este Madrid de brazos como raíces fáciles
al que llegué casi descalzo
—con una pequeña maleta
donde apenas traía
la ropa blanca de mis sueños—
porque sonoras caracolas anunciaron
milagroso tapíz a mi pisada.

V

Suena el teléfono,
y la gozosa flor de mis sonidos
interiores
—esos que son de almendro fiel y de violeta—
apresurada sube desde un rincón oscuro
de mi pensamiento.
Cada vez que suena el teléfono
se lanza a volar una paloma
ciega
buscando en mi cerebro una ventana.

Envuelta en un guante de azucena
se precipita mi prisa
para descolgar mi esperanza.
Porque estoy seguro de que me llaman para decirme
que han construido un puente tres calles más abajo
por el que cruza pomposamente el amor;
que una muchacha con sombrilla
de encaje malva
le ofrece al sol maduro de mis manos
la timidez antigua de su lluvia;
que en alguna rifa me ha tocado un premio
de limones y abejas;
que ha brotado un laurel con pájaros
entre los versos de algún poema mío
de los que nadie lee;
o que han visto escondidas aún en mis labios
palabras esperadas por alguien.

Cada vez que el teléfono suena
no consigo impedir que mis deseos asomen
como racimos,
al vértigo esperado
de algún balcón sin barandillas.
Aunque luego resulte casi siempre
que ni siquiera sea para mí la llamada,
y me quede con mis himnos a solas.

VII

Puedo asegurar que todavía
por los bolsillos llevo versos en borrador
y que todavía mis dedos
son flores vivas del tacto en mis manos.

Aunque ya las primeras parsimonias del agua
pusieron lagos tristes en mis ojos
y sé decir palabras aprendidas
en la desesperanza y en el asco,
con un tono de la más absoluta naturalidad.
Aunque ya me vaya resultando muy difícil
recorrer los caminos habituales
como si cada día me inventara de nuevo
sus orillas.

Aunque voy convenciéndome con sensata amargura
de que ya no será fácil que pueda descorchar
en la sombra voraz de mi bodega
la botella de un vino sorprendente.
Aunque me están arando las sienes con prisa
esos pájaros blancos
que ya no son amanecer
ni tampoco son ya mediodía brillante;
y se quedan los barcos
varados en mis venas tantas veces;
y araño inútilmente con mis uñas insólitas
los cristales de tantas ventanas frías
que a la mirada se me van cerrando.

Aunque ya sé llorar sin que se noten mucho
las lágrimas
en mi pañuelo con agua de colonia,
me divierte engañarme a mí mismo
pensando que soy joven todavía,

porque llevo
versos en borrador por los bolsillos

VIII

El ruido de mis propios pasos
ha crecido de prono como una tempestad
en la médula de mis huesos.
Por las habitaciones de mi casa
escucho los ecos del galope
de un caballo loco que avanza incesante
buscando los desfiladeros de mi cerebro.
Y en mis tímpanos se clava el sonido
como si llevara tacones múltiplo de siete,
como si martillos de plata remacharan
una penumbra antigua.

La cerradura sorprendida de mi puerta
se abre con clarísima llave.
Y los ruidos minúsculos
—que estaban escondidos en los rincones,
detrás de las paredes demasiado blancas,
en el filo venial de las esquinas—
acuden presurosos a recibirme.
Hay un concierto de viento en el papel
de la página que pasa.
Las ensombrecidas hormigas anteriores
se han convertido en elefantes rubios,
y hasta el silencio sabe tocar el tambor.

Voces inesperadas me rodean, me asaltan
y se estrellan
en el rompeolas azul de mi frente.
Son millones de voces confusas y

aleteantes,
que chocan contra vidrios invisibles
como alocados pájaros redimidos
de la muda ceniza de sus jaulas.

Y el aire,
ese desconocido aire tímido
con el que yo no había contado nunca,
el aire sencillo que pasea la calle
rozando las fachadas agrias de las casas
con humilde abanico,
se mete dentro de mi cabeza
con el torpe apresuramiento de un huracán.

Levantán el vuelo
bandadas de milagros polícromos,
y desde remotas trompetillas
a mi oído se acercan huidizos sonidos
que perdieron Beethoven y Goya.
Porque,
para decirlo de una vez bien claro,
desde hoy soy un sordo con audífono.

XVII

¿Por qué las tardes de domingo
son tan tristes?
¿Por qué sin dudar se sabe que es domingo
cualquier domingo por la tarde?
De los árboles cuelgan hojas de calendario,
que no logran con sus números rojos
—arrugados—
vestir de fiesta el vuelo de la rama,
ni borrar en las máscaras grises de las gentes
la melancolía.

Porque las tardes de domingo
cubre el invierno con una arpillera sucia
la cruz de la moneda de su espalda,
mientras en una interminable
madeja de lluvia monótona
devana la luz sus dolores de parto;
porque las tardes de domingo
por solitarios mástiles de otoño
desteñidas banderas de nostalgias cuelgan,
como marchitos látigos
que plagian muecas de suicidas ahorcados;
porque las tardes de domingo
bebe el verano paredes desnudas
como si fueran amargas salivas,
y arañan las entrañas del aire
con uñas que tienen secas las raíces;
porque las tardes de domingo
la primavera promete y no cumple
—lo mismo que los escotes con andamios
de las prostitutas—
y con las huellas de las mariposas
confecciona disparatadas corbatas peripatéticas
con agresivos dibujos insufribles.

Una tarde de domingo,
precisamente esta misma tarde de domingo,
por el vacío indescifrable de una calle
sin ojos,
un derrotado vendedor ambulante
pasa ofreciendo escalofríos
a los silencios muertos en las aceras.

XVIII

Busco en mi biblioteca
uno de mis libros predilectos.
Lo heredé
de un hombre bueno que me quiso mucho
y al que debo la cuarta parte de mi sangre.
(Es ese mismo libro que en un retrato al óleo
—entreabierto en mi mano derecha—
me presta cierto aire intelectual).

Un libro
con tapas de pergamino color miel,
que en sus nobles arrugas
tactos repetidos de siglos ofrece
—la edición es del año 1721—,
y señala las huellas que el paso del tiempo
fue dejando en sus páginas,
con flores amarillas
crecidas entre versos apretados.

Me siento en mi butaca,
trono para lecturas apacibles,
y se me pasan sin sentir las horas
con este libro escrito por un hombre
—mano de espadachín y los pies zambos,
alma de sueños sin escudo,
pícaro con honduras de teólogo,
burlón de poderosos y de altivos,
viajero de la intriga,
mendigo de un amor donde hilvanar sus quejas,
estoico pregonero de la muerte—
que se llamó Francisco de Quevedo.

XIX

He conocido a una mujer que luce
la libertad como un collar de perlas.
Que borda libertad
en una emancipada bandera de labios,
o en la piel de ese toro desmandado
como tórrido viento en su cintura.

Una mujer
—doble huracán de aguamarinas y limones—
capaz de ponerse de puntillas
hasta alcanzar las cumbres con semillas insólitas,
o de inclinar su talle sin darle importancia
desde el margen
de todos los sonrientes precipicios.
Mientras bandadas de gorriones y golondrinas
surgen a cada instante de sus hombros,
los transparentes peces de sus uñas
naufragan en rendidas aguas temblorosas,
y un deseo de fuego repetido despierta
—si ella quiere—
dentro de cada uno de sus gestos.

Una mujer
—campanario para cualquier toque a rebato—
que en un ramo de flores exóticas combina
lo blanco y lo negro,
sin que su resultado sea nunca gris.
Porque en el imprevisto tallo de su risa
brotó al final la increíble aventura
de una rosa roja.

Una mujer
—molino de ascuas y de cenizas—

que puede dejar asomarse a sus ojos
la fantasía y la ternura
con un brillo de terciopelo encendido,
o puede esconderse tercamente detrás
de montañas altísimas nevadas de silencios.
Puede ser fácil escalera sin límite,
o peldaño difícil
que no ofrece después escalera ninguna.
Puede ser rompeolas brutal o blanca arena.

Esa mujer
—vértigo de plurales vidrieras brillantes—
colecciona ramas preñadas o desnudas
de sus árboles íntimos amigos;
puñados de lluvia;
tormentas con orillas de palabras y lápices;
soledades con música de Vivaldi;
hombres que pasan con sed en las manos
y en los pensamientos;
trenes que cruzan selvas
habitadas por alas impacientes;
estaciones con andenes azules
que son únicamente puntos de partida;
aulas como jardines
donde regar las letras parpadeantes de los niños;
racimos de vigilias y de madrugadas;
lúvidas lunas llenas que la sangre le alumbran.

Una mujer,
doble huracán de aguamarinas y limones,
campanario para cualquier toque a rebato,
molino de ascuas y de cenizas,
véstigio de plurales vidrieras brillantes,
coleccionista de paredes blancas
donde escribir dulces hambres y gritos
de amor.

*(¿Estoy seguro de haber conocido a esta mujer?
¿No será un personaje de la novela
que siempre espera en mis cuartillas
pero jamás escribo?).*

XX

En la televisión hay un programa
de gimnasia rítmica.

Una muchacha juega con un aro,
que convertido en pájaro redondo
siembra circunferencias en el aire,
o rueda
como un vertiginoso suspiro
que parece alejarse pero vuelve,
o se recrea trazando cinturas concéntricas
en una joven cintura.

Una muchacha juega con una cinta
que engarza mariposas en vuelo,
o borda serpientes agilísimas
en altísimos bastidores transparentes,
o le pone al látigo la dulzura
de unas hábiles manos que disfrazan al viento
con sorprendentes relámpagos de seda.

Una muchacha juega con una pelota
que rebota en un techo de cristal,
o descubre equilibrios
por milagros enhebrados con hombros,
o desliza tangentes con apretados tactos
que recorren caricias
de sorprendidas curvas eróticas.

La muchacha que música persigue
mientras juega
con las pelota, con el aro, con la cinta,
compone las múltiples posturas
que su leve figura colecciona
para su cambiante perfil de diosa nueva,
y pongo mis miradas de rodillas
ante el altar doméstico de la televisión.

XXIV

Las manos ávidas del insomnio
cavan los pozos más profundos
en las telarañas azules de mis párpados.
En las redondas grupas de los caballos
negros de mi memoria,
cabalgan mariposas con llave
para cerar la puerta con doble hoja
de mis pensamientos.
Pero sólo consigo que buques fantasmas
me traigan cargamentos de rebeldes posturas,
y en papel de raso con membrete violeta
le dirijo una instancia al secretario
del alcalde,
para pedirle que por lo menos me permita
traficar libremente con los sueños
y tejer una historia secreta de Walter Mitty
para mí solo.

*(He llegado a una cima
donde se me rinden todos los estandartes.
Soy capitán de un escuadrón de adelfas
y es una rosa de tallo largo mi espada.*

*En mi talonario de cheques
a la derecha van todos los ceros,
como si mis poemas estuvieran
"de billetes de Banco al dorso escritos".
Enciendo hogueras en lo alto
de los templos esdrújulos del éxito
con las páginas de mis libros,
y un viento con simientes de letras mayúsculas
injerta en mis sienes
raras especies de laureles con aplausos.
Consigo lo que busco y a los que buscan doy).*

*Insistente el insomnio
me taladra la frente con aromas agudos
que transpiran mis huesos desde el tuétano,
y aquellas mareas altas de entonces
bañan las orillas de mi sexo dormido.*

*(Descubro con mi lengua lentamente
la seda horizontal de su desnudo;
enloquece de gozo su cintura
con la prieta ternura de mis brazos;*

*acaricio los pétalos erguidos
en las rosas gemelas de su pecho;
adorno con corales mi saliva
bebiéndome la urgencia de su boca;*

*hallo la mejor senda recorriendo
las tendidas columnas de sus muslos,
para mi tacto mármol encendido;*

*y sacio mi pasión en su deseo
derramando mis perlas interiores
en los sedientos labios de su vientre).*

Elevado en los ángulos oblicuos

de unas alas frenéticas,
les envío un mensaje a los bomberos
para que no contesten mis alarmas,
ni apaguen este fuego que alimenta
la luna creciente de mi insomnio.

*(Rejuvenezco más arriba de un águila.
Acepto las anclas en el hallazgo
de manos que se dejan tocar la emoción.
Me asomo al sendero descubierto apenas
debajo de una blusa clarísima,
capaz de poner en mis ojos
una venda de encaje de Malinas.
Atravieso con una lanza de plata
todas las hojas secas del mundo.
Un pañuelo amarillo
ciñe el sol a la armadura que estreno,
resplandeciente como una mirada,
y en mi boca sílabas como abejas libres
—cuando ríe parece que la luz se encendiera—
se refleja en lagos escondidos.
Soy joven otra vez. ¡Aleluya!)*

Qué amargo puede ser el insomnio
cuando vuelven a encajarse en su sitio
las ruedas dentadas de la certidumbre.
Cuando la poderosa juventud
que ha llenado de hormigas azules mis venas,
se refugia en los ásperos rincones del insomnio
bajo la dúctil nata de la oscuridad.

Busco en el alba un espejo donde mirarme
con estos ojos míos de triste tragaluz
—en los que ahora me escuecen
las maduras lágrimas del miedo—,
y encuentro solamente un viejo iluso
que luce en su barba los últimos alhelies.

Después, sigue el insomnio devanando
los hilos opacos y las traslúcidas espaldas
en el vaivén de una madeja onírica,
hasta que llegan
como humildes relinchos mis ronquidos.

XXV

Ensayo perfectamente la muerte
mientras duermo,
aunque me siga dando su calor
la única presencia verdadera a mi lado.
Con mis pies
ya casi descalzos para siempre
ni sumo ni resto mejores caminos,
pero en el reloj de algún árbitro
se descuentan mis perdidos minutos.
Soy un desnudo mineral que flota
por desconocidos espacios sin vértebras
—machacados mis gestos por alas marchitas—
y crueles tijeras recortan en mis huesos
un monigote de papel.
Sólo queda el zumbido monótono
de mi terrible última pregunta:
¿despertaré mañana?

*EN UNA VOZ MÁS ALTA QUE
LA MÍA*

Editorial Rialp

Colección Adonais. Madrid 1990



Institución Gran Duque de Alba

Edición: 1998
Colección: 1998

CUANDO DE ANGUSTIA SOY

4

Sólo ya no querer es lo que quiero.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Tengo en mi cuarto de trabajo
la horma complaciente
de una vieja butaca con mi forma;
expectantes cuartillas por la mesa en desorden;
en las paredes, placas y diplomas
con fechas y penumbras;
y anaques que exhiben en sus abiertos vientres
libros, bronce, trofeos y fetiches,
libros y caracolas,
libros, libros, más libros...

En mi vieja butaca muchas tardes me siento
—cubierta mi mirada por la venda
de mi propio paisaje—
y escucho procelosas sinfonías
de Sostakovich, Mahler o Sibelius,

sinfonías angélicas de Beethoven o Mozart,
mientras se posan en mi mente
tiernos labios metálicos
como los de una flauta travesera
que traduce mi pulso,
para que sean música delgada y melancólica
mis suspirados pensamientos.

Si llueve y es otoño, los cristales
de la ventana que me cierra el alma
de lágrimas se llenan,
y les mojan las alas a los pájaros
que torpemente intentan todavía
descubrir en mis venas horizontes abiertos.

Si hace sol y es invierno,
un sol mucho más triste que la lluvia
coloca pegatinas insolentes
—demasiado amarillas—
sobre una soledad de muebles muertos,
y pretende encender en los rincones
sombras agazapadas
de flores navegando hacia tinieblas.

Cuando por primavera los vientos se desnudan
—en un noveno piso mi morada
tienen anclada su altiva arquitectura
sobre el Cerro del Viento—,
desconciertos procaces de hienas con sus risas
elevadas a enésimas potencias,
y jaguares en celo de gemidos con garras,
y elefantes histéricos sin tabique posible,
me destrazan las cuerdas del violonchelo tímido
que mi perplejo corazón oculta.

Y si las nubes en verano vierten
su polen de cemento
sobre las flores ávidas que mis ojos esconden,
noto crecer mareas de plomo hacia mis párpados;
mareas de semillas
que avanzan desbordándome la espalda,
descubren en el fuego último de mi arena
los deseos —ya ácidos—
de seguir mis orillas cultivando
con sombra fermentada de mis árboles.

Me resisto a buscar artificiales
consuelos en las cápsulas azules
del fiel *Tepazepán*, que me procura
su sosiego de química.
Y con sigilo de reptil se adueña
de mis huesos la angustia de la tarde,
sus tuétanos en lodo transformando.
Con espejos dormidos
forma la luz en mi postura
la geometría gris de su derrota.
Levanto un alto muro de silencios
en torno al desafío de mis labios.
Enhebro en el asombro de una aguja indolente
la decadente seda de un suspiro.
La desgana me envuelve con su blanda madeja,
y hundido en el abismo fácil de mi butaca
sólo ya no querer es lo que quiero.

AMOR CONFIESO

4

Sin ti todo me aflige y entristece

FRANCISCO DE QUEVEDO

Tu pisada, que cruza la dormida
quietud de mis nocturnos silenciosos,
con un suave murmullo desvelando
los íntimos rincones de la casa.
Conservando en presente
todos los verbos de mi historia.
Tu pisada, que suena en el pasillo
y en el cuarto de estar y el dormitorio
y en las intrascendentes losas de la cocina,
como si fuera colección de alas
en tu pie reunidas,
o brisa que le ciñe a mi cintura
su bienestar de cingulo doméstico.
Tu pisada, que pone cada día
sobre mi corazón su clara huella.

Tus manos, con un aire
de luna levemente dibujadas,
abriendo las ventanas interiores
que dan a los paisajes del alma, con memoria
de tantos sujetados vuelos de la caricia.
Tus manos, que retienen por la tarde
tantos amaneceres,
para que siga siendo nuestra casa
despertar de balcones con geranios,

rueca de globos de colores,
madeja de la luz que tú devanas.
Tus manos hacendosas
que cosen los rebeldes dobladillos;
hacen labor de punto para los nietos; pegan
el botón desmayado que desbarata el rígido
protocolo social de mi chaqueta.
Tus manos, que se posan como pájaros
abiertos en las ramas de mis ojos.

Tus ojos, descubriendo
cada minuto el ritmo de mis gestos.
Tus ojos, recorriendo misteriosos
cauces deshabitados que mis silencios siguen,
o el leve palpar de los suspiros
que delatan ensueños en mis labios.
Tus ojos, que vigilan diarias pulcritudes;
la vencidad correcta en las paredes
de las constelaciones
de cerámicas, óleos y acuarelas;
el orden que conjuga recuerdos entrañables
con las fotografías y los libros;
o los imprescindibles alientos que las flores
repiten en el agua limpia de los espejos,
para que se construya la armonía
viviente de la casa.
Tus ojos, conservando en mis costumbres
la claridad constante que me envuelve.

La ropa en el armario colocada,
con un exacto rito de perchas y cajones
domeñando domésticos espacios.
Las estrellas de brillo matutino
que por la piel de los zapatos bogan.

La plancha en la difícil raya del pantalón;
en el nevado o el celeste
paisaje de algodón de la camisa.
El vino blanco en la nevera.
La comida en la lumbre
(con poca sal). El pan de régimen.
La película antigua compartida
de la televisión.
La última plegaria breve de buenasnoches.

Y, sobre todo, la palabra a tiempo
para romper desesperanzas,
para encender las luces
tibias del corazón a media tarde,
para que compañía siga siendo
ya siempre nuestra casa.

Eso es también amor. También por eso
sin ti todo me aflige y entristece.

CUANDO DE MUERTE SOY

2

La muda noche de tinieblas llena

FRANCISCO DE QUEVEDO

Cadena de preguntas es la vida.
La mirada es pregunta que se ahoga
dentro de nuestra sangre encarcelada.
La caricia es pregunta y es pregunta la pena,
de seda y llanto, de rubor y hastío.
Con eslabones de preguntas
atamos nuestros pasos,
y dando vueltas a la misma noria
marcando vamos la circunferencia
de una interrogación en nuestro pecho.

¿Por qué deja la flor una amargura
de ceniza de pétalos
en la costra de sal de nuestra lengua?
¿Por qué los ríos de la tarde ponen
ortigas sin limar en nuestra espalda?
¿Por qué el amor se rompe
como una porcelana que cuidábamos
con manos asustadas de su frágil suspiro?
¿Por qué puede albergar nuestra cabeza
múltiples nidos torpemente juntos
de cigarras y hormigas?
¿Por qué atamos con cintas de oro y plata
zancos de falsas cumbres a nuestros pies de barro?
¿Por qué la geometría de nuestros pensamientos

no aprovecha los vértices puros de las estrellas?
¿Por qué gritos de aceite derramado
guardamos en el hambre
de la alcuza vacía de los otros?
¿Por qué nombramos tantas veces
a Dios con unos labios tan pequeños
que en un dedal de indiferencias caben?

Flagelan las preguntas
nuestro costado en carne viva. Siembran
cizaña en nuestro trigo de piel ácida,
que alimenta el murmullo
de nuestro corazón desconsolado.

Mal que bien conseguimos
encontrar con apuros la respuesta
que cierre unos instantes la ventana
de sed de nuestro espíritu.
Creemos engañar a las preguntas
—luciendo, vanidosos, las respuestas
como engarzados pájaros en vistosos collares—,
y pensamos que ya nos pertenece
la paz, como se tiene sujetado
con los ojos cerrados al halcón.

Pero escondida entre los pliegues
de nuestra ropa de diario
se retuerce las alas con el miedo
de las oscuridades más profundas
una pregunta, que jamás encuentra
contestación cabal:
la pregunta final donde es la muerte
protagonista única del drama.
¿Trae la muerte unas flores

del jardín con aromas del sueño más lejano
para que nuestros miedos se adormezcan,
o la dibuja un niño con un lápiz de hielo
sobre la indefinida cuartilla de la nada?

Y reclamamos la respuesta a gritos,
pero sólo responde
la muda noche de tinieblas llena.

A DIOS ACUDO

1

Cogiendo a Dios a solas entre dientes.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Si recordar pudiera
los días que retuve a Dios conmigo,
formaría tan breve calendario
que apenas con un soplo
pasar podría sus escasas hojas.

Tal vez únicamente mi tan remota infancia
salvar pudiera mi amistad divina.
Entonces. Cuando era Dios un viejo
con barba blanca —casi
como la ilustración de una leyenda—,
con El medía los milagros fáciles
que cada día el sol me iluminaba.
Y a El encomendaba cada noche
mi plácido reposo,
donde caballos blancos y cerezas

escalaban los humos de mis sueños.
Entonces. Cuando sólo con alas y cabezas
—siempre rubias— podía figurarme
los ángeles de Dios, que protegían
las cuatro esquinas de mi cama.

Después, cuando en los ángeles
empezaba a buscar redondas formas
de femeninas nieblas inventadas
para mis solitarias complacencias,
a Dios me dibujaron como una mano inmensa
para aplastar mi amor con su volumen,
y escapé por el vértigo
que alimentaba un huracán de tactos.

Nuevo Adán, sin licencia
para aquel paraíso que tenía
demasiadas manzanas en mis árboles,
vagué creando en mis entrañas
abeles y caínes que alternativamente
le ofrecían a Dios ruegos y crímenes.
Dios —solo en sus alturas,
a donde no llegaba mi Torre de Babel—
me aparecía como un ojo insomne,
tercamente encerrada su mirada
dentro de las tres rejas de un triángulo muerto.

Pacté con El. Rompí todos mis pactos.
Con espinas y rosas de cilicios histéricos
calmé mis pobres apetitos,
comensal de migajas de pecado.
Busqué lejanos valles donde adorar la sombra,
que me escondiera de una luz hiriente.
Canté alcluyas disfrazando de oro

las cuerdas de laúd de mi garganta.
Callé con los silencios
encadenados al olvido.

¿Y Dios? ¿Qué hacía Dios? No hablaba nunca
como en aquellos libros de la Historia Sagrada,
que el hermano Domingo
como cuentos de hadas nos leía
con el rumor de agua de las primeras letras.
¿Dónde la zarza ardiendo,
la palabra en las piedras del Decálogo,
la honda de David, o las trompetas
de Josué derribando las murallas?

Se me fue vaciando la corriente
por la que Dios bogaba en mi cerebro.
Se me secaron las tormentas
con truenos y relámpagos de Dios en mis costumbres,
y de Dios solamente fue quedándose
la lírica belleza de su nombre.

Pero a veces me suena como un bálsamo
la profunda guitarra de sus ecos,
despertando la sed de mi memoria.
Se me llenan de suaves tonos malva
las miradas difíciles
donde albergar los ojos del asombro.
Me sube por el látigo
de mi columna vertebral la brisa.
Y me sorprende con un llanto nuevo
cogiendo a Dios a solas entre dientes.

Y ESPERANZA GRITO

5

Lo fugitivo permanece y dura

FRANCISCO DE QUEVEDO

Todas nuestras pequeñas vivencias se borraron,
como las listas de afluentes,
la de los reyes godos,
los quebrados de largas ecuaciones
y las raíces cúbicas que nunca nos salían,
en el tablero verde del colegio.

Los arrepentimientos obsesivos y débiles
—con amenaza de un infierno rojo
ya casi inevitable—
después de los primeros cigarrillos
y los primeros inocentes besos.
Aquel aire delgado y displicente
de pedante poeta primerizo,
con unos torpes versos publicados
y la melancolía recién puesta.
Aquella novia que a la oscura danza
de unas audaces manos
—exploradoras hábiles de las íntimas curvas—,
concedió los calientes escondites
de su secreta y parca geografía.
Los frugales cenáculos
—con un vino barato y unas patatas fritas—
para leer en alta voz poemas
de Juan Ramón, de Lorca, de Machado,

Miguel Hernández o Vallejo,
con revolucionarias pretensiones.
La muchacha preciosa que un día sorprendimos
mirándonos con ojos deslumbrados...
porque había un espejo a nuestra espalda.
Aquel descubrimiento trascendente
de las cuatro estaciones de Vivaldi,
o la letra de humor que le inventaron
un grupo de incipientes filósofos melómanos
al *Para Elisa* de Beethoven.
Esa primera vez que descubrimos
debajo de una sábana el desnudo
de una mujer fingidamente nuestra
y en nuestra ardiente turbación cautiva.
Aquel día imprevisto
que por primera vez un hijo nuestro
nos contestó desde un lejano mundo
—en el que nadie le iniciamos—
con el grave pecado sorprendente
de sus ideas propias.
La niña que miraba con sus ojos enormes
al autor de su cuento preferido
y una mordisqueada
chocolatina le ofrecía.
El tono de la voz de nuestra madre
que cada día suena más extraño
detrás de las altísimas montañas
remotas de su ausencia.
Ternura y desamor, orilla y vértice,
sangre caliente y barro con saliva.
Todo se fue escapando poco a poco
con un sonido inconfundible
de pasos fugitivos.

Pero si —nuestras prisas olvidadas—,
a pensar nos paramos cualquier día
que solamente los recuerdos
nos encienden la luz de nuestra noche,
algo nos dice que en el alma
lo fugitivo permanece y dura.

PENULTIMA NOSTALGIA *(1987)*

(Premio Gaviota de Plata)

Editorial Escritores y Artistas Españoles
Colección "Julio Nombela". Madrid 1991



Institución Gran Duque de Alba

Edición Facsimilada y Análisis Paleográfico
Colección "Jubilación de la Memoria", Madrid 1991

PENULTIMA NOSTALGIA

Para Marta y José Ramón Costa

Se han apagado todas las bombillas
de los circos del mundo.
De sudor y de brillos de charol
las cabalgatas del milagro duermen,
y hay cerezas nocturnas en los mástiles
sin que ningunas manos
con cazamariposas las persigan.

El circo está dormido bajo la ardiente sábana
que oculta en el embozo
los malos sueños de la carpa sola:
ateridos trapecios que aletean
con oscuras torpezas de murciélagos;
rebeldías angélicas
de corceles indómitos que olvidan
chasquidos matemáticos del látigo;
tigres que se adelgazan como verdes suspiros;
en altísimos zancos de marfil
enanos engreídos que pronuncian
su estatura con gestos altaneros;
hielo roto en la piel como saliva

turgente de las focas;
y espantapájaros izados
en los bordes violáceos de la risa.

La noche es una mano más ancha que aplauso
y va aplastando velas encendidas
que hasta el instante último
se debaten insomnes en sus erguidos pábilos.
Está varado el movimiento. Callan,
ya mudos, los tambores. Y el silencio
—salvaje rata despreciable y terca—
roe por los rincones
los olvidos de trapo y miel amarga.

Mi fantasma de niño que despierta
vuelve a los viejos campos de Elizatxo,
tal vez ahora convertidos
en prósperas colmenas que la fatiga esconden
bajo un cemento sin estrellas.
Pero como en el sueño soy un niño
que recuerdos cabalga
—de nuevo sobre el “poney” de enmarañadas crines
con esmeraldas, vértigos y sésamo—,
mi circo recupero
con todas las bombillas encendidas.
Luciendo mi frac rojo me adelanto
sin temor hasta el centro de la diana amarilla,
y en mi completa colección escojo
los más sonoros adjetivos.
Soy el jefe de pista
que en un círculo mágico presenta
la voz de su penúltima nostalgia,
al distinguido y respetable público.

OLOR DE CIRCO

Hoy tiene olor a circo mi nostalgia.

Cuando ya se acercaban
en verano los días de las fiestas,
siempre en el mismo sitio cada año
levantaban el circo:
el campo de Elizatxo junto al pueblo.
Un mundo nuevo de ilusión surgía
del verde campo en una sola tarde,
y anclaba en tierra firme
la insólita presencia de un velero.

Me acuerdo de unos hombres que clavaban
largos clavos de hierro
con martillos de largo mango. Daban
tan precisos los golpes
—con la humilde alegría repicando
de una campana chica de convento—,
que yo veía entrar como un milagro
los clavos en la tierra,
sin ver que los veloces martillos les tocaran
las machacadas y ásperas cabezas.

Me acuerdo de unos hombres que tenían
azulados tatuajes en los brazos

Con la risa enlatada de aquel viejo payaso
melancólico,
que se iba quitando uno tras otro
no sé cuántos chalecos de colores distintos.
(Le dimos uno blanco de mi abuelo
para su colección inagotable).

Qué buen olor a circo.
Las rubias amazonas de restallantes muslos
húmedos, cumplidores y dorados,
olían a primeras
concupiscencias en mis pensamientos,
y me crecía por la sangre a golpes
el misterioso miedo inexplicable
que tab feliz me hacía.

Hoy, que algodones del olvido guardan
en el desván mi infancia y su aventura,
de pronto he comprendido
que tiene olor a circo mi nostalgia.
como si fueran gente de la mar,
y al persuasivo empuje de sus voces
tajantes como hachazos
la prodigiosa y ancha carpa izaban.

Entonces —lento vaho, nube ácida
que estemecía el ritmo de mis pulsos—
inundándolo todo se acercaba,
puntual amigo, el olor del circo.

Olor a sudor frío en los cristales
de las ropas brillantes.
Olor a oscuras selvas encerradas
en el cálido aliento
de las fieras. Olor a lejanías.
Olor a cuero usado de las botas
del domador de cebras.

Traía rodeándole palabras
de idiomas extranjeros,
mallas, trapecios, cables y caballos,
y un apretado nudo en la garganta
para soñarse domador o acróbata.

Qué fiel olor a circo
se viene a mis recuerdos infantiles.
Olor pastoso, tibio y agridulce.
En nostalgias gloriosas
de paseos en poney por la pista
con paisaje de azúcar y gaseosas,
creyéndome "cowboy" de mis películas
favoritas de tarde de domingo.

JEFE DE PISTA

De frac rojo y chistera gris, reclama
la fiel presencia de los grandes divos,
con una catarata de adjetivos
que su voz esperpéntica derrama.

Su voz con campanillas, que proclama
cada actuación perdiendo los estribos
por poner cada vez superlativos
más empigorotados a la fama.

Con exótico acento exagerado,
medalla de oropel bien a la vista
y unas desmesuradas pretensiones

de mariscal de campo retirado,
es sin lugar a dudas un artista
levantando castillos de ilusiones.

CARRUSEL DE CABALLOS

Los caballos del circo giran, giran,
el látigo delante de los ojos
pellizcando sonoramente el aire
para ordenarles círculos concéntricos.

Qué sumisos se hacen noria viva;
abanico de espumas; olas dóciles
que peinan trenzas súbitas de arena;
o cordilleras de apretadas crines.

Qué a tiempo frenan su medido impulso
con palabras del hombre sujetado,
y cómo han aprendido de memoria
la arquitectura fiel de sus galopes.

Cascos de purpurina, blancas plumas
en la altiva cerviz, enjalbegadas
guarniciones de lujo, y un zumbido
doméstico de amables cascabeles.

Saben bailar el vals y dar las vueltas
al revés como buenos bailarines.
La pista es un salón donde se luce
la fría corrección de sus posturas.

¿Dónde aquellos relinchos que esgrimían
con pánico alegría por los aires?
¿Dónde aquellas desnudas, majestuosas
formas de los corceles en manada?

¿Dónde aquella cabeza inteligente
—ahora de estudiante de artimética—
que olía el paso de la yegua, el trueno
y el viento: fiel, valiente y levantada?

¿Dónde su libertad, sus espontáneas
esculturas de graves movimientos?
¿Dónde el salto de pronto, la carrera
sin razón, recreando el verde prado?

Los caballos de circo giran, giran
con blancos uniformes de colegio,
y lloran en relinchos apagados
con salvajes recuerdos a su grupa.

CUCHILLOS POR SOLEARES

Para Juana Martín

Verdes cuchillos tendría
con filos en flor un circo
de Federico García.

Una colección de brillos
tiene la mano de plata
del lanzador de cuchillos.

La mano de terciopelo
del lanzador de cuchillos
tiene acéricos de hielo.

Corta el aire la emoción
de unos cuchillos que cortan
sólo la respiración.

Ni sangre son ni condena:
en el circo los cuchillos
son para matar la pena.

En cada cuchillo hay una
laguna con agua quieta
para reflejar la luna.

Cuchillo de circo, leve
roce de viento afilado
que a ser caricia se atreve.

Cuchillo de circo, plena
renunciación de la herida,
convertido en azucena.

Cuchillo de circo, pura
paloma blanca que bebe
la orilla de una postura.

Cruzan por los amarillos
escalofríos del pulso
las bandadas de cuchillos.

INTERMEDIO

1

Intermedio

Han caído las cuerdas desde las estrellas
y se han parado los trapecios en mitad del Cosmos.
Los bostezos se enredan
en la boca,
como rosquillas blanca con hormigas negras.
Hay una incesante procesión pagana, casi con antorchas.
Son las madres que llevan
a sus hijos a los urinarios
con inequívocas urgencias.
La selva envía profundos rumores lejanos
y mariposas de voces diminutas aletean
como manadas de grillos de colores,
que esperan
la máxima emoción de los rugidos.
Rugidos defendidos por rejas

del tedio de los hombres,
más cruel y más hiriente que las fieras.

Intermedio.

Deliberado asesinato de silencios que cuelgan
los lienzos húmedo de los sentidos
con agujones de avispas como maduras fresas.

Antesala de pálpitos nuevos,
el intermedio quema la impaciencia.

2

El hombre de mandil blanco y gorro blanco,
que lleva puesta su sonrisa blanca
—payaso improvisado del intermedio—
pasa y otra vez pasa
vendiendo caramelos y pipas de girasol
que los abuelos pagan,
como sin pretendieran subir a un pedestal
su propia estatua.

El hombre de mandil blanco y gorro blanco
no descansa.

Tiene que hacer su número
para que los niños le aplaudan
con escandalosos sobornos de dulces
en las palmas,
y los labios teñidos de menta,
regaliz y saliva escarlata.

7

El circo es un insólito intermedio
de la ciudad que duerme
con los árboles secos entronizados
en la memoria aniquilada del césped.
De la ciudad que cubre los cristales de sus ventanas

con los cadáveres todavía recientes
de la tierra y la sal,
para que brillen aún en alcobas calientes
los recuerdos del aire con pájaros en las venas,
que cada día pierde.
Porque la ciudad
es una marioneta con sus hilos inertes,
que de pronto en un barrio de esquinas apagadas
enciende
bajo la carpa del circo la luz
de una flor silvestre.

UN HOMBRE EN EL CIRCO

Para Merche y José M^a Soriano

Había ya cerrado tantas puertas
que su mano en un pomo desgastado
tenía convertida.
Tantas sombras cruzó dejando impresas
las hojas del otoño en su solapa,
que el árbol de su mano se agarraba en un aire
de silencios azules ateridos.
Se sentía disfraz de marioneta.
Cometa ya sin hilos para atarse
la estatura en el viento.
Triste calcomanía en los cristales
de una ventana ciega con párpados sin brisa.
Laberinto difícil
donde humillar al toro del hallazgo
que se le iba cayendo de los ojos.
Música rota

de un reloj con la muerte en las agujas
convirtiendo las horas en segundos.

—Una silla de pista, por favor.

(Quería desprenderse de su propio espectáculo
junto al caleidoscopio de la arena;
desprenderse del miedo de sus ropas
desangeladas,
en el redondo puerto donde zarpan
las naves imprevistas del ensueño).

—Por favor, ha de ser primera fila.

(Porque ante el escenario pequeño de sí mismo,
ante los escenarios de los otros
—anchos escaparates de dulces, brillos, saltos
y alegres colecciones de sorpresas—
él no había tenido primera fila nunca).

Y se vuelve caballo de alta escuela,
restallido de látigo,
tea encendida de malabarista,
alambre de funámbulo, pintura
blanca de clown,
acordeón de agosto,
rugido de león, o taburete
donde se sube el elefante.

Y se ríe. Se ríe y se estremece
porque Dios —ihale-hop!— le ha permitido
dar una última pirueta.

VIEJO LEON

Raida la melena, medio ciego,
en su tercera selva está encerrado.
Fue la selva primera su reinado
de hermosa libertad. Conoció luego

la selva de los hombres, con el fuego
y el salto por el látigo obligado.
Y ahora que en su jaula abandonado
selva de hierros pone fin al juego

de la pista, se sume en el olvido
con un solmenne aire de tristeza.
Sólo en sueños conserva su rugido

ya muerto. Pero yergue la cabeza,
como un rey que sin voz, torpe y raído,
defiende todavía su realeza.

BIBLIOGRAFIA

POESIA

- Ver y cantar (Editora nacional). Madrid ,1953
- Erguida tierra (Oriens, "Colección Arbolé"). Madrid,1980.
- Caliente cintura del viento (Editorial Obras Selectas). Valencia, 1982.
- Tiempo de búsqueda (Editorial Interlakent). Valencia, 1982.
- Anunciación de Mónica (Editorial Obras Selectas). Madrid, 1984.
- Encendida sombra de otoño (Diputación Provincial). Guadalajara 1985.
- Desde el llanto y el alba ("Colección Angaro"). Sevilla, 1985.
- Historia de cualquier día (Andeómeda, "Colección Rabindranath Tagore"). Madrid, 1988.
- En una voz más alta que la mía (Rialp, "Colección Adonais"). Madrid, 1990.

RELATO

- Froilán, el amigo de los pájaros. primera edición: Editorial Marfil, Alcoy, 1968; segunda edición: Editorial Escuela Española, Madrid, 1988.

PRINCIPALES PREMIOS

POESÍA: "Jorge Manrique", "Virgen del Carmen", "Alcaraván", "Bajaría", "Provincia de Guadalajara", "Angaro", "Internacional del Olivo", "Poesía del mar Jesús Cancio", "Gaviota de Planta" y "Rabindranatha Tagore".

PROSA: "Lazarillo", "Hucha de Oro", "Villa de Guardo" y "Miguel de Unamuno"

INDICE

—ESPACIOS EN LA POESIA DE JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE: POR JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS	I
—VER Y CANTAR.....	7
—De mí mismo.....	9
—Serenata a la luna.....	9
—Lazarillo	10
—Elegía	11
—Sonetos de amor en abril	13
—Los Arcángeles.....	15
—A LOS NIÑOS, CANCIONES.....	19
—Niños	21
—Llegada de la pubertad.....	21
—La tonta.....	22
—La Diablura	22
—El niño que yo fui.....	23
—aciou de la primavera	24
—CANCIONERO DE LA NOVIA	29
—Tus labios solos.....	31
—En abril	32
—Tierra amante.....	34
—La pelotari con banda azul.....	36
—Diálogo del marino y la niña	37
—ERGUIDA TIERRA	39
—FIGURAS DE TIERRA Y CÁNTICO.....	41
—Erguida tierra soy	43

—Al ciprés de silos, lleno de pájaros ocultos, en un atardecer de primavera.....	43
—Cántico al vino.....	44
—El potro.....	44
—Maternidad.....	45
—Caballo soñado.....	45
—Nuestro primer paisaje.....	46
—Esposa encinta.....	47
 —NOTICIA DE MI ESTANCIA EN LA TIERRA.....	 51
—Presencia en la ciudad.....	53
—Presencia del amor.....	55
—Mínima historia.....	60
—Mayoría de edad.....	63
—Epílogo.....	66
 —CALIENTE CINTURA DEL VIENTO.....	 69
—Las acacias.....	71
—Los chopos.....	72
—El cerezo.....	73
—Castilla.....	73
—Moguer vivido.....	78
—Irún.....	78
—Teresa.....	79
—En el frío de la tarde.....	79
—Juan Ramón en Moguer.....	83
—Requiem por un negro.....	89
 —TIEMPO DE BÚSQUEDA.....	 95
—Búsqueda de cada día.....	97
—La sed.....	99
—Desesperanza.....	99
—Un hilo de esperanza.....	100
—Si vivo todavía.....	102
—Oración del pan y el vino.....	103

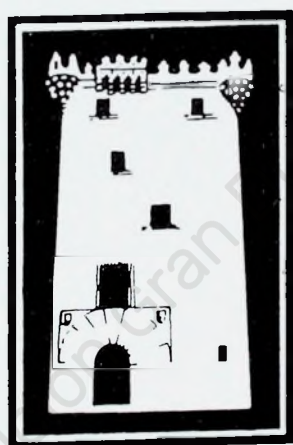
—TIEMPO DE NAVIDAD.....	107
—Historia apócrifa de la Nochebuena	109
—Villancico de las cinco vocales.....	109
—Figuras de barro para un belén naif	110
—Salmo de los cinco jinetes	114
—ANUNCIACIÓN DE MÓNICA	121
—Prólogo.....	123
—Mónica del sol en los dientes.....	124
—La escalera.....	125
—En busca de los labios.....	127
—Plaza de Oriente.....	128
—A Mónica le dolía demasiado el mar.....	129
—París.....	130
—Soneto al alimón.....	131
—Isla secreta.....	132
—Epílogo.....	133
—ENCENDIDA SOMBRA DE OTOÑO	135
—CIUDAD DE SOMBRA Y DE AMOR.....	137
—Fabula del sol y la estatua.....	139
—(Paréntesis 1).....	142
—Ventana al corazón	142
—(Paréntesis 3).....	144
—LOS ÚLTIMOS DIOSES.....	147
—Rebeldía.....	149
—(Paréntesis 4).....	151
—Dioses ocultos	152
—(Paréntesis 6).....	155
—A LA ZAGA DEL TIEMPO.....	157
—Una historia de otoño.....	159
—(Paréntesis 9).....	162

—DESDE EL LLANTO Y EL ALBA	163
—Presencia última de Vicente Aleixandre	167
—La muerte toca la guitarra	169
—Prosopopeyas con la muerte encendida	169
—Madurada pena	175
—Melancolía	175
—Nana para que no se duerma mi madre.....	176
—La primavera	181
—Hija encinta	184
—Madrigal de la recién venida.....	186
—Madrigal del amor	187
—Madrigal en amarillo.....	187
—Carta de amor para acariciar la piel de la distancia.....	188
 —HISTORIA DE CUALQUIER DÍA.....	 191
 —EN UNA VOZ MÁS ALTA QUE LA MIA.....	 209
—Cuando de angustia soy.....	211
—Amor confieso.....	214
—Cuando de muerte soy.....	217
—A Dios acudo	219
—Y esperanza grito.....	222
 —PENULTIMA NOSTALGIA (1987)	 225
—Penultima nostalgia	227
—Olor de circo	229
—Jefe de pista	231
—Carrusel de caballos	232
—Cuchillos por soleares	233
—Intermedio	234
—Un hombre en el circo.....	236
—Viejo león	238
 —BIBLIOGRAFÍA.....	 239

 Institución Gran Duque de Alba

TITULOS PUBLICADOS

- **Insula extraña el Corazón**, de José Luis López Narriillos.
- **Airado Luzbel**, de Fernando Alda Sánchez.
- **Carpe Diem**, de José María Muñoz Quirós.
- **De polvo enamorado**, de José María Ercilla Trilla.
- **El mágico lenguaje de septiembre**, De María Guerra Vozmediano.
- **Conjunción de Espejos**, de Tomás Hernández Castilla.
- **Oráculos sombríos**, de Gaspar Moisés Gómez.
- **Ciudad de Ceniza**, de Teresa Barbero.
- **Segunda antología**, de Luis López Anglada.
- **Soporte del viento**, de Ovidio Pérez Martín.
- **Todas mis palabras**, de José Ledesma Criado.



Institución Gran Duque de Alba

Inst. C
8